

PILAR ABARCA (NIETA DE UN REY)

JOSÉ LLAMPAYAS

ESTUDIO INTRODUCTORIO: JOSÉ DOMINGO DUEÑAS

PILAR A
ABARCA
NIETA DE
LLAMPA

El abogado barcelonés José Llampayas (1883-1957) residió y ejerció en Sobrarbe, donde pudo conocer tradiciones y leyendas aragonesas que trasladó a colaboraciones en prensa (*Heraldo de Aragón, El Sol...*), al tiempo que publicaba tres novelas de ambientación altoaragonesa: *Pilar Abarca (nieta de un rey)* en 1919, *Mosen Bruno Fierro (Cuadros del Alto Aragón)* en 1924, y *Francho Mur* en 1928.

Recuperamos aquí la primera edición de *Pilar Abarca*. Una novela que tiene mucho de epopeya simbólica, de épica primitiva y de evocación de tiempos legendarios y paisajes profundos. En la mejor tradición del regionalismo literario, Llampayas también refleja la lengua empleada por el pueblo, aragonés de Sobrarbe, en numerosos pasajes y diálogos.

ALADRADA
ediciones



COMARCA
de

SOBRARBE

PILAR ABARCA
(NIETA DE UN REY)

José Llampayas

Introducción

José Domingo Dueñas

ΛLADRADA
e d i c i o n e s

BIBLIOTECA DE LAS LENGUAS DE ARAGÓN
n.º 22

© Del estudio introductorio, José Domingo Dueñas, 2021
© De esta edición: Sociedad Cultural Aladrada, 2021

Idea de cubierta: Javier Almalé
Diseño y maquetación: Aladrada Ediciones
Imprenta: Icomgraph

EDITA:
Aladrada Ediciones
aladrada@gmail.com

Colabora:
Comarca de Sobrarbe

ISBN 978-84-120091-6-3
Depósito Legal: Z-1.512-2021

SUMARIO

Introducción: La literatura como redención	7
José Llampayas Lloveras (1883-1957)	12
Aragonesismo regeneracionista	25
<i>Pilar Abarca (nieta de un rey)</i>	31
Notas	42
Referencias bibliográficas	45
<i>Pilar Abarca (nieta de un rey)</i> Edición facsímil	57

INTRODUCCIÓN

LA LITERATURA COMO REDENCIÓN

José Domingo DUEÑAS LORENTE

Pilar Abarca (nieta de un rey), de José Llampayas Lloveras, la novela que tiene el lector en sus manos, fue publicada en Barcelona por la Editorial Ibérica en 1919, aunque sin fecha de imprenta, bajo el epígrafe de «Las novelas de la montaña madre». La editorial insertaba el libro en la colección *Biblioteca de autores contemporáneos*, donde antes se habían publicado *El abuelo del Rey*, de Gabriel Miró, y *Amado hasta el patíbulo*, del novelista húngaro Mór Jókai, escritor muy popular en la segunda mitad del siglo XIX. La obra de Llampayas no había sido reeditada desde entonces. No obstante, los comentarios críticos sobre ella y su autor han llegado hasta nuestros días. Las opiniones son ciertamente variadas, lo que de entrada ya sugiere algo de la complejidad y riqueza de la novela.

Tempranamente, Julio Calvo Alfaro la comparaba con buen sentido con *La ben plantada* (1911) de Eugenio D'Ors, *Xènius*, y lamentaba que en Aragón no se hubiera prestado al autor de *Pilar Abarca* «la atención debida».¹ La novela de D'Ors, considerada emblema del *noucentisme* catalán y exal-

tación del modo de vida mediterráneo, encomia los valores burgueses plasmados en la protagonista: belleza, iniciativa en el entorno familiar, refinamiento, maternidad, etc. Llampayas depositaba también un cúmulo de rasgos ejemplarizantes en su personaje, que se desenvuelve en este caso en un entorno montaños, rural, escenario de virtudes ancestrales, donde se establece una rara comunión entre el paisaje y las acciones humanas.

José García Mercadal, permanente valedor y editor de Llampayas, glosaba la novela a partir de la intención inequívoca de promocionar al autor, pero también desde presupuestos estéticos compartidos.² Para Mercadal, la literatura era una forma preferente de incursión en lo aragonés, un modo privilegiado de expresión de la propia identidad. No obstante, integraba en un mismo impulso creador las manifestaciones regionales y las capitalinas. Incluso, a su juicio, la literatura de provincias mostraba entonces más vigor en bien de la «patria» que la creación puramente castellana.³ Lo cierto es que, con sus matices, el escritor aragonés participaba de un sentir extendido. En las décadas finales del XIX y primeras del XX, como constataba Carlos Forcadell, los diferentes *renacimientos* regionales formaron parte «del mismo proceso nacionalizador, que construye simultánea, dialécticamente, y de modo interdependiente, la nación y la región».⁴

Diez años después de la publicación de la novela, Mercadal consignaba que *Pilar Abarca* había merecido unánimes elogios tanto de la crítica madrileña como de la aragonesa: Antonio Maura, José Francés, Bonilla San Martín, Díez Canedo, Azorín, Felipe Alaiz, entre otros, habían comentado con admiración el libro.⁵ No obstante, el propio

Mercadal recogía en el mismo lugar algunas palabras del autor que enmendaban interpretaciones parciales o desacertadas de su protagonista:

Pilar Abarca –según Llampayas– no es ni Juana de Arco ni Rosa de Luxemburgo; es «la tierra que sufre», la del Sobrarbe, de Aragón, de Iberia, del Mundo, como digo en el prefacio. Y esto bien vale el tono heroico. Los pueblos sufren abandono por parte de todos los gobiernos, que legislan casi exclusivamente para las ciudades. De ahí la tragedia. Claro que, en otro aspecto, es una semblanza de Aragón y, en otro, una obra costumbrista; pero en el fondo es un poema agrario, tal vez el poema que hubiera escrito Costa. Costa fue el paladín, yo, el bardo.

En esta misma orientación trazaba García Mercadal su percepción de la obra. *Pilar Abarca* era, a su juicio, «poema de la redención aragonesa»:

Libro recio y enjuto, curtido por el azote de los vientos que arañan la nieve de las altas cumbres, interpretación en prosa de un poema varonil y austero, en cuyos cantos o capítulos queda plasmada la génesis de un proceso de desarrollo de energía, encaminado a la redención de todo un pueblo. En este libro, aromado de sierra, reviven los caracteres primitivos que dieran antaño realidad de acción a la epopeya aragonesa.

También la sobriedad del estilo, la concisión del lenguaje, el acierto en el trazo de los personajes y en el retrato del paisaje remitían, a su juicio, a «la vieja cepa literaria aragonesa», lo que no era obstáculo, sin embargo, para que comparara la novela no con las páginas costumbristas de Pereda, tal y como había sugerido algún crítico, sino con «las tragedias pastoriles» de Valle-Inclán:

Solo que entre Valle-Inclán y Llampayas existe –continúa Mercadal– la misma gran diferencia que entre los panoramas donde ambos explayaron sus ojos, el contraste efectivo entre las suaves tierras gallegas y las rudas altiveces de las cumbres pirenaicas. Valle-Inclán es más delicado, más sentimental, más señor. Llampayas, en cambio, es más rudo, más altivo en su sobriedad, más pueblo.⁶

De acuerdo con la creencia muy de época de que el espíritu de un pueblo se expresaba fielmente a través del paisaje, García Mercadal insistía, pues, en la trascendencia del escenario montañoso a la hora de descifrar cabalmente el sentido del texto. La alta montaña aragonesa sugería el carácter más íntimo de lo aragonés; oculto durante siglos por los recovecos de la civilización. En su opinión, a la montaña le otorgaba Llampayas una función semejante a la del coro en la tragedia griega, ya que el paisaje majestuoso, pero a la vez agreste y arisco, proporcionaba la tonalidad de toda la novela en su «protesta contra las bajezas y perversidades del llano (...) contra las costumbres y los hombres de la tierra baja».⁷

Ciertamente, la confrontación entre tradición y modernidad, expresada en este caso mediante la oposición entre montaña y tierra llana, fue uno de los más importantes resortes ideológicos de la literatura y del arte del momento. El modernismo, como estética dominante en el periodo finisecular, fue en buena medida un surtido catálogo de las contradicciones de una época señalada por cambios económicos y sociales de excepcional relevancia. La conocida como *segunda revolución industrial*, que encontró su principal impulso en la aplicación de la electricidad para usos pro-

ductivos, provocó también en Aragón y en España, aunque con menos pujanza que en otros lugares, transformaciones de gran hondura en el sector siderúrgico, en el textil, en la agricultura. Así, en torno a 1900 se establecieron en Zaragoza la Industrial Química, la fábrica de acumuladores Tudor, la productora de cerveza La Zaragozana, la papelera La Montañanesa, se abrió el Ferrocarril de Utrillas, para impulsar la explotación minera de la zona, etc. En 1908 se celebraba la Exposición Hispano-Francesa, motivo, entre otras cosas, de una notable expansión urbana de Zaragoza. Hacia 1910, se fundaban los bancos Zaragozano y Aragón o se constituía la empresa Eléctricas Reunidas de Zaragoza.⁸ Poco más tarde, la neutralidad en la Primera Guerra Mundial ocasionaba sucesivos años de bonanza económica.

Evidentemente, tan marcadas transformaciones en el sistema productivo se correspondieron con modificaciones no menos profundas en otros ámbitos: así, la diáspora del campo a la ciudad, con la consiguiente construcción de barriadas precarias y poco planificadas en la periferia de las grandes poblaciones; el arrumbamiento poco menos que definitivo de oficios, tradiciones y formas de vida que ya el costumbrismo literario del XIX había percibido en trance de desaparición y tratado de salvaguardar, o la emergencia de nuevos tipos sociales acordes con los recientes modos de vida, así, el obrero industrial, más proclive que el campesino a asociarse en busca de mejoras, consciente desde muy pronto de su relevante papel en el diseño económico de las sociedades industrializadas y muy inclinado, en consecuencia, al cultivo de la conciencia de clase. En este marco de acelerados cambios en los diferentes órdenes de la vida se

ha de entender la novela de José Llampayas que aquí comentamos.

José Llampayas Lloveras (1883-1957)

Al poco de aparecer *Pilar Abarca (nieta de un rey)*, García Mercadal escribía que en las tertulias literarias madrileñas se preguntaban «¿Quién es Llampayas?», ante la sorpresa que había provocado el primer libro de un desconocido que se presentaba como autor maduro, de estilo bien forjado. Añadía el periodista que conocía personalmente al escritor y que incluso había asistido al nacimiento literario de la heroína de la obra.⁹ El temprano encuentro entre ambos, en los paisajes montañoses descritos en la novela, había sido motivo además de que Llampayas entregara sus primeros artículos a la prensa zaragozana.¹⁰

Con todo, las referencias biográficas de José Llampayas son todavía hoy muy escasas. Los datos que se han reproducido una y otra vez provienen en lo fundamental de los breves párrafos sin firma que preceden a la novela corta del autor *El oso del señor Gimson* (La Novela Mundial, 1927), debidos probablemente al editor de la colección, José García Mercadal, a partir



Única imagen conocida de José Llampayas, extraída de su necrológica en la barcelonesa *Destino* (20 de julio de 1957)

de la información proporcionada por el propio escritor.¹¹ Nuestras indagaciones amplían modestamente el conocimiento del autor.

Por lo que sabemos, Mercadal dedicó cuando menos dos artículos monográficos a Llampayas, el primero en 1919, a propósito de la aparición de *Pilar Abarca*; el segundo, diez años después, con motivo de la publicación de una nueva obra del autor, *El rapto de las valquirias*. Este último reproduce en lo fundamental lo referido antes en las páginas preliminares de *El oso del señor Gimson*, la fuente seguida primordialmente, como decimos, a la hora de referirse al autor. Ahí leemos:

José Llampayas nació en Barcelona el 3 de abril de 1883 y su vocación literaria, manifestóse desde sus primeros años de muchacho, haciendo versos desde los nueve a los quince. A los diez y ocho abandonó los versos y la carrera de Derecho, terminada más tarde rápidamente.

Una vez abogado, Llampayas se marchó a Berlín, y a los ocho meses de estar allá se vio obligado a regresar a Barcelona, atacado por una fiebre pertinaz, rebelde a toda medicación, pero de orillas del mar tuvo que salir aprisa y corriendo para tierras altas, por consejo facultativo, y sintiéndose atraído por la sombra de Costa, que había muerto unos meses antes, fijó su residencia en Graus. A los pocos meses regresó a Barcelona desaparecida la fiebre, pero pronto volvió esta, al amparo de las tierras bajas, y entonces Llampayas decidió retirarse al Alto Aragón, resuelto a no regresar de allí al menos en un año. Pero tanto gusto le tomó al país de Sobrarbe, al más viejo terruño aragonés, que había de hacerle escritor, que en él se estuvo ejerciendo la abogacía durante once años.¹²

Antes de abandonar Cataluña, José Llampayas había obtenido, en efecto, en 1907, la licenciatura de Derecho.¹³ Y de su temprana inclinación ideológica algo sugiere el hecho de que ya en 1904 se incorporara como socio al Ateneu Barcelonés, institución de marcado cariz catalanista. Sabemos también que asistió, en octubre de 1908, a la sesión inaugural del curso ateneísta, que en aquella ocasión giraba en torno al discurso de Joaquim Lluhí y Rissech, titulado *L'autonomia regional en els aspectes històrics y sociòlogics*, donde se abordaban «les raons, causes y lleys que afirmen la personalitat natural de Catalunya y proclamen son dret a l'autonomia».¹⁴ De la estancia de Llampayas en Berlín, mencionada en las líneas citadas arriba, queda testimonio en su novela breve *El violín de Emmy* (1927), que discurre en buena parte en la ciudad alemana durante los meses previos a la guerra de 1914.

Por otra parte, en el artículo de 1919 García Mercadal apuntaba varios datos de interés que silenció más tarde. Decía entonces que su amigo y colega se había trasladado desde Cataluña a Sobrarbe por razones de orden político:

Llevóle allá una alta empresa de regeneración política, y cayó como oveja entre camada de lobos, quién sabe si para ser primer nombre de un largo martirologio, haciéndole pagar con ello la osadía de haber pretendido predicar nueva fe y ser almogávar de la reconquista de Iberia en una tierra sojuzgada por grandes y pequeños caciques.

Añadía además que «el asco del ambiente y sus ansias de respirar mejor aire que el enrarecido de los pueblos invadidos de caciquería» le habían empujado a trasladarse desde Boltaña a Aínsa, donde se había inspirado para su

novela *Pilar Abarca*, al cobijo de la «montaña madre», la Peña Montañesa.¹⁵

Hemos hallado, en efecto, algún indicio de que el escritor catalán resultó salpicado por una hosca campaña política habida en Boltaña en 1915. De aquella pugna daba buena cuenta *El Desinfector*, periódico del que se publicaron únicamente siete números, destinados, según rezaba el subtítulo, a «combatir la sarna, roña, lepra y demás enfermedades político-infecciosas importadas en este país por el bacilo morbos, corruptor del cuerpo social». La publicación, dirigida por Saturnino Soria, acudía por lo general a expresivos seudónimos para firmar sus reprimendas. Así, ya en el primer número, *Prudentísimo* advertía a todos, «incluido el Señor Llampayas, (...) que todo el que a hierro mata puede morir igual».¹⁶ Las soflamas de *El Desinfector* trataban de impedir, en nombre de la «verdad, la justicia y la honradez», que Celso Joaniquet Pons, natural de Forcat y abogado en Madrid, concurriera a las elecciones como diputado por el distrito de Boltaña. La campaña logró su propósito, no sin alguna resistencia del aspirante y de un reducido núcleo de partidarios. El periódico contó además con el apoyo de otras publicaciones de la provincia como *El Porvenir* o *El Diario de Huesca*.¹⁷ En aquellos años era diputado por Boltaña Luis Fatás Montes, médico, natural de Sariñena y fallecido en Madrid en 1922, siendo ya senador. En calidad de diputado, había representado al distrito por el Partido Liberal entre 1910 y 1919.¹⁸ No hemos localizado otros datos que ilustren la participación de Llampayas en el sonado altercado político, pero parece evidente que el abogado barcelonés, devoto de Costa, conoció pronto en Aragón y de primera mano la acritud de las trifulcas caciquiles

por el poder que luego reflejaría con algún detalle en *Pilar Abarca*.

Si en el episodio referido quedaba poco claro el lugar político de José Llampayas, reiteradas referencias posteriores ubicaban enseguida al escritor catalán en el entorno del incipiente regionalismo aragonés. En 1910 se creaba la Liga Regional Aragonesa, primera organización confesadamente regionalista; en 1916 se constituía la Unión Regionalista Aragonesa (URA), poco después, la Juventud Regionalista Aragonesa (JRA); en 1918 nacía la Acción Regionalista Aragonesa (ARA), con el propósito de aunar las diferentes iniciativas regionalistas; sin embargo, su pronta desaparición, que incluso mermó de manera significativa las iniciativas de la URA, impulsó a Gaspar Torrente a solicitar a lo largo de 1919 una gran Asamblea Regionalista, que se celebró a finales de año con el cometido, entre otros, de aprobar un Programa de Acción Aragonesa, esbozado en los meses anteriores por una comisión configurada por Manuel Bescós, en representación de Huesca; José Llampayas, por Boltaña; Nicolás Santos de Otto, por Barbastro; Juan Pío Membrado, por Teruel, o Marcelino Gambón, en nombre de los sindicatos agrarios.¹⁹

También Samblancat incluía pronto a Llampayas entre los prohombres de aquel aragonesismo germinal. Ya en 1917 se pretendía extender la URA a Barcelona, consabido destino de la emigración aragonesa, y así lo consignaba fervientemente Ángel Samblancat en uno de sus artículos. El escritor grausino se congratulaba entonces de los primeros triunfos del regionalismo aragonés, que él mismo, según decía, republicano confeso, había contribuido a esparcir junto con un maurista, Moneva y Puyol, y un demócrata,

García Mercadal. Samblancat insistía en la conveniencia de que el regionalismo incipiente se asentara en elementos de consenso y que desatendiera, por el momento, todo aquello que pudiera disgregar la endeble unión de los diferentes sectores. Desde estos supuestos, bosquejaba un programa de acción basado en la autonomía, el reconocimiento de la identidad de Aragón y el anticaciquismo, y solicitaba la agrupación en el empeño de señalados nombres de diferentes tendencias: Manuel Marraco, Juan Moneva, Giménez Soler, Domingo Miral, Juan Pío Membrado, García Mercadal, Silvio Kossti, por Huesca, Mariano Molina, por Barbastro, Tomás Costa, por Benabarre, José Llampayas, por Boltaña, etc.²⁰

Por otra parte, la URA de Barcelona había acordado al poco de constituirse contar con un órgano de expresión, la revista *El Ebro*, que cubrió una primera etapa entre 1917 y 1918, que reapareció en 1919 y que a principios de 1920 anunciaba una amplia nómina de redactores y colaboradores donde se congregaban de nuevo muchas de las personalidades enumeradas arriba: Julio Calvo Alfaro, como director, Gaspar Torrente, José Mur Tobeña o Matías Pallarés, como redactores; Andrés Giménez Soler, Juan Pío Membrado, Manuel Marraco, José María Sánchez Ventura, Juan Moneva, Manuel Bescós, Felipe Alaiz, José Llampayas, etc., en calidad de colaboradores. Llampayas, en efecto, firmó en doce ocasiones en *El Ebro*, entre 1918 y 1927.²¹ Por su parte, la revista aragonesista lo proclamó una y otra vez como referencia señora de la literatura aragonesa, uno de los pocos nombres que cabía destacar en medio de un panorama nada halagüeño. Así, Calvo Alfaro aseguraba que la juventud aragonesa vería en Llampayas «un valor fuerte,



sólido, literatura de granito, para el porvenir, y no repostaría, chascarrillo, guitarreo, juerga y moda barroca de un Aragón incomprendido e envilecido». ²² En la misma orientación, Garci-Jiménez juzgaba a Llampayas como «columna básica» de la literatura aragonesa del momento, a la que no dudaba en calificar de «parodia», con apenas excepciones, entre las que incluía únicamente al autor de *Pilar Abarca* y a Felipe Alaiz. ²³ No sorprende por lo tanto que nueve de las doce comparencias de Llampayas en *El Ebro* fueran fragmentos de sus obras, en seis ocasiones de *Pilar Abarca* y en tres, de *Mosén Bruno Fierro*. Las tres restantes contribuciones consistían en un artículo de apoyo a Gaspar Torrente en su anhelo de celebrar una gran Asamblea Aragonesista en la que confluyeran los diferentes sectores del regionalismo, una carta donde mostraba su fe aragonesista y se declaraba representante «del partido regionalista aragonés» (sic) en Boltaña y un breve panegírico de Costa en el décimo aniversario de su muerte. ²⁴

Al mismo tiempo, la publicación de *Pilar Abarca* le reportó la oportunidad de colaborar en *El Sol* de Madrid entre 1920 y 1921 con crónicas o breves cuentos bajo los epígrafes «Desde el Alto Aragón», «Crónicas Pirenaicas» y «Crónicas montañesas». En sus aportaciones, Llampayas no recreaba los rasgos del regionalismo literario al uso, sino que trazaba personajes y escenas impregnados del escenario singular en que se desenvolvían, la montaña altoaragonesa, concebida como cobijo antropológico de valores y comportamientos ya en trance de desaparición.

Los protagonistas expresan por ello el mismo vigor elemental que ofrece el paisaje, mientras que el autor, incorporado a la narración como Don Pepe, cronista y partí-

cipe de los acontecimientos, dejaba constancia de lo excepcional de lo percibido, sin apenas comentarios ni moralejas. Aquí cabe hallar, en mi opinión, el rasgo más personal del costumbrismo literario de Llampayás. También remitió a *El Sol* aportaciones de talante propiamente político. En estos casos defendía lo que él mismo denominaba «ruralismo» aragonés, tradicionalmente olvidado, a su juicio, por las decisiones políticas, sustancialmente urbanas, del momento.²⁵

Más tarde incorporó varios de estos escritos a su libro *Mosén Bruno Fierro. Cuadros del Alto Aragón* (1924). Una vez más, José García Mercadal brindaba a Llampayás la posibilidad de prodigarse como escritor. En esta ocasión, la obra aparecía en la colección Argensola, dirigida por Mercadal y destinada a autores aragoneses. Si en *Pilar Abarca*, Llampayás ya reunía crónicas publicadas anteriormente, en



este caso el mismo procedimiento configuraba una obra miscelánea, donde se recopilan «anécdotas» (referidas a mosén Bruno, el cura de Saravillo), «cuentos», «bocetos», «aguafuertes» y «crónicas». En la obra recogía también, además de varias de sus contribuciones en *El Sol*, el cuento «Las Salvachinas» (1923), que había logrado el primer premio en un certamen convocado por *Heraldo de Aragón*,²⁶ en realidad un esbozo de la novela corta *Francho Mur* (La Novela Mundial, 1928), el relato «Maleficio», publicado en *La Voz de Madrid*,²⁷ o el artículo «Joaquín Costa», aparecido en *El Ebro* en el décimo aniversario de la muerte del polígrafo.

Como sostiene Domínguez Lasierra, «*Pilar Abarca, Mosén Bruno Fierro y Francho Mur* constituyen la ‘obra literaria aragonesa’ de Llampayas y, sin duda, su mejor aportación narrativa, en la que alcanzó su mayor talla de escritor».²⁸ Con matices que detalla el citado estudioso, estos mismos títulos constituyen el ciclo narrativo que Llampayas iniciaba en 1919 como «Las novelas de la montaña madre». De ellas, *Mosén Bruno* es sin duda la que ha alcanzado mayor difusión. Como se sabe, Llampayas fijaba aquí por escrito episodios protagonizados por quien había sido cura de Saravillo entre 1830 y 1890, transmitidos oralmente y muy celebrados en los pueblos de la montaña; esto es, anécdotas y chascarrillos que ya entonces le habían otorgado un halo legendario al personaje. Más tarde la figura de mosén Bruno ha sido revisada con el ánimo de separar en lo posible la historia de la leyenda,²⁹ pero, en cualquier caso, su proyección popular ha continuado imparable hasta nuestros días. No obstante, en su momento la obra alcanzó escasa resonancia. En *El Sol* fue recibida como un conjunto de «cuadros pintorescos» del Alto Aragón, aunque trazados por un

autor de «curiosa retina y fácil don de reproducción».³⁰ *Mundo Ibérico*, una revista que se adentraba ya en el terreno de las vanguardias de la mano de Cansinos Assens o Giménez Caballero, tildaba a Llampayas como autor de mérito, pero al margen de la evolución reciente de los géneros literarios.³¹

Precisamente en *Mundo Ibérico* firmaba Llampayas en 1927 uno de sus cuentos más reveladores de la nueva etapa que acometía como escritor, «La última víctima», donde abordaba asuntos urbanos de actualidad, aunque con un cierto poso de nostalgia por tiempos pasados. Don Ramón, personaje elegante y adinerado, que frisa los cincuenta años, relata a un coro poblado sobre todo por mujeres jóvenes la causa por la que permaneció soltero. Se confiesa la «última víctima» de las faldas largas, que únicamente permitían intuir las pantorrillas de las mujeres. Luego, el progresivo acortamiento de esta prenda había restado misterio y atractivo al enamoramiento. Con todo, la historia se resuelve al margen de convencionalismos y ofrece una percepción compleja tanto del protagonista como del amor, el asunto central del relato. Poco después, el cuento formaba parte de un nuevo libro del autor, *El rapto de las valquirias* (1929), volumen que reunía la novela corta homónima además de dos anteriores, *El violín de Emmy* (1927) y *El oso del señor Gimson* (1927). El relato que daba nombre al libro arremetía contra el feminismo más señalado del momento, aunque sin caer en la moralina manifiesta. De «narración humorística perfectamente lograda», lo calificaba entonces el comentarista de *La Voz*.³² *El violín de Emmy* (1927) y *El oso del señor Gimson* (1927), novelas cortas al gusto de la época, relatan episodios en torno a la Primera Guerra Mundial,

por lo que cabe pensar que su redacción correspondería a aquellos años. Ambas denotan soltura en el trazo de los personajes, hondura psicológica y no pocos conocimientos mundanos. Las comparencias posteriores del autor sugieren la idea de que trató de alternar las distintas vertientes de su trayectoria, una escritura vinculada al terruño aragonés junto a la de asuntos de actualidad y de escenas urbanas.³³

Tras la Guerra Civil de 1936 consagró su pluma a la biografía de personajes relevantes, en ocasiones encumbrados por el nuevo régimen. Así, en Biblioteca Nueva publicó *Fernando el Católico* (1941), *Jaime I el Conquistador* (1942), *Goya: su vida, su arte y su mundo* (1943) y *Alfonso X: el hombre, el rey y el sabio* (1943). Parece manifiesto, por lo tanto, que mantuvo hasta el final su proclividad hacia lo aragonés.



De acuerdo con el testimonio de Mercadal que citábamos arriba, Llampayas había vivido once años en el Sobrarbe ejerciendo la abogacía a la vez que plasmaba las singularidades del lugar en artículos, reportajes o libros. En cualquier caso, el escritor había regresado ya a su tierra natal en abril de 1925, cuando consta que ejercía en Barcelona como bibliotecario de la Junta de la Asociación de propietarios del distrito IX;³⁴ en febrero de 1927 participaba en una velada en recuerdo de Joaquín Costa promovida por el Centro Aragonés de Barcelona, en la que intervinieron además Julio Calvo Alfaro o Isidro Comas ‘Almogávar’.³⁵ Poco después lo encontramos en San Feliu de Guixols como abogado y secretario de la *Cambra de la Propietat Urbana de les terres de Girona*.³⁶ En la breve esquelata que le dedicaba *La Vanguardia* con motivo de su muerte, Llampayas era recordado como «abogado-secretario de la Cámara Oficial de la Propiedad Urbana» de San Feliu de Guixols. Falleció el 26 de junio de 1957 a la edad de 74 años. Dejaba viuda a Ramona Corrons Ferrari y ocho hijos.³⁷ En sentidas líneas necrológicas, Enrique Badosa lo recordaba como un gran estilista y un escritor al margen de modas y tendencias. Destacaba el poeta y traductor el aldabonazo memorable que había significado el paso de Llampayas por *El Sol*, la trascendencia crítica que había alcanzado su novela *Pilar Abarca* o la proclividad del autor hacia el trabajo callado y el alejamiento del fragor mundano.

Aragonesismo regeneracionista

Ciertamente, la singularidad de Llampayas como escritor adquiere su verdadero relieve en el marco del regio-

nalismo político y cultural de entonces, como bien intuyeron los reseñistas de *El Ebro*. Entre finales del XIX y principios del XX, el *regionalismo* artístico y literario recreó personajes, paisajes, modismos lingüísticos, costumbres, leyendas, comportamientos propios de un determinado territorio; otorgó, en suma, relevancia a lo local frente a los nuevos modos de vida que imponía de manera irrefrenable el capitalismo finisecular.³⁸

En Aragón, a juicio de Juan Carlos Ara, *regionalismo* y *modernismo* avanzaron de manera acompasada hasta 1908, aproximadamente, momento en que se perciben los primeros síntomas de que la creación *regional* renuncia en buena medida a lo moderno.³⁹ Con todo, si los ingredientes estéticos del regionalismo son reconocibles en la mayor parte de los casos, lo cierto es que a la vez es innegable la variedad de registros, lo mismo que la disparidad en cuanto a los logros obtenidos.⁴⁰ Años antes, el costumbrismo literario había surgido al amparo del Romanticismo como salvaguarda de lo local y tradicional, avivado por la amenaza homogeneizadora que imponía la invasión napoleónica. Los escritos costumbristas daban cuenta de una sociedad en trance de desaparición, la del Antiguo Régimen. A finales del XIX, el costumbrismo se teñía de *regionalismo* no solo en España sino también en otros países del entorno europeo, como es el caso de Francia.

En Aragón el costumbrismo regionalista adquirió enorme calado en las últimas décadas del siglo XIX y las primeras del XX. Entre sus máximos representantes hay que mencionar a autores como Cosme Blasco, Pamplona Escudero, Eusebio Blasco, Agustín Peiró, Romualdo Nogués, Juan Blas y Ubide, Mariano Baselga, Antón Pitaco, Luis

López Allué, García Arista, Sixto Celorrio, entre otros. Se trata, en su mayoría, de cuentistas, cuya vasta producción ha merecido estudios y antologías. Así, cabe destacar *Cuentos aragoneses* (1996) y *Más cuentos aragoneses* (2000), colecciones confeccionadas por José Luis Acín y José Luis Melero, o también las numerosas aportaciones de Juan Domínguez Lasierra.⁴¹ A partir de un mismo propósito, los autores adoptaron orientaciones distintas: algunos optaron por reflejar lo más característico de la sociedad tradicional (Pamplona Escudero o Romualdo Nogués); otros, por avivar una cierta vertiente crítica (Blas y Ubide, Agustín Peiró, ‘Antón Pitaco’) o, incluso, por el distanciamiento a través del humor (López Allué), con lo que se invitaba en ocasiones a reírse de uno mismo.

Ya en los inicios del siglo XIX, los primeros teóricos del Romanticismo habían tratado de identificar los principales resortes estéticos que conmueven al alma humana. En este empeño distinguían básicamente tres: por una parte, lo *grandioso*, que da lugar al concepto de *sublime*; por otra, lo *proporcionado*, que desemboca en la idea de lo *bello*, y finalmente, lo *singular*, que deriva en el concepto estético de *pintoresco*. El costumbrismo se detenía en este último aspecto, ensalzaba lo diferente, lo remoto, lo desconocido. Se ha de tener en cuenta que la creencia en el *volksgeist*, el ‘espíritu del pueblo’, enarbolado por el Romanticismo como uno de sus principales rasgos, perduraba intacta a finales del XIX. El regionalismo conservador pretendía salvaguardar escenas, tipos, formas de vida que tendían a desaparecer sin indagar en las causas de los cambios.

Con todo, en Aragón, más que en otros lugares, el *regionalismo* artístico y literario se impregnó también de afanes

de mejora, de anhelos de cambio, de demandas de regeneración, en definitiva. Como se sabe, la aportación aragonesa al regeneracionismo fue sustancial a través de pensadores como Rafael Salillas (1854-1923), Lucas Mallada (1841-1921) o, muy particularmente, Joaquín Costa (1846-1911). El impulso regenerador, agudizado con el Desastre de 1898, provenía de afanes anteriores. El descontento político surgido ante la Restauración monárquica había ocasionado pronto variadas iniciativas intelectuales. En este sentido, el pensamiento de Costa, muy invocado, como veremos, en *Pilar Abarca (nieta de un rey)*, otorgó al periodo de la Restauración el correlato intelectual más reconocible. Entre krausistas y noventayochistas, la voz de Costa sobresalía no solo por la diversidad y magnitud de sus propuestas sino sobre todo por su osadía, rigor y determinación. Bien es verdad que, como se ha señalado a menudo, solo cabe consignar una influencia franca del autor en los últimos años de su vida y especialmente tras su muerte.⁴²

El aragonesismo al que se incorporaba Llampayas no era una moda intelectual del momento. Ya en los inicios de la Restauración la primera *Revista de Aragón* (1878-1880), hacía gala —en palabras de José-Carlos Mainer— de «profesión de fe aragonesista», como principal argumento temático de sus aportaciones. La publicación se manifiesta hoy al estudioso como eslabón entre el costumbrismo romántico, teñido en ocasiones de *baturrismo*, y «el regeneracionismo finisecular».⁴³ Entre sus directores y máximos colaboradores hay que nombrar a Mariano de Cavia, José María Matheu o Baldomero Mediano. En diciembre de 1898 España firmaba el Tratado de París, donde se certificaba la derrota en Cuba y la pérdida consiguiente de las úl-

timas posesiones de Ultramar. Poco después, el 1 de enero de 1899 aparecía en Zaragoza *Aragón Ilustrado. Semanario artístico-literario*, «en un contexto de euforia regional –según la profesora M^a Ángeles Naval– animada por la empresa política de Joaquín Costa y por las aspiraciones del mismo cariz de Basilio Paraíso», poco antes de la creación y del fracaso de la Unión Nacional.⁴⁴ La revista, que solo se prolongó durante doce números, hasta el 1 de abril de 1899, mostraba, pues, una clara fe en las fuerzas regionales. El semanario, decidido cultivador del casticismo literario, estuvo dirigido por Alberto Casañal y en sus páginas firmaron Juan Pedro Barcelona, Mariano Baselga, Juan Moneva y Puyol, Mompeón Motos o el propio Casañal, además de autores de fuera de Aragón afines al talante de la publicación, como Gabriel y Galán o Pedro Mata.

Entre 1903 y 1905 se publicó la *Revista de Huesca*, que, centrada en los estudios históricos, era una muestra clara del «regeneracionismo de cátedra», en expresión del estudioso y editor de la revista, Ignacio Peiró. Por falta de apoyo económico y de un público propicio, naufragó pronto.⁴⁵ Entre las dificultades para su difusión hay que mencionar la sombra que proyectaba la *Revista de Aragón* en su segunda etapa. La segunda *Revista de Aragón* (1900-1905) fue asimismo expresión de menesteres académicos. Los historiadores y catedráticos de la Universidad de Zaragoza Eduardo Ibarra y Julián Ribera fueron sus directores y principales animadores. Además, firmaron en sus páginas el arabista Miguel Asín Palacios, discípulo de Ribera, Luis López Allué, Juan Blas y Ubide, Mariano Baselga, Pamplona Escudero, Moneva y Puyol, Valenzuela la Rosa, Severino Aznar, etc. En sus páginas se distingue una clara duplicidad

de intereses: por una parte, los propiamente universitarios —y secundariamente regionalistas—; por otra, los explícitamente regionalistas, revelados bien en el intento de afianzar la conciencia regional, a través del excursionismo, la literatura, el arte, la historia o de «ejercer la crítica de la vida local desde unos presupuestos manifiestamente regeneracionistas». ⁴⁶ En torno a 1903 y 1905 los principales impulsores de la revista se trasladaron a Madrid, como era común entonces entre los universitarios españoles de mayor proyección académica, y ello conllevó la desaparición de la cabecera.

Más tarde, la Ley de Nuevas Agrupaciones Regionales, promulgada por el gobierno de Canalejas en mayo de 1912, permitió que el espíritu regionalista se emancipara de la mera identificación con el pasado, de la estricta evocación de una tradición y pudiera proyectar sobre el presente los rasgos de las distintas inquietudes regionales. Así, el 1 de enero de 1912 aparecía en Zaragoza el semanario *Aragón*, dirigido por José García Mercadal. La revista perduró hasta septiembre de este año y en ella firmaron Mariano de Cavia, Darío Pérez, José María Matheu, Santiago Ramón y Cajal, Eduardo Ibarra, Moneva, etc. En su segunda etapa, en 1914, la revista hacía evidente una mayor politización, como portavoz del grupo de la Unión Aragonesa, a través de las contribuciones de Domingo Miral, Giménez Soler o Felipe Alaiz, que fue su director en la tercera etapa, en 1917. Ya hacia 1912, el semanario ejercía propiamente, en palabras de Forcadell, como «la plataforma en la que elaboran propuestas regionalistas todos los que luego van a constituir opciones aragonesistas diferenciadas». ⁴⁷ Entre 1910 y 1923, en que se instauró la Dictadura de Primo de Rivera, en Aragón descuellan tres sectores ideológicos en el afán de pro-

yectar sus posiciones a la opinión pública a través de la prensa: el catolicismo social, encarnado sobre todo en *El Noticiero*, los incipientes regionalismo y aragonesismo políticos y el republicanismo.⁴⁸

Por entonces, las múltiples iniciativas periodísticas y editoriales de José García Mercadal constituyeron por sí solas un grueso programa de celo aragonesita, como bien han puesto de relieve sus estudiosos.⁴⁹ Aparte de su miscelánea y abundante obra, ya en 1907 fundaba *Revista Aragonesa*; en 1910, el periódico *La Correspondencia de Aragón*; en 1912, el semanario *Aragón* y el diario *La Crónica de Aragón*, etc., siempre con el ánimo de restablecer los términos de una identidad aragonesa escasamente apreciada, a su juicio, a través de la historia, el arte, la literatura o el ejemplo de los grandes personajes. Así, en 1910 daba a la imprenta su antología *Cuentistas aragoneses (en prosa)*, temprana recopilación del regionalismo literario en Aragón, con el propósito de fomentar «la descentralización literaria, científica y artística» y de defender «un provechoso provincianismo».⁵⁰ Nada sorprende, por lo tanto, que Llampayas, una vez establecido en Aragón, ingresara pronto en la órbita de irradiación cultural de García Mercadal.

En lo que respecta al republicanismo del momento, a menudo claramente entreverado de aragonesismo, hay que recordar que en 1914 se había fundado el Partido Republicano Autónomo Aragonés. Sus órganos de expresión, *La Idea* (1914-15) e *Ideal de Aragón* (1915-1920), acogían en sus páginas una nueva promoción de autores, nacidos por lo general al mundo de las letras cuando fallecía Costa, y que reivindicaba y veneraba la última etapa de D. Joaquín, decididamente republicana y anticaciquil. Ahí firmaron Ve-

nancio Sarría, Gil Bel, Felipe Alaiz, Joaquín Maurín, Ramón Acín, Ángel Samblancat, etc.

Pilar Abarca (nieta de un rey)

Ya hemos apuntado, glosando a García Mercadal, que la novela fue recibida en su día como un verdadero acontecimiento literario. Y no parece arriesgado pensar que el temprano comentario de Enrique Díez Canedo en *El Sol*, de Madrid, contribuyó y mucho a orientar los dictámenes posteriores.⁵¹ La revista *Cosmópolis* reproducía al poco la opinión del reseñista de *El Sol*; Alaiz la citaba con entusiasmo;⁵² varios de los capítulos destacados por Díez Canedo eran reproducidos más tarde en *El Ebro*. Por entonces, el veredicto de un determinado crítico, asentado en una cabecera de prestigio, todavía era capaz de decidir en un sentido o en otro la suerte de un libro. Ciertamente, Díez Canedo le dedicaba espacio y atención a la obra. La «Revista de libros» de *El Sol*, donde habitualmente se daba cuenta de cuatro o cinco novedades, en esta ocasión iba destinada de manera monográfica a la novela de Llampayas.

De entrada, confesaba el crítico que nunca había oído el nombre del autor, pero añadía a renglón seguido que desde ese momento lo consideraba «no ya como una esperanza, sino como un valor seguro para nuestras letras». Su interpretación abordaba los aspectos más sustanciales de la obra, que era, a su juicio, «una fábula que tiene mucho de epopeya simbólica en derredor de una mujer representativa, de una brava Berenice, cuyo jardín se asienta en la mole pirenaica». A partir de tipos y paisajes tomados del natural, Llampayas levantaba una suerte de «épica primitiva», donde,

con algún simplismo, buenos y malos peleaban en torno a la idea de exhumar un tiempo legendario, un linaje, un modo de vida presidido por la entereza y el coraje, que encarnaba en el presente una mujer a punto de ser madre, Pilar Abarca. Añadía Díez Canedo que la obra se aproximaba con soltura a los novelistas regionales. Y tanto era así que comparaba al autor con Pereda, a quien en un futuro podría superar. A diferencia del cántabro, más apegado a la percepción realista, Llampayas aportaba épica, «aroma legendario» y carga simbólica. Lamentaba finalmente el reseñista que hasta el momento Aragón no hubiera producido grandes títulos en el campo de la novela, de modo que solo destacaba a López Allué dentro del panorama regional. No obstante, decía: «Con el autor de *Pilar Abarca* tenemos no un escritor más, sino un escritor nuevo; no quisiéramos engañarnos al decir que pronto se le ha de contar entre los mejores».⁵³

Felipe Alaiz, más próximo al entorno creador de la obra, concedía a la novela un claro sentido político, sin negar el componente legendario ni la identificación simbólica del paisaje con la grandeza de los personajes: «La novela de José Llampayas ha personificado en Pilar la tierra que sufre, una reina pastora que no tiene ‘capitanes de galgos’ como Luis XV, pero sí mesnada de montañeses, los que luchan victoriosamente con los osos, con la nieve, con el río desbordado, pero palidecen aún ante el cacique».⁵⁴ Años después, José Francés firmaba de nuevo un elogio cerrado de la novela en la orientación apuntada por Díez Canedo. Sostenía que era un «libro poco divulgado», pero «acaso una de las obras maestras de la moderna literatura castellana (...) cimera y radiante, sabrosa a campo de monte, majestuosa de pureza tradicional, saturada de esencia popular; que es

lo más hermoso que he leído sobre las costumbres, las figuras y los ambientes del Alto Aragón». ⁵⁵

Décadas más tarde, Juan Domínguez Lasierra habría de recuperar en buena medida la figura y la obra de Llampayas, casi por completo olvidadas. Las referencias de García Mercadal servían de hilo conductor de nuevo hasta el escritor catalán. Domínguez Lasierra calificaba *Pilar Abarca* de «novela poemática del Sobrarbe, idealización de los sueños redentores del cantor de un primitivo Aragón, de una estirpe luchadora, de unas costumbres recias, de unas leyes nobles... Los sueños olvidados del bardo de la Montaña Madre». ⁵⁶ No obstante, también incidía el crítico en la trascendencia de la figura de Joaquín Costa, a quien los comentaristas de la época no mencionaban a pesar de que es aludido en varias ocasiones en la novela. De la mano de Costa llega al lector la vertiente política del libro, que también Luis Horno Liria percibía como crucial, a pesar de que entroncara a *Pilar Abarca* con el costumbrismo de López Allué:

(...) lírica novela de José Llampayas, en la que este aboga por el exterminio o, cuando menos, por la erradicación de los caciques y de los burócratas, de los usureros y de los politicastos de la España oficial, opresores de los buenos hombres de la montaña, mesnaderos que van a ser en la milicia de Pilar Abarca en su lucha contra la astucia de esa araña cuya red sofoca todo y contra la que clama, tronante, «San Costa», allá en su retiro de Graus. ⁵⁷

Los principales ingredientes resaltados por los críticos eran ya apuntados por el propio autor, como mencionábamos al principio: en definitiva, costumbrismo, costismo, afán redentor.

Pilar Abarca (...) es «la tierra que sufre», la del Sobrarbe, de Aragón, de Iberia, del Mundo, como digo en el prefacio. Y esto bien vale el tono heroico. Los pueblos sufren abandono por parte de todos los gobiernos, que legislan casi exclusivamente para las ciudades. De ahí la tragedia. Claro que, en otro aspecto, es una semblanza de Aragón y, en otro, una obra costumbrista; pero en el fondo es un poema agrario, tal vez el poema que hubiera escrito Costa. Costa fue el paladín, yo, el bardo.⁵⁸

Queda, en todo caso, aquilatar la aportación del autor en la consideración de cada uno de estos elementos, así como sopesar la trascendencia de cada componente en el conjunto del libro. No es irrelevante, de entrada, señalar que la obra iba dedicada «Al gran patriarca aragonés, don Juan Pío Membrado, en prueba de admiración y afecto (...)»), y con él a quienes «entre labranzas y libros laboran por la Nueva España de la Nueva Edad (...)». Membrado (1851-1923), agricultor y escritor turolense, propugnó la defensa de la agricultura y del mundo rural desde presupuestos regionalistas y regeneracionistas. Con la dedicatoria, Llampayas se incorporaba expresamente a su misma estela de acción. Los conceptos de *Nueva España* y de *Nueva Edad*, que traía a colación el autor, venían saturados entonces de desazón ante la *vieja política*, reticente a los cambios e indiferente ante la precariedad de la vida de buena parte de la sociedad, tal y como ya había denunciado Joaquín Costa. Paradójicamente, como se recordará, el hartazgo ante la vieja clase política, sirvió poco después para que Primo de Rivera justificara la instauración de un régimen autoritario, que liquidaba el Parlamento y el sistema de partidos.

Las «Advertencias» que siguen a la dedicatoria dan cuenta, por una parte, de que algunos de los capítulos del libro eran «crónicas» aparecidas antes en la prensa regional, y, por otra, de que los personajes emergían de bocetos tomados de manera dispersa sin ser retratos de una determinada persona salvo el caso de Alonso Lafuerza, el «último infanzón», que había sido amigo del autor. La condición periodística de buena parte del libro revela mejor la dimensión costumbrista de sus páginas, así como su componente vindicativo. Literatura y periodismo progresaban ya entonces mediante constantes interferencias y superposiciones. No obstante, parecía más propio de los géneros literarios la indagación en asuntos menos sujetos a lo cotidiano; mientras que el periodismo aquilataba los términos con que se modelaba la actualidad. Claro que la «crónica», que había llegado años antes a España por imitación de autores franceses, suponía la confluencia casi perfecta de lo periodístico y lo literario; encerraba la consideración coyuntural del presente con la licencia intelectual que quisiera concederse a sí mismo el autor.

Con todo, la figura del narrador, que se ofrece al lector en primera persona como «peregrino de la nueva fe y un almogávar de la reconquista ibera», responde más a los parámetros de la crónica que de la novela. En *Pilar Abarca*, quien cuenta (y por lo tanto ordena y da sentido último a los acontecimientos) es testigo a la vez que urdidor e intérprete de la historia, nombrado en ocasiones como don Pepe, evidente *alter ego* de Llampayas. En suma, lo mismo que en las crónicas periodísticas, aquí es el propio autor quien otorga crédito o autoridad al mensaje, aviso o encargo del texto. Así, las reflexiones iniciales catalogan sutilmente

a *Pilar Abarca* como creación de autor más que novela de argumento o de personaje. Téngase en cuenta que el narrador-autor justificaba su creación por la necesidad de «purificarse» y la ofrecía al lector como fruto de su peregrinación en busca de la «nueva fe», mientras que Europa se autodestruía en la Primera Guerra Mundial.

A pesar de que varios capítulos se habían concebido anteriormente como crónicas periodísticas, lo cierto es que la novela ofrece una trama coherente y bien secuenciada. El narrador coincide en un principio en una de sus peregrinaciones por el paisaje montañoso con Pedro Abarca, pastor y hacendado venido a menos que frisa los setenta años y que, por su talante y bonhomía, entronca el autor con un antiguo linaje de reyes. De este modo, Pedro Abarca representa la grandeza de Aragón en el pasado, pero también la posterior decadencia y la miseria en el presente de buena parte de su población, oprimida por la «araña» de la vieja política, una red de caciques y prebendas encaminada únicamente a su propio beneficio. Las danzas paganas, las coplas, el canto, los usos lingüísticos instalan a los personajes en una tradición secular que describe el cronista con embeleso y admiración. Al mismo tiempo, el «casal en ruinas», la frialdad y oscuridad de la casa o la austeridad absoluta de los habitantes de la montaña evidencian el ocaso de una civilización ancestral y enhebran el componente de denuncia de la novela. El propio autor otorgaba explícitamente sentido a la narración. Mediante la licencia literaria del sueño, el cronista se entrevista con Atlant (Atlas o Atlante), caudillo de los Titanes en su enfrentamiento con el Olimpo, según la mitología griega, y condenado tras la derrota a sostener la tierra. Con razón, Atlante se presenta, pues, al na-

rrador como «el señor de Monte-Perdido». El personaje mitológico, que finalmente se revela como «el genio de las oligarquías, el ángel malo de tu patria», enseña, sin embargo, al cronista en sueños una Iberia unida, firmemente amalgamada por la naturaleza, no por la política, y le confiesa que existen «dos órdenes de ideas»:

Unas, dominadoras, que determinan las mareas sociales, y otras, que fluyendo modesta pero incesantemente, impulsan la Humanidad hacia el progreso. Aquellas no perduran. Viven en un momento en la Historia, y caen. Las otras, no. Las otras ideas no caen nunca. Se encadenan y andan para juntarse en lo futuro. Nacen sin tortura del pensamiento y van a ciegas. Son intuiciones. Con la gracia de los pájaros en el camino, saltan de la tierra al paso del hombre y le guían a tientas, pero bien, hacia un punto y un tiempo todavía muy lejanos. Forman costumbres. Y estas, las culturas indígenas e innatas que advertimos en todos los pueblos (...) perduran y avanzan siempre, fieles al destino de formar un conjunto armónico y tan vario como la naturaleza misma.

Del mismo modo, hay personajes de relumbrón que mueren y ya no retornan, pero también tipos humanos como Viriato o Pedro Abarca, que renacen cien veces. Y en consonancia con ello, cabe distinguir una España real, «de carne y hueso», y otra, que se alimenta de la anterior, «falsa, oficial, de cartón-piedra, tinglado de políticos y lonja de logreros, a par que refugio de todas las inutilidades. Son los invasores. Míralos». Porque, explica Atlante, como «tu patria no es invadida ni tiene a quien invadir, se invade a sí misma». Es decir, frente a los países europeos en conflicto bélico, la España neutral vive su propia guerra: el país oficial contra el real, las élites contra el pueblo. Con todo, el dis-

curso del último Joaquín Costa, republicano y atrincherado contra el Estado, emerge transparente en estos argumentos. Poco después, el cronista arenga a la mesnada que va camino de Aínsa invocando expresamente al pensador de Monzón como nuevo héroe capaz de conducir a la población a una suerte de segunda batalla de refundación del territorio, en comparación implícita con la legendaria victoria de los cristianos contra los musulmanes en el siglo VIII. Ahora, lo que se disputa es la conquista de la propia conciencia, la hechura de seres libres:

¡Acordaos de Costa, mesnaderos! (...) ¡Id y volved para reñir una batalla más libertadora que la tan célebre de los llanos de Aínsa, porque en esta no reconquistaréis el territorio sino vuestra condición libre, sin esgrimir otras armas que una voluntad al servicio de la ley y de acuerdo con vuestra conciencia! ¡Creed que el espíritu de Costa descenderá en vosotros como descendió la Cruz sobre la Encina, y sabed que la patria levantará una estatua memorable en el mismo sitio en que la fe plantó aquel árbol santo!

Poco antes de llegar a las murallas de Aínsa la comitiva celebra alborozada la presencia de Pilar Abarca, que cuida de su rebaño bajo una encina o carrasca. El narrador otorga al acontecimiento, la presencia de Pilar junto al árbol, un sentido simbólico semejante al de la aparición de la cruz encendida sobre el árbol en la legendaria batalla que daría nombre al Sobrarbe. Tanto la grandeza tradicional del territorio como el renacer de la vida al sacudirse el yugo caciquil, gracias sobre todo a la clarividencia de Costa, a quien tilda Llampayas en varias ocasiones de «San Costa», se encarnan en Pilar Abarca, la hija de Sancho y nieta de Pedro,

el rey pastor. El cronista, Don Pepe para sus paisanos, logra aunar tendencias políticas divergentes en torno a Pilar, «mi ensoñada reina, creyente, foral y democrática, enriquecida con la sabiduría de sus abuelos reyes y con la experiencia de sus padres pecheros, ¿no era la razón natural, la razón histórica, hecha verbo de una tierra que nos llamaba para aleccionarnos solícita y redimirnos amante?». Tanto el liberal y republicano, Alonso Lafuerza, el último infanzón, como mosén Fermín, el cura de Aínsa, antiguo guerrillero carlista, superan históricas discrepancias para defender a Pilar como la apuesta salvadora del Sobrarbe.

No obstante, la crudeza de la pugna política, que perjudica y amenaza a sus seres más próximos, obliga a que la joven mujer se refugie durante un tiempo en Graus, lugar bendecido por Costa, de modo que solo regresa a su tierra ya en estado de embarazo avanzado mientras tanto su padre, Sancho, como su enamorado, Pepón, aguardan refugiados en Francia a que decline la persecución política de que son víctimas. Con un canto al paisaje y a la tierra concluía José Llampayas la historia de Pilar Abarca, que regresa a su tierra a pesar de todas las contrariedades. Ahí se halla finalmente el áspero, pero esperanzado final. Pilar, mujer joven, embarazada, provista de un innegable buen sentido natural, dota de futuro con su sola presencia a su entorno vital, la montaña altoaragonesa, Sobrarbe, cuna del Aragón histórico. No se ha de olvidar que para Joaquín Costa el campesino era el ideal humano y moral por excelencia, además de baluarte principal en la organización económica y social de la comunidad.

Como ya se ha señalado, otras publicaciones de la época nacieron impregnadas de ingredientes semejantes,

pero mención especial merece la extensa novela de Pascual Queral y Formigales, *La ley del embudo*, publicada en 1897 con prólogo de Joaquín Costa. La novela satiriza el sistema caciquil de la Restauración, trenzado en Huesca en torno a la figura de Manuel Camo Nogués, retratado en la obra como «Gustito». La contrafigura de Camo en la novela combina rasgos del propio novelista y de Joaquín Costa, cuyo ideario se plasma de manera abundante y directa en la narración. *La ley del embudo* fue, según J. C. Ara, una de las primeras muestras de la novela de costumbres políticas en España, «novelas regeneracionistas» propiamente dichas, que en general fracasaron como productos literarios por pretender una traslación demasiado literal de la ideología (en este caso, la regeneracionista) al formato novelesco.⁵⁹ Recordaba Ara que a *La ley del embudo* respondió Luis López Allué con su novela *Capuletos y montescos* (1900), desde posiciones camistas. Ambos títulos coincidían con el de Llampayas en algo fundamental: la exaltación de lo rural como factor de regeneración auténtica, la alabanza de la naturaleza como elemento sanador ante los males del alma moderna.

La novela de Llampayas rezuma, por su parte, vigor y autenticidad en el planteamiento, así como naturalidad en la resolución. Un cierto empeño aleccionador por parte del cronista, el encumbramiento de determinados valores montañeses no elude la decrepitud de la vida, incluso, la ruina a que se ven abocados en la montaña los oficios tradicionales; la grandeza del paisaje, la solemnidad de lo ancestral o la entereza moral de los protagonistas no ocultan la ruindad de algunos comportamientos ni encubre el contagio profundo de un régimen político que casi todo lo envilece con sus amaños. Lirismo y denuncia conviven de manera natural

en las páginas de la novela. Como otros autores de la época, Llampayas trató de transcribir con exactitud el idioma de sus personajes, «un buen aragonés del Sobrarbe, aunque mezclado ya con vulgarismos y morfologías castellanas», en palabras de Carlos Serrano.⁶⁰ A Óscar Latas le debemos un análisis detallado de los rasgos lingüísticos del aragonés empleado en la novela, donde prevalecen los rasgos propios de la lengua del Sobrarbe, aunque con importantes coincidencias con otras zonas del Pirineo central e incluso con usos documentados en Bielsa o Chistau.⁶¹

NOTAS

1. Calvo Alfaro (1927).
2. García Mercadal (1919).
3. García Mercadal (1910).
4. Forcadell (2015: 13).
5. García Mercadal (1929).
6. García Mercadal (1919).
7. Ibid.
8. Fernández Clemente (1999).
9. Decía Mercadal que había conocido a Llampayas en Aínsa, en una de sus incursiones en la montaña aragonesa. De hecho, al escritor catalán le dedicaba uno de los capítulos de su libro de viajes *Del llano a las cumbres* (1926).
10. García Mercadal (1929).
11. Vid. S[sin] f[irma] (1927), Domínguez Lasierra (1987, 1992), Fernández Clemente (1997), Barreiro (2007, 2010), Latas (2012).
12. S[sin] f[irma] (1927).
13. *La Vanguardia*, Barcelona, 2 de julio de 1907, p. 2.
14. Ateneu Barcelonés (1908): *Sessió pública inaugural del curs acadèmic de 1908-1909*. Barcelona, Tipografia L'Avenc, p. 7.
15. García Mercadal (1919).
16. Citado por D'o Río Martínez (1999a, 1999b).
17. D'o Río Martínez (1999a).
18. Romero, Serrano, Frías (2001: 45-64, 677).
19. Peiró (1996: 65-79).
20. Samblancat (1917).
21. Vid. Serrano (2014b: 17-38; 2021: 92).
22. Calvo Alfaro (1927).

23. Garci-Jiménez (1925).

24. Vid. bibliografía final.

25. En las referencias bibliográficas damos cuenta de las aportaciones de Llampayas en *El Sol* que hemos localizado. En cada uno de los casos se indica también si el texto se inserta después en *Mosén Bruno Fierro*.

26. Domínguez Lasierra (1987, 1992, 2000, 2018).

27. Llampayas (1922b: 7).

28. Domínguez Lasierra (1992: 9).

29. D'ó Río (1983), Broto Aparicio (2000).

30. Ballesteros de Martos (1924).

31. Guielna (1927).

32. V. de la P. (1929).

33. Llampayas (1935, 1941b). En 1954 el autor concurre al II Premio de novela Elisenda de Montcada, con la obra titulada *Castillo de Mar*. En el concurso participó también Julio Calvo Alfaro, lo que sugiere que ambos mantenían una relación ya surcada por los años. Ganó el certamen Liberata Masoliver con la obra titulada *Efún* (vid. *La Vanguardia*, Barcelona, 9 de diciembre de 1954, p. 28). La narración ganadora, publicada en 1955, era la primera de una autora que se prodigó abundantemente durante el franquismo.

34. *La Vanguardia*, Barcelona, 30 de abril de 1925, p. 10.

35. *La Vanguardia*, Barcelona, 6 de febrero de 1927, p. 14.

36. *La Veu de Catalunya*, Barcelona, 12 de noviembre de 1930, p. 3.

37. *La Vanguardia*, Barcelona, 7 de julio de 1957, p. 24.

38. «El regionalismo significaba una temática propicia para el inevitable final de la pasión romántica y un refugio grato contra la aspereza de la modernidad, aunque alguna vez fuera también la denuncia de un atraso. O todo a la vez...». Mainer (2002: 24).

39. Ara (2015: 20).

40. Acín, Melero (1996: 11).
41. Acín, Melero (1996, 2000). Recopilación y actualización de trabajos anteriores en Domínguez Lasierra (2010).
42. Serrano (1996, 2014), Dueñas (2000, 2011).
43. Mainer (1993: 147-148).
44. Naval (2002: 91).
45. Peiró Martín (1994: XIII).
46. Mainer (1982: 63).
47. Forcadell (1990: 56).
48. Ibid.
49. Melero (2003), Domínguez Lasierra (2006a, 2006b).
50. García Mercadal (1910: XVI).
51. Díez Canedo (1919).
52. S(in) f(irma) (1919), Alaiz (1919).
53. Díez Canedo (1919).
54. Alaiz (1919).
55. Francés (1924).
56. Domínguez Lasierra (1987: 77).
57. Horno Liria (1996: 20).
58. Citado por García Mercadal (1929).
59. Ara Torralba (1994).
60. Serrano (2014b: 20).
61. Latas (2012: 44).

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- ACÍN FANLO, J. L.; MELERO RIVAS, J. L. (eds.) (1996): *Cuentos aragoneses*. Palma de Mallorca, Olañeta.
- ACÍN FANLO, J. L.; MELERO RIVAS, J. L. (eds.) (2000): *Más cuentos aragoneses*. Palma de Mallorca, Olañeta..
- ALAIZ, Felipe (1919): «Aragón. Actualidad de compensación», *El Sol*, Madrid, 5 de diciembre, p. 5.
- ARA TORRALBA, Juan Carlos (1994): «La ley del embudo, minuta de la vida nacional de la Restauración», en Pascual Queral y Formigales, *La ley del embudo*, Huesca, Instituto de Estudios Altoaragoneses, pp. IX-LXXVI.
- ARA TORRALBA, Juan Carlos (2015): «Alma, paisaje, raza: la época regional y modernista de la literatura», en AA. VV., *Ideal de Aragón. Regeneración e identidad en las artes plásticas. 1898-1939*, Zaragoza, Prensas de la Universidad de Zaragoza, pp. 15-21.
- BADOSA, Enrique (1957): «Ha muerto el escritor José Llampayas», *Destino*, 1041, 20 de julio de 1957, p. 31.
- BALLESTEROS DE MARTOS (1924): «Mosén Bruno Fierro, por José Llampayas», *El Sol*, Madrid, 17 de septiembre, p. 4.
- BARREIRO, Javier (2007), «14 aniversarios de un golpe», *Criaturas saturnianas*, 7, pp. 143-169.
- BARREIRO, Javier (2010): «José Llampayas», en *Diccionario de autores aragoneses contemporáneos, 1885-2005*, Zaragoza, Diputación Provincial, pp. 631-633.
- BROTO APARICIO, Santiago (2000): «Saravillo, el lugar de Bruno Fierro», *Diario del Alto Aragón*, Huesca, 14 de mayo, Domingo, p. 32.

- CALVO ALFARO, Julio (1919): «Versos de raza. Don José Llampayas. Por la dádiva de su libro *Pilar Abarca*», *El Ebro. Revista aragonesista*, 16 (20 de septiembre), p. 5.
- CALVO ALFARO, Julio (1927): «José Llampayas y la literatura de Aragón», *El Ebro. Revista aragonesista*, 120 (mayo), p. 4.
- DÍEZ CANEDO, Enrique (1919): «Revista de libros. José Llampayas. Pilar Abarca. (Nieta de un rey). Editorial Ibérica. Barcelona». *El Sol*, Madrid, 11 de noviembre, p. 2.
- DOMÍNGUEZ LASIERRA, Juan (1987): «José Llampayas, el bardo de la Montaña Madre», *Cuadernos de Aragón*, 20, pp. 67-90.
- DOMÍNGUEZ LASIERRA, Juan (1992, 2000), «Llampayas y Mosén Bruno», prólogo a José LLampayas, *Mosen Bruno Fierro*, Huesca, La Val de Onsera, pp. 7-10.
- DOMÍNGUEZ LASIERRA, Juan (2006a): «José García Mercadal (1883-1975): Escritor, periodista, editor, traductor: grafómano», *Turia: Revista cultural*, 79, pp. 167-189.
- DOMÍNGUEZ LASIERRA, Juan (2006b): «Biografía de José García Mercadal», *Turia: Revista cultural*, 79, pp. 198-216.
- DOMÍNGUEZ LASIERRA, Juan (2010): *¡Chufra, chufra...! Cuentos, recontamientos y conceptillos aragoneses*. Zaragoza, Editorial Delsan.
- DOMÍNGUEZ LASIERRA, Juan (2018): «José Llampayas, el bardo de la montaña madre», en *Aragón ante el espejo. Geoliteratura y ficción en los escritores aragoneses*. Zaragoza, Delsan, pp. 229-253.

- DUEÑAS LORENTE, José D. (2000): *Costismo y anarquismo en las letras aragonesas*. Zaragoza, Rolde de Estudios Aragoneses.
- DUEÑAS LORENTE, José D. (2018): «Compromiso y modernidad en la obra de Joaquín Costa Martínez», *Anales de la Fundación Joaquín Costa*, 30, pp. 7-20.
- FERNÁNDEZ CLEMENTE, Eloy (1997): «José Llampayas», en *Gente de orden. Aragón durante la Dictadura de Primo de Rivera [1923-1930]*, Tomo IV. Zaragoza, Ibercaja, pp. 36-37.
- FERNÁNDEZ CLEMENTE, Eloy (1999): *Historia de Zaragoza: Zaragoza en el siglo XX*. Zaragoza, Ayuntamiento/CAI.
- FORCADELL ÁLVAREZ, Carlos (1990): «La consolidación de la prensa durante la Restauración (1874-1931). Un marco general para la prensa aragonesa», en Juan Antonio Dueñas Labarías, Antonio Serrano Dolader (coords.), *Historia del periodismo en Aragón*, Zaragoza, Diputaciones Provinciales-Asociación de la Prensa, pp. 49-58.
- FORCADELL ÁLVAREZ, Carlos (2015): «Regeneracionismo y modernidad: la nación desde sus regiones», en AA. VV.: *Ideal de Aragón. Regeneración e identidad en las artes plásticas. 1898-1939*, Zaragoza, Prensas de la Universidad de Zaragoza, pp. 9-14.
- FRANCÉS, José (1924): «El perfil de los días», *Nuevo Mundo*, 1573 (14 de marzo), p. 18.
- GARCI-JIMÉNEZ (1925): «Bibliografía. José Llampayas», *El Ebro. Revista aragonesista*, 103 (septiembre-octubre), p. 6.

- GARCÍA MERCADAL, J. (1910): «Letras regionales aragonesas. A modo de prólogo», en *Cuentistas aragoneses (en prosa). Antología*, Madrid, Fernando Fe, Librero, pp. V-XVI.
- GARCÍA MERCADAL, J. (1919): «A través de los libros. *Pilar Abarca. (Nieta de un rey)*», *La Correspondencia de España*, Madrid, 26 de noviembre, p. 1.
- GARCÍA MERCADAL, J. (1929): «Del momento. *El rapto de las valkirias*», *La Voz de Aragón*, Zaragoza, 24 de julio, p. 2.
- GUIELNA (1927): «Libros nuevos. *Mosén Bruno Fierro (cuadros del Alto Aragón)*», por José Llampayas», *Mundo Ibérico*, 3, 5 de julio, p. 28
- HORNO LIRIA, Luis (1996): *Autores aragoneses*. Zaragoza, Institución Fernando el Católico, p. 20.
- LATAS, Óscar (2012): «Escritors no ‘patrimonials’ que escriben en aragonés en o primer tercio d’osieglu XX», *Luenga & fablas*, 15-16, pp. 35-50.
- LLAMPAYAS, José (1918a): «(Fragmento de un libro en preparación). Las novelas de la montaña madre. Novela primera. *Pilar Abarca. Nieta de un rey*», *El Ebro. Revista aragonesista*, 2 (1ª época) (15 de enero), pp. 11-13.
- LLAMPAYAS, José (1918b): «(Fragmento de un libro en preparación). Las novelas de la montaña madre. Novela primera. *Pilar Abarca. Nieta de un rey*. (Continuación)», *El Ebro. Revista aragonesista*, 3 (1ª época) (15 de febrero), pp. 7-8.
- LLAMPAYAS, José (1919a): «Una carta», *El Ebro. Revista aragonesista*, 14 (20 de agosto), p. 4.

- LLAMPAYAS, José (1919b): «Al margen de unos artículos», *El Ebro. Revista aragonesista*, 16 (20 de septiembre), pp. 3-4.
- LLAMPAYAS, José (1920a): «Desde el Alto Aragón. Costa», *El Sol*, Madrid, 8 de febrero, p. 2.
- LLAMPAYAS, José (1920b): «Desde el Alto Aragón. El ‘remendonero’ y el cronista», *El Sol*, Madrid, 14 de marzo, p. 6.
- LLAMPAYAS, José (1920c): «Desde el Alto Aragón. Las brujas evolucionan», *El Sol*, Madrid, 18 de marzo, p. 6. Recogido en *Mosén Bruno Fierro. Cuadros del Alto Aragón*.
- LLAMPAYAS, José (1920d): «Desde el Alto Aragón. Los adversarios», *El Sol*, Madrid, 4 de abril, p. 5. Recogido en *Mosén Bruno Fierro. Cuadros del Alto Aragón*.
- LLAMPAYAS, José (1920e): «El casal en ruinas. (Del libro *Pilar Abarca*, de José Llampayas)», *El Ebro. Revista aragonesista*, 27 (5 de abril), pp. 3-4.
- LLAMPAYAS, José (1920f): «Aragón. Del II Congreso de Historia de la Corona de Aragón», *El Sol*, Madrid, 25 de abril, p. 6.
- LLAMPAYAS, José (1920g): «Crónicas pirenaicas. Valle de Ordesa», *El Sol*, Madrid, 10 de junio, p. 6.
- LLAMPAYAS, José (1921a): «Crónicas montañosas. La proposición Lerroux vista por un rural», *El Sol*, Madrid, 23 de enero, p. 5.
- LLAMPAYAS, José (1921b): «De la segunda enseñanza en España», *El Sol*, Madrid, 3 de febrero, p. 12.
- LLAMPAYAS, José (1921c): «Joaquín Costa. El 8 de febrero de 1911», *El Ebro. Revista aragonesista*, 47 (20 de fe-

- brero), p. 3. Recogido en *Mosén Bruno Fierro. Cuadros del Alto Aragón*.
- LLAMPAYAS, José (1921d): «Crónicas montañosas. Los primeros zapatos», *El Sol*, Madrid, 27 de febrero, p. 6. Recogido en *Mosén Bruno Fierro. Cuadros del Alto Aragón*.
- LLAMPAYAS, José (1921e): «Crónicas montañosas. Joselón en la noche del sábado», *El Sol*, Madrid, 20 de marzo, p. 5. Recogido en *Mosén Bruno Fierro. Cuadros del Alto Aragón* con el título de «Joselón se divierte».
- LLAMPAYAS, José (1921f): «Crónicas montañosas. Un ‘medium’ que acierta o el espiritismo en la montaña», *El Sol*, Madrid, 26 de marzo, p. 4. Recogido en *Mosén Bruno Fierro. Cuadros del Alto Aragón*.
- LLAMPAYAS, José (1921g): «Pereda y su proselitismo ruralista», *La Montaña*, 24, Habana, 30 de agosto, p. 10.
- LLAMPAYAS, José (1921h): «Cuento de *El Sol*. La nochebuena de mosén Bruno», *El Sol*, Madrid, 25 de diciembre, p. 2. Recogido en *Mosén Bruno Fierro. Cuadros del Alto Aragón* con el título de «Nochebuena».
- LLAMPAYAS, José (1922a): «El casal en ruinas», *El Ebro. Revista aragonesista*, 72 (septiembre), pp. 6-7. Fragmento de Pilar Abarca (nieta de un rey).
- LLAMPAYAS, José (1922b): «Cuentos españoles. El maleficio», *La Voz*, Madrid, 30 de septiembre, p. 7. Recogido en *Mosén Bruno Fierro. Cuadros del Alto Aragón*.
- LLAMPAYAS, José (1922c): «Nuestros escritores. La mesnada sin pendón», *El Ebro. Revista aragonesista*, 75-77 (diciembre-enero de 1923), pp. 7-8. Fragmento de *Pilar*

Abarca (nieta de un rey).

LLAMPAYAS, José (1923): «Las salvachinas», *Heraldo de Aragón*, Zaragoza, 2 de enero. Recogido en *Mosén Bruno Fierro. Cuadros del Alto Aragón*.

LLAMPAYAS, José (1924): *Mosén Bruno Fierro. Cuadros del Alto Aragón*. Madrid, Sucesores de Rivadeneyra. Colección Argensola. Reediciones en Huesca, La Val de Onsera, 1992, 2000.

LLAMPAYAS, José (1925a): «Paisajes de Sobrarbe. La Peña Montañesa», *El Ebro. Revista aragonesista*, 100 (junio), p. 22. Fragmento de *Pilar Abarca (nieta de un rey)*.

LLAMPAYAS, José (1925b): «Escritores aragoneses. Quicón y Sabeloña», *El Ebro. Revista aragonesista*, 103 (septiembre-octubre), pp. 4-5. Incluido en *Mosén Bruno Fierro. Cuadros del Alto Aragón*.

LLAMPAYAS, José (1927a): «La lección del cura», *El Ebro. Revista aragonesista*, 121 (junio), pp. 3-5. Fragmento de *Mosén Bruno Fierro. Cuadros del Alto Aragón*.

LLAMPAYAS, José (1927b): «Novelistas aragoneses. El método de Mosén Bruno», *El Ebro. Revista aragonesista*, 124 (septiembre), pp. 6-9. Fragmento de *Mosén Bruno Fierro. Cuadros del Alto Aragón*.

LLAMPAYAS, José (1927c): «Cuentos de *Mundo Ibérico*. La última víctima», *Mundo Ibérico*, 9 (1 de noviembre), pp. 6-7.

LLAMPAYAS, José (1927d): *El oso del señor Gimson*. Madrid, La Novela Mundial, 56 (7 de abril).

LLAMPAYAS, José (1927e): *El violín de Emmy*. Madrid, La Novela Mundial, 79 (15 de septiembre).

- LLAMPAYAS, José (1928): «El cuento de *La Voz*. Quicón y Sabeloña», *La Voz. Diario gráfico de información*, Madrid, 2 de marzo, p. 5. Incluido antes en *Mosén Bruno Fierro. Cuadros del Alto Aragón*.
- LLAMPAYAS, José (1929): *El rapto de las valquirias. (Anticipo de una novela para los lectores de 1950)*, Madrid, Espasa-Calpe.
- LLAMPAYAS, José (1935): «Paisajes, costumbres. Tríptico del gaitero», *El Sol*, Madrid, 29 de diciembre, p. 7.
- LLAMPAYAS, José (1941a): *Fernando el Católico*. Madrid, Biblioteca Nueva.
- LLAMPAYAS, José (1941b): *Elena y los tres arqueros. Novela del año uno*. Madrid, Plutarco.
- LLAMPAYAS, José (1942): *Jaime I el Conquistador*. Madrid, Biblioteca Nueva.
- LLAMPAYAS, José (1943): *Goya: su vida, su arte y su mundo*. Madrid, Biblioteca Nueva.
- LLAMPAYAS, José (1947): *Alfonso X: el hombre, el rey y el sabio*. Madrid, Biblioteca Nueva.
- M. A. (1929): «Cuentos. Llampayas, José: *El rapto de las valquirias. (Anticipo de una novela para los lectores de 1950)*. Espasa-Calpe, S. A», *El Sol*, Madrid, 23 de octubre, p. 2.
- MAINER, José-Carlos (1982): *Regionalismo, burguesía y cultura: Revista de Aragón (1900-1905) y Hermes (1917-1922)*, Zaragoza, Guara Editorial.
- MAINER, José-Carlos (1993): «Sobre la *Revista de Aragón (1878-1880)*», en María Ángeles Naval (coord.), *Cultura burguesa y letras provincianas. El periodismo en Ara-*

- gón (1834-1936)*, Zaragoza, Mira Editores, pp. 131-176.
- MAINER, José-Carlos (2002): «Notas sobre el regionalismo literario en la Restauración: el marco político e intelectual de un dilema», en José-Carlos Mainer, José M.^a Enguita (eds.), *Entre dos siglos. Literatura y aragonesismo*, Zaragoza, Institución Fernando el Católico, pp. 7-28.
- MELERO, José Luis (2003): «Un gran aragonesista olvidado. José García Mercadal», *El Ebro: Revista aragonesista de pensamiento*, 3, pp.101-111.
- NAVAL, María Ángeles (2002): «Progreso regional y nuevas fórmulas periodísticas en *Aragón Ilustrado* (1899)», en José-Carlos Mainer, José M.^a Enguita (eds.): *Entre dos siglos. Literatura y aragonesismo*, Zaragoza, Institución Fernando el Católico, pp. 91-121.
- PEIRÓ, Antonio (1996): *Orígenes del nacionalismo aragonés (1908-1923)*. Zaragoza, Rolde de Estudios Aragoneses.
- PEIRÓ MARTÍN, Ignacio (1994): «La *Revista de Huesca* (1903-1905): una aventura erudita para la regeneración de la historia nacional», *Revista de Huesca. Edición facsimilar*. Huesca, Instituto de Estudios Altoaragoneses, pp. IX-XXVIII.
- PEIRÓ MARTÍN, Ignacio (dir.) (2011): *Joaquín Costa: el fabricante de ideas*. Zaragoza, Gobierno de Aragón.
- RÍO MARTÍNEZ, Bizén d'o (1983): «La antileyenda de mosén Bruno Fierro (cura rector de Saravillo)», *Nueva España*, Huesca, 10 de agosto, pp. 26-27.

- RÍO MARTÍNEZ, Bizén d'o (1999a): «*El Desinfector*», *Diario del Alto Aragón*, Huesca, 26 de diciembre, Domingo, p. 11.
- RÍO MARTÍNEZ, Bizén d'o (1999b): «*El Desinfector*», *Sobrarbe*, 5, pp. 135-147.
- ROMERO SALVADOR, Carmelo; SERRANO GARCÍA, Montserrat; FRÍAS CORREDOR, Carmen (2001): «Aragón», en José Varela Ortega (dir.), *El poder de la influencia: geografía del caciquismo en España (1875-1923)*, Madrid, Parcial Pons, pp. 45-64 y 677.
- S[sin] f[irma] (1927): «José Llampayas», en José Llampayas, *El oso del señor Gimson*, Madrid, La Novela Mundial, 56, pp. 3-5.
- SAMBLANCAT, Ángel (1917): «Unión Regionalista Aragonesa», *El Diluvio*, Barcelona, 17 de noviembre, pp. 10-11.
- SERRANO LACARRA, Carlos (1996): «Tratamiento, interpretación y mitificación de la figura y obra de Joaquín Costa a través de la prensa aragonesista (1911-1936)», *Anales de la Fundación Joaquín Costa*, 13, pp. 313-557.
- SERRANO LACARRA, Carlos (2014a): «El recuerdo aragonesista de Joaquín Costa (1911-2011)», en Guillermo Vicente Guerrero (ed.): *El renacimiento ideal. La pedagogía en acción de Joaquín Costa*, Zaragoza, Institución Fernando el Católico, pp. 195-221.
- SERRANO LACARRA, Carlos (2014b): *País y lenguas. La lengua aragonesa en la revista El Ebro*, Zaragoza, Aladrada.
- SERRANO LACARRA, Carlos (2021): *Ríos de tinta por Aragón, discursos por un país. La revista El Ebro (1917-1936)*, Za-

ragoza, Fundación Gaspar Torrente-Rolde de Estudios Aragoneses.

V. de la P. (1929): «El rapto de las walquirias, José Llampayas. Espasa-Calpe (S. A.)», *La Voz*, Madrid, 20 de noviembre, p. 4.

EDICIÓN FACSIMIL



PILAR ABARCA

BIBLIOTECA DE AUTORES CONTEMPORÁNEOS

VOLÚMENES PUBLICADOS:

El Abuelo del Rey, de GABRIEL MIRÓ.

Amado hasta el patíbulo, de JOKAI; traducción de *Juan Alzina y Melis*.

LAS NOVELAS DE LA MONTAÑA MADRE

NOVELA PRIMERA

PILAR ≡≡≡
≡≡≡ ABARCA

(NIETA DE UN REY)

POR

JOSÉ LLAMPAYAS

EDITORIAL IBÉRICA.—J. Puós, S. EN C.

Paseo de Gracla, 62

BARCELONA

ES PROPIEDAD

EDITORIAL CATALANA.—Sección de imprenta.—Mallorca, 257 y 259

Al gran patriarca aragonés don Juan Pío Membrado, en prueba de admiración y afecto, y con él a todos los infanzones de la nueva Infanzonía que entre labranzas y libros laboran por la Nueva España de la Nueva Edad, dedico estas gestas.

EL AUTOR

ADVERTENCIAS

Para componer este libro he seleccionado algunas de mis "Crónicas montaÑesas" y de mis "Crónicas de Pilar Abarca (nieta de un rey)", publicadas durante los últimos años en diversos periódicos regionales.

En él son los personajes resultantes de bocetos tomados en este y el otro lugar, nunca retratos de esta o aquella persona, salvo don *Alonso* Lafuerza, el último infanzón, hombre cabal que fué mi amigo (e. p. d.)



TRÍPTICO

A MANERA DE PREFACIO



I

EL PEREGRINO

Cuando la Gran Guerra se vengó de la Paz Armada —verano del catorce—, era yo un peregrino de la nueva fe y un almogávar de la reconquista ibera, pero no hermano en la “Cofradía del Rosario”. Para merecerlo, tenía que purificarme. Necesitaba triunfar de los diablos modernos y de los dioses jubilados. Ora desfallecía ante el fárrago libresco y un tanto exótico de ironías al uso, ora batallaba contra el poder espectral de los antiguos ideales muertos, y estas dudas entorpecían mi paso, mi peregrino viaje hacia la verdad abarqueña. Por fin, cierto día de buen sol, anda que andarás, llegué a encontrarme con el Pirineo, y desgarrando el vestido en los breñales y

aventando mis ideas, trepé a la más alta cumbre. Europa ardía; loqueaba la pobre; sentíalo ella por su tercera hija, tras tantos siglos de preñez. Habiéndola concebido más hermosa que Grecia y más lozana que Roma, veíala enferma, desvalida, y allá, en el Norte, lejos del mar latino, presa de lobos entre un lobo de mar y un lobo bárbaro. ¡Qué lucha! Yo, presenciándola desde mi elevado pedestal de roca, temblaba. Era monstruosa. Diríase las Guerras Púnicas; pero las Guerras Púnicas sin el gesto de Aníbal y sin la grandeza de Roma; unas Guerras Púnicas siglo xx. Y la tercera hija de Europa, exasperada, enloquecida, llamaba al fin en su defensa, y ofrecíase, a una especie de piel-roja admirador del pugilato, danzarín de un tango simio, inventor del cine y del gramófono, y que, vestido de chistera y pantalón a rayas, cifraba todo su orgullo en hacerla vivir en una casa-colmena de ochenta pisos. ¡Cristo, qué guerra! y qué desenlace, y qué himeneo! Confieso que sentí asco. Descendí al valle. Y puesto el sayal, calzadas las abarcas y empuñando un cayado, hice el retorno discurriendo las novelas de la Montaña Madre.

Desde entonces, desde que soy un hombre casi primitivo, tengo a menos el ser incrédulo, y rezo con fervor: "Creo en ti, ¡oh Tierra!, como en la madre de cada una y de todas las tierras; sólo tú vas con el tiempo y eres arcana." Y suelo exclamar piadosamente: "¡Pobres dioses del Renacimiento y pobres ironías, ayer demoledoras, vestidas hoy de la mayor seriedad! ¡Y qué mal parecéis todos en el desván donde yacen los altos ideales víctimas de vuestra ira o de vuestras burlas!"



II

PROFESIÓN DE FE

Creo en la Iberia futura, una, diversa y libre, hija de la Iberia histórica.

La venero en Mela y Strabón, con Indibil, Mandonio y Rethógenes Caraunio; pero no la rezo; porque es una diosa antigua que yace sobre el plinto calcáreo de las columnas madres.

Invoco a la Iberia feudal, como a una abuela fosca y altiva que nos formó el carácter y se calló la fórmula, bajando a la tumba con el secreto familiar de nuestro destino.

Admiro a los guerrilleros, y hasta disculpo su bravura pirática, pues al fin eran hombres que, ciegos, desalados, corrían en pos del enigma perseverando en su carácter.

Detesto, por exóticas, las fórmulas apriorísticas adoptadas ayer en momentos de impotencia, y maldigo de su fruto, los tiempos bobos, de atonía, que no de paz, en que Iberia vegeta.

Y me refugio en sus entrañas, y escucho sus latidos, y los llevo al papel tras de afilar mi pluma en el granito de los peñascales amontonados un día por el mismo Hércules, barrera de Pirene que valla el huerto de las manzanas de oro.



III

VOCACIÓN

Soy el cronista de Pilar, hija de Sancho Abarca, nieta de un rey.

En mi ruta cronológica, en este mi viaje de retorno al seno de la Madre y a través de los tiempos, hago el primer alto en el solar místico y prócer donde la cruz descendió sobre la Encina—milagro de los años mil—, y donde hasta las peñas, como iluminadas, se abrasan de amor santo en la paz de la tarde, prodigio de todos los días.

Dedico estas crónicas a los devotos del ayer y del mañana, a los hombres despiertos, de los campos y de las urbes, que no se brezan con el reloj de la muerte, cuyo péndulo oscila sobre la Iberia de hoy.

Son como las antiguas crónicas de la Corona, solo que, reintegrada ésta a las montañas madres, han perdido no

poco de su empaque palatino, se han vuelto más humanas y no tan andariegas como solían cuando, en pos del rey Jaime o del rey Pedro, de Monzón a Manresa y de Vich a Daroca, se desalaban por historiar los fastos de aquellas Cortes que supieron dar forma a las esencias patrias. También Pilar—que es verbo—las vierte por su boca en una fabla ruda y sencilla, depositaria de los viejos cantares.

Los Abarcas, nietos de reyes y antiguos infanzones, son hoy labradores por recurso y pecheros de afición.

Sancho es enérgico; tiene duro el cuerpo, el mentón prominente, la nariz recta y un poco levantada, los ojos nobles y audaces; pero el hábito de encoger los hombros, adquirido por herencia de un abuelo que perdió sus títulos, desgarga su figura de Hércules indolente. Diríase que se ignora. Soporta a los bastardos que le hablan en demócrata, cuando lo es por naturaleza, olvidando su destino determinado en la historia desde Sancho rey. Es la suya una democracia íntegra y foral, que no gusta de alharacas ni de exotismos. Por esto siempre ha escuchado el “Himno de Riego” como quien oye un rigodón cursi. Tiene, además, un concepto bastante serio de la patria. Aquello de “la inmortal” y “la muy heroica” empieza a escamarle. Héroe de veras, desdeña la pompa sin rehuir el sacrificio, y cuando éste llegue, le dirá a su camarada, como antaño el Batallador al de Bearne: “Vamos, que así murió mi padre y también el tuyo.” Y nada más.

Pilar, su hija, es la tragedia viviente de Sobrarbe, de Aragón, de Iberia, del Mundo. No acierto a describirla. Es el terruño violado y escarnecido en la propia carne de una moza aldeana que por su grandeza escapa al boceto. Yo, escritor humilde que nada sé pese a mis libros, la invoco y me someto a ella, doctora en la ciencia innata de las intuiciones, vulgo corazonadas, que lo sabe todo, y me dicta, y escribo, y soy, a su lado, como un cronista a la manera antigua que escribiese con pluma siglo xx, estilográfica, Waterman's.



LA NOVELA

— I

UN REY PASTOR



*La montaña soy baxato
con abarcas i abarqueras
i soy tornato á puyar
con zapatos de tres suelas.*

Híceme abarqueño camino de Bestué, lugar pirenaico próximo a "Las Tres Sorores". Caballero en un mulo, apencaba con las seis leguas que separan Ainsa del confín norte de Sobrarbe, cuando me emparejé con Pedro Abarca *el Viejo*, que al punto se constituyó en mi espoulique. En aquel entonces aun no conocía a su hijo Sancho ni a su nieta Pilar. A él, sí. Era famoso por sus cantares. A mí se me antojaba un bardo, y le tenía por el archivero de la poesía montañesa.

Debo describirle como a un rey pastor que hubiese venido a menos. Frisaría en los setenta, caminaba airoso, era de cuerpo aventajado y cenceño, tenía la expresión viva, franca, preguntona, algo procaz, y, a menudo, con estrépito de coplas o de juramentos, según los casos; creía en la Virgen del Barrio, patrona de Bestué, su pueblo, y luchó de mozo, y a veces aún luchaba, contra los

siete pecados capitales, pero él y ellos desnudos, sin afeites; componían su atavío abarcas de vacal, medias, calzón y el justillo por donde asomaban las mangas de una elástica rojiza hecha en los telares caseros con lana de ovejas propias; cubriase con el clásico chambergo de los alto-aragoneses.

Atajábamos la tierra de Puértolas trasponiendo monte. Era un día de gran sol. Relucían los peñascales sobre la mancha verdinegra de los bosques, y acá y allá se deshacía en jirones el vaho neblinoso de las hoyadas. Pedro cantó:

De los Altos Pirineos
baxé tá la Tierra Plana
a cortejar una moza
que se nombra Marixuana...

Miróme, y se interrumpió riendo. En verdad que era día de coplas el día aquel. Todo respondía al cantar del viejo. La Peña Montañesa, de ordinario hostil, desarrugaba la frente; Castillo-Mayor, el arrogante, ebrio de luz mirábanos con descaro; hasta el adusto *Puntón d'o Fraire*, centinela de Sestral, parecía condescender. Y las aguas del Bellos despeñábanse reborbollando, tañendo en las piedras:

... en la manga del gambeto
le soy baxato manzanas,
de buenas que le sapeban
los morros s'enlaminaba...

Las auras de "Las Tres Sorores", como los antiguos vientos las canciones de guerra, lleváronse el cantar al Sur, al mar, a perderse en donde se perdieron antaño los esfuerzos almogávares. Inclinado sobre la montura, vuelta la cabeza, miraba la tierra que dejábamos, y la otra

de Ainsa, y la del Bajo-Sobrarbe, y, con el pensamiento, la otra contigua tras los montes más allá de la barrera de Arbe; una serie de lomas y de llanuras calcinadas, sedientas, pero ahitas de gloria, cubiertas aún con el polvo de las batallas.

—*¿Cuándo le paez, señor—formuló Pedro—que serán as votaciones?*

—Cuando se le antoje al Moro Muza. Pero, ¿y a ti qué te importan los pasteleos de la chusma infiel? ¿No ves que te denigras? Calla, paga al invasor y afila un venablo como en tiempos.

—*I tocante a guerra, ¿qué traen hoy os papeles?*

—Basta, Pedro; no me hables de más rebaños ni de otros enemigos que de los tuyos. Cuéntame de tus lobos, de tus jabalíes... ¿Qué, no los hay en el monte?

—*¿Chabalins? ¡muchismos!*

—*¿Cerca?*

—*Ayer mesmo los vide ta par d'allá; en conté ocho; d'esa tierra d'os Pocins salión i dion vuelta t'al otro lao.*

—Pues... ¡duro con ellos!

Me habló de sus cacerías. De un *chabalin* al que *agarró* del cuello, haciéndolo andar *a retéculas* hasta unas *leneras*, por donde ambos rodaron a tumbos, con riesgo de *estozolarse*; después, de un oso, y con magnífica indiferencia me dijo que lo esperó a pie firme, y que lo mató con *a destraleta* y de un solo golpe; de otros osos también... ¡qué sé yo! Hazañas que hoy me pasman, y que oídas en aquel paraje montés no me parecieron fabulosas. Sería bien corrida la media tarde. Se avecinaba la gran hora, la hora verbo de aquella tierra legendaria, y la grave y acompasada voz del rey pastor sonaba como a hueco en la quietud del monte. Yo escuchaba, y todas las cosas conmigo. Una oculta emoción palpitaba ahora en los ardientes peñascales, y en el vasto azul que se encendía poco a poco, y en el racimo de redondas nubes inmóviles que se coloreaban lentamente, y en la boira gris con polvos de oro que temblaban como en un velo

sobre el fondo de las cañadas... Y a par que apeonábamos como dos halcones por la crestería de Puértolas, yo, en la beatitud del monte, asistido por San Humberto y con la fe de un caballero templario, gustaba el encanto de aquellas milagreras fábulas venatorias antaño narradas por los monteros en la paz de la tarde camino de sus castillos.

Entramos a las tierras de Bestué y Escoain. Desde lo alto de un peñón dos zagales tiraban piedras y daban gritos a unas ovejas que en tropel despeñábanse, y al pie otro pastor las recogía careándolas hacia el camino. El sol empezó a trasmontar la barrera de Arbe, que se ponía gris, enrojeciendo los fronteros picos de Cotiella y de Sestral. Pedro, canturreando una como salmodia pastoril, parecía sentir el influjo de la hora. Se oyó el son de una gaita.

—¿Qué es ello, Pedro?

—*¿Vei qué? Pos que bailan o cascabillo en a plaza.*

—¡Hola!, el cascabillo, la danza prima de...

—*¿Cómo diz?*

—Nada; que nos demos priesa.

Metí el bastón en los ijares del mulo. Presentía algo digno de los depositarios de la leyenda heroica.

La tarde se despedía con un gran resplandor. Dos águilas pasaban haciendo sombra al Puntón d'o Fraire.



II

DANZAS CELTICAS



*O baile del onso
no se baila así,
de patas ta'baxo,
de caras ta'quí.*

Aceleramos el paso. La salmodia pastoril había expirado en la boca de Pedro. Ibamos silenciosos, fervorosamente callados, a fin de no turbar las ocultas armonías de la hora santa. Sólo mi cabalgadura mostrábase irreverente, escandalosa, pisando recio y hollando en las vaderas el agua virgen que en regatos bajaba para preguntarnos, con humilde silabeo, por las tierras pobres, y después se alejaba dulce, mansamente, fertilizando unos prados camino de los cauces de perdición.

A cada revuelta del ondulante sendero, la gaita de Bestué nos llamaba con son distinto y más claro. Parecía decirnos: "Venid, y veréis cómo las voces nostálgicas de mi vientre convidan a la danza guerrera mejor que a los cantares."

Emprendimos la ascensión de un repecho escabroso. Era un peñascal de altura indefinible y de siluetas cam-

biantes a cada paso. Al principio se ofreció como un castillo roquero nimbado por la puesta solar; después, agrandáronse poco a poco sus almenas, y a par que éstas se desunían transfigurándose en gigantes encapuchados, surgió de entre ellos el perfil de una cruz de piedra, y al pie de la cruz una oveja de rebordes luminosos que mordisqueaba en las gradas, y más allá otra, y otras, y aun más ovejas, muchas, y por último tres zagalones de calzón, chambergo, varas en el sobaco, zurrón de pieles al cinto, y que vueltos hacia su pueblo, danzaban, reían, cantaban:

O baile del onso
no se baila así,
de patas ta'baxo,
de caras ta'quí.

Dos machos cabríos se empinaron y se embistieron, dándose una gran tozada. En lo alto del sendero nos rodeó el ganado. Pedro voceó:

—¡Toñón! ¡Felos ta'allá!

Atalayamos Bestué. Se tostaba sobre un lomazo de oro, entre los ardientes macizos de Sestral y Castillo Mayor, y a la vista de "Las Tres Sorores", cuyas tocas de nieve, encendidas por el sol, parecían tres grandes hogueras. La voz de la gaita era la del valle todo; su motivo, el fuego. Y a par del compás heroico y lento de la danza, un son agudísimo ascendía por los átomos de luz hasta las cumbres ígneas, también sonoras.

Subimos al pueblo.

Presto descabalgué en la plaza. Era llena de música y de una rara solemnidad. Tañía el gaitero, y a su alrededor bailaban hasta veinte hombres. En las esquinas había grupos de ancianos, de niños y de mozas. De tarde en tarde oíase el toque de un esquilón, y dos o tres mujeres con capuchas y unas sayas cortas muy voladas pasaban celerosas, ajenas al espectáculo. Y el fulgor sangriento

lo proyectaba todo en suelos y paredes, trocando estas figuras en monstruos.

La danza era ingenua y marcial. Los bailadores tenían cara de niño y cuerpo de luchador. En sus ojos claros había el ardor candoroso y bélico de los impulsos infantiles. Todos me parecieron de un mismo tipo alto, rubio, seco, y observé que su ropaje de justillo, calzón corto y medias, casi los uniformaba. Descendían, sin duda, de aquellos cabañeros combatientes de los pueblos pastores, y danzando a la manera antigua, como en las fiestas rítmicas de sus antepasados, formaban en círculo, sólo que no en torno de la hoguera consagrada a Iun, sino del músico, y no rindiendo culto a la deidad lunar, sino a la "Virgen del Barrio". Danzaban con las manos en alto, los ojos inmóviles, la boca plegada, austera; graves, lentos, magníficos; y ora marchando, ora haciendo gambetas, ora bandeándose de izquierda a derecha con tosca ceremonia; pero al son, a compás.

Encantado yo, el escenario aquel antojóseme el ignorado templo de mi raza, donde la Historia, para expiar sus muchos olvidos, ofrecía una tradición; y al calor de estas quimeras, vi los bailes celtas en el plenilunio, las danzas de armas precursoras del combate, las alegrías almogávares después del botín... Mas como la rueda girase una y otra vez, sin tregua, pasando al zagal y al mozo y al viejo, para volver a pasar al viejo y al mozo y al zagal, mis imaginaciones tomaron otros rumbos, eleváronse por muy alto, y contemplando entonces la enorme rueda de las edades que inexorable gira por el orbe, engrana aquéllas con los pueblos, gira otra vez, los vuelve a endentar, y gira, gira sin descanso, me dije: esta rueda es la Historia, no la tradición, y el gaitero, el eje, la canción de los siglos, siempre la misma. Y me descubrí. Desde entonces, miro con desprecio los bailes de esas tierras débiles, calenturientas, que todo lo individualizan y exaltan, y sueño con la danza futura, con la gran danza común que un día

bailarán los hombres cuando, al modo primitivo, festejen la victoria final.

—¿Qué? ¿Le agrada, señor?

—Mucho, Pedro; ¡soberbio!

—*Izo digo; jamás en as danzas se tocaban os hombres con as mullers en tiempos; ahora, si no van abrazaos, ya no saben marchar; hoy todo yé poner usos malos.*

Proferida esta sentencia, Pedro Abarca hablóme del baile “Cascabillo” en términos de gran entusiasmo, y cuando le pregunté por el origen de tal nombre, me dijo ser que, en tiempos, *feba ya muchismos años*, los danzantes poníanse en el cinto unos cuantos *cascabillos* (1), acompañamiento más *armonioso* y *adorno de mejor ver*—según *el Viejo*—que las *castañetas* (2).

A esta sazón calló la gaita, y los bailadores se precipitaron hacia el gaitero gritando:

—¡*Ijujúu!*

Y se abrazaron formando piña. El grito rodó por las quebradas, repercutiendo: *¡Ijujúu!* Y alejóse para volver; pero esta vez más breve y hondo: *¡úuu!*... Y fué. Todos los años se escucha en aquellas montañas pobladas de ecos milenarios, y todos los años las montañas madres se estremecen de gozo al reconocerle.

Roto el círculo, deshecho el encanto del tiempo, volvieron las horas, el afán cotidiano, la miseria. Desde un picacho de poniente, dentellado y negro, que por obscuro destacaba sobre una gran mancha roja, dos o tres rayos de sol partieron escapados, tendidos, y fueron a quebrarse en los peñascales próximos. Por encima de un mar de sombras, la mayor de “Las tres Sorores” flameó la última. Y como si el viento de sus faldas, que bajaba por “La Canal”, hubiese apagado aquella antorcha cuyos resplandores se borran del cielo, todo empezó a desvanecerse. Los montes se ponían ocres, pardos, negros. La plaza de Bes-

(1) Cascabeles.

(2) Castañuelas.

tué se vulgarizó al punto, y a par que se deshacían los grupos formados sobre la escena del baile, un perezoso tableteo de abarcas anunciaba el desfile de los aldeanos por las callejas. Cuatro mozállones marcháronse con el gaitero. Uno cantó:

Marichón de lo vecino
corazón de avellanera,
ixa noche he soñadito
qu'estaba en tu cabecera.

Atravesando la plaza, casi desierta, manifesté a Pedro mi deseo de cumplimentar a mosén Antón. Le pareció muy bien, y quiso acompañarme hasta la rectoral. Por el camino escuché los últimos apremios de la campanita del Rosario, y hasta recuerdo que me detuve para dar paso a unas mozas que iban desaladas cubriéndose con las capuchas.

III

EL CASAL EN RUINAS



*“Muller de na montaña con
hombre de na tierra baxa, fan
casa; muller d'abaxo con hombre
d'arriba, casa abaxo.”*

Desde la casa del párroco, pagada una visita, Pedro me condujo a la suya: un casal vetusto, derroñado en parte, pero que descollaba sobre todos en prueba de señoría. Estaba en la plaza, es decir, en lo más alto del pueblo, y desunido, aislado de los otros. Blanco de la luna, que en aquel momento surgía entre dos picachos, destacaba sobre el fondo negro de los montes, duro, absorto, inexpresivo, como tallado en hielo. No me era desconocido. Ya poco antes, al atardecer, cuando la danza histórica, el frío de aquella vivienda mísera, prócer de aspecto, habíame dado en el corazón, angustiándolo con presentimientos crueles, y ahora, viéndola emerger del valle como de un lago tenebroso, justa imagen de esas quimeras legendarias que emergen del tiempo, devoré con los ojos, y grabé en mí para siempre, su tejado pizarreño, muy pino, sin aleros y con gárgolas de piedra, sus de-

rrengadas paredes con ventanas ojivas y el escudo mural, cuyos blasones—una B, tres barras, la Cruz en la Encina y un cordero—atestiguaban un poder y una riqueza antiguos.

Entramos en el casal. Era un antro desolado y lóbrego donde la voz y las pisadas resonaban angustas. Guióme Pedro hasta un oscuro pasadizo; se detuvo; mostróme como en el fondo un resquicio de luz, e invitándome a proseguir solo y añadiendo que por allá estaba la cocina y también *Rosoña*, una parienta en funciones de cocinera que me atendería mientras él inspeccionaba las cuadras y cerraba el ganado, alejóse tan campante pisando recio y seguro en aquella como boca de lobo por donde yo tenía que andar a tientas palpando en las paredes.

La cocinona era enorme, de tenebrosa campana y amplias y bruñidas *cadieras* (1). Tumbado sobre la una hallábase un pastor zagal de tipo clásico, y frontera al pastor, sentada en el suelo, con el hogar entre ambos, una mujer cuarentona, bien metida en carnes que asomaban, rollizas y blancas, por un jubón de terciopelo negro, y se adornaban con arracadas y gargantillas de plata. Junto al fuego había una gran cazuela con varios pucheros en torno. De los *cremallos* (2) pendía la caldera de las *pasturas* (3), negra, ventruda, babosa. En el *candeletero* ardía una lumbrada.

Habíame entrado muy quedo, sin ser oído, y me estaba en la penumbra junto a la puerta. Mujer y pastor discutían. Porfiaba ella jovial, un tanto zumbona; pero él, desabrido, boca abajo de codos en la *cadiera* y con las mejillas apoyadas en las palmas, enfurruñábase a cada réplica.

—*Ya verdá que tiens a novia na tierra baxa.*

—*No verdá.*

—*Sí verdá.*

(1) Bancos de madera en torno del hogar.

(2) Llares.

(3) Platillo colgante del techo donde se enciende tea para alumbrar.

—¿Qué se lo ha dito?

—A yo me lo han dito.

—¿Qué se lo ha dito?

—¡Pché!, no valdrá cosa cuando a tú te la dan d'abaxo t'arriba.

—¡Amos, fata!

—¿Qué, t'encarrañas?

—¡Pos me diga qué ha dito ixo!

—Un canario.

—Alguna bachillera, dirá. ¡Me ca...!

—¡Pára, hombre, pára!... Con que yé verdá, ¿no?

—¡Nóo!...

—O pregunto p'ra aconsejáte, Toñón. Ya sabes o dicho que diz: "Muller d'abaxo con hombre d'arriba, casa abaxo. En iza del amo tiens a muestra..."

Vióme el zagal y se incorporó sorprendido, confuso, llevándose una mano a las greñas.

—... ¿Qué miras?

—Astí vien un caballero.

Levantóse presta la mujer, avancé yo hasta la lumbre y empezaron los ordinarios cumplidos; breves por mi parte; los de ella largos y vehementes: que si Pedro ya la había comunicado mi llegada, que si estaba toda confusa, no sabiendo qué cena sería más de mi gusto, que la dispensara y me conformase con la buena voluntad, que si me había fatigado mucho por aquellas cuestas de Dios, que si probaría un bocado, que si tan sólo una copa... Seducía su habla; ponía en ella cadencias montunas capaces de rendir al más fuerte; pero me senté rehusando.

Nada tan austero como las cocinonas alto-aragonesas. Tienen por techo la campana misma de la chimenea, obscura, insondable; no conocen más útiles inventos que los antiguos del *candeler*o y del *cremallo*; ofrecen por sola comodidad las anchas y duras *cadieras*; no cumplen otra misión que la de arder sin descanso para gloria de los eternos pucheros de lustrosa panza, que, graves, taciturnos, alíneanse a lo largo de las paredes como si fuesen

los penates del hogar, cuando en realidad son los sacerdotes del templo. En aquel instante, oficiaban. Habían recibido el tributo, y lo sometían al sacrificio del fuego reborbollando, cantando a la vida; pero a la vida aquella simple, ingenua, de la cocinona cuya campana jamás inquietó a sus fieles ni por tenebrosa ni por insondable. Observé que de aquel abismo descendían tres cremallos, signo, en tiempos, de una gran pujanza.

Entró Pedro y pidió la cena.

Sentados a la mesa, y recordando la porfía de la mujer con el zagal, interrogué festivo:

—¿Cómo demonios ocurriósele al señor Pedro casar con mujer de la tierra baja?

—*¡Bah!, cosas de ixa, de Rosoña*—gruñó el viejo—. *No son as mullers, no; la mía, que paz haiga, bien cereña era; son os hombres, que fuyen hoy de na montaña, temerosos de que se les venga encima.*

La expresión era dura, y el gesto, agrio. Cinco hijos había tenido, cinco, todos varones; cuatro se perdieron, dos en Francia, otros dos en las guerras *del moro*; quedábale uno, el mayor, Sancho; en hora tonta lo hizo heredero, ¡mal rayo!; campaba por tierras de Ainsa, metido en negocios; muy cerca, eso sí, pero también perdido para la casa...

A esta sazón, oyóse en la puerta una carcajada juvenil, cantarina, y todos advertimos una figura en la sombra. Poco a poco acercóse la figura, tomando el cuerpo y los colorines de una zagaleja de doce a trece años, vestida al uso de Gistain. Exclamó Rosoña:

—*¡Pro si é María-Lucia! ¿D'aon viens?*

—... *Pos... de Chistain...*

Y volvió la risa canora, esta vez un tanto reprimida por mi presencia. Díjome Pedro:

—*Ixa moceta me ye sobrina.*

Y dirigiéndose a ella:

—*¿Sola has veníu, trapalona?*

—*Sola no, con a burra.*

Y reía, reía mirando a Rosoña, gozándose con la gran sorpresa que nos daba. Al zagal, mirábalo con disimulo, de reojo, y al tío Pedro, medrosica, respetuosa, con esa humildad característica en las mujeres del valle de Gistain. Iba muy bien compuesta, y recuerdo que se lo dije sin rodeos. Hizo como que no se enteraba, y miró al fuego con ojos candorosamente pícaros. Vestía saya redonda, *saya-lejos*, delantal rameado, chipón azul con *encordaderas* amarillas, pañuelo blanco en los hombros y recogido, por delante, en el chipón, pañuelo de colores sobre el blanco y otro atado en la cabeza a manera de turbante, con dos puntas en lazo y las otras dos colgantes por la espalda. Pero más que su atavío, completado por las arracadas y el collar, admiraba yo su tez morena, cenceña, fuerte, y el color de sus manos que, bajo los puños blancos del jubón, se me antojaron de bronce.

Acabada la risa, y sin atender casi a las preguntas que le dirigían Pedro y Rosoña, nos miraba alternativamente a todos, como tratando de explicarse algo para ella extraordinario. Rosoña la comprendió:

—*¿Qué quiés? ¿Qué buscas? ¿A Pilaroña?*

—*Sí. ¿An son os d'ixa casa? ¿Dó están?*

—*¡Pobre María-Lucia!*

—*Vam quedare con Pilaroña que yo venise ta fiesta...*

—*¿An la vas viere?*

—*En a feria de Bielsa.*

Refunfuñó el viejo:

—*¡Búscatela! Ta la Ainsa fuése con su padre.*

—*¿I no puyará?*

—*No puyará.*

La pobre niña hizo un gesto de desencanto, y por sus ojos pasó como una nube. Aun quedó un rato en pie, silenciosa, en espera de alguna aclaración. Después, y como todos callásemos, cogiendo el plato que la ofrecía Rosoña, sentóse en la *cadiera* junto al zagal. Este la dijo a media voz:

—*Vas muy fachendosa, nina; mañana t'apedregarán as mocetas.*

María Lucia encogió los hombros. Insistió él:

—*¿Sabes qué podes fere? Bailar con yo en o baile.*

Ella le hizo una mueca. Volvió el zagal:

—*Mira que si bailas con yo no te apedregarán mica.*

Repitióse la mueca.

Después de un largo silencio, Rosoña, que no cesaba de mirar a la niña con ojos compadecidos, preguntó aca-
riadora:

—*¿I qué farás sin ella? ¿Cómo pasarás ixe agüerro? (1).*

—*Pos men iré ta servir; ta lejos, ta Barcelona, u ta Francia...*

Estalló Pedro:

—*¡Mal rayo! ¡Fuit, fuit todos, que se caen os peñons d'Osrachins!*

Y no hubo más palabras en toda la cena.

El viento gemía en los pasadizos. Una ráfaga batió la puerta y salió rebombando por la campana. Y otra vez el frío de aquella casa en ruinas dióme en el corazón llenán-
dolo de presentimientos trágicos.

(1) Otoño.



IV

TRIPTICO



Levantados los manteles, preguntó Rosoña:

—¿Manda algo más, señor Pedro?

—Cosa; ¡llévaste a iza rapaza; cúdia tú d'ella.

Rosoña y María Lucía marcháronse musitando las buenas noches. Toñón juntó dos o tres pieles colocándolas en la *cadiera* una sobre otra, puso a un extremo el zurrón a guisa de cabezal, y arreglado así un lecho, tumbose en él arrebujándose con la manta.

Expiraban las llamas. Pedro se levantó, fuése, volvió a poco sobarcando un fajo entero de pino, y al fuego lo arrojó exclamando:

—¡Venga lumbre!

Ardió una hoguera, y nuestras sombras danzaron un momento en el interior de la campana, grotescas, horribles. Dijo entonces:

—¡Qué rico ye o fuego!

Y quedó absorto mirándolo. Tan inmóvil, seco y nudoso como era, parecióme tallado en el tronco de una *carrasca* ávida de consumirse. Me senté junto a él sobre un haz de leña. Las lenguas del llar parloteaban en silencio. Lamían los cremallos y doraban la testa de aquel

tronco patriarcal narrando no se qué historias. Algo así como recuerdos infantiles: El origen del llar en las cavernas velado noche y día por una suerte de hombres feroces, la aparición del primer patriarca y la primera tribu, la cabaña con sus pastores y ganados reunidos en torno de un mismo llar... Y el viejo repetía:

—*¡Qué bueno ye o fuego!*

—No siempre; cuando no es terrible.

Y le conté el incendio de los Pirineos, las hazañas de Hércules y la salvación de Pirene.

—*Ixo ye cuento.*

—Sí, pero grande; no sabes tú la falta que nos hace la famosa clava.

—*¿Pa qué?*

—*¿Para qué? Para arrojarla, no ya a los llanos de Es-terri, sino de suerte que dando en medio de nuestra desdichada piel de carnero, abra en ella un surco muy hondo por donde se vaya todo el caudal de la tontería española. Y para aplastar a la Araña.*

—*¡Por San Jorge! ¿Una araña dice?*

—No una araña, Pedro, sino la *Araña*, la causa de tu ruina, la verdadera *muller d'abaxo*, la hembra perniciosa, la ley exótica, la mala ley. Escucha, que va de historia.

Hice una pausa. Las lenguas del llar me hablaban de la interminable noche medioeval. Tal vez del enigma de Sobrarbe. Continué:

—Erase un rey de Aragón, alto como un pino y recio como un roble, que ensanchó el suelo de la patria y redujo a leyes la esencia de ella, las costumbres. Si allegó más tierra, fué para las Observancias y los Fueros, que no eran sino grandes árboles que de la tierra se nutrían poco a poco. Al amparo de esas normas, de un sabor y de una ciencia únicos, nacieron vuestras casas, vuestras cofradías, vuestros prados concejiles, y, para decirlo de una vez, vuestros señoríos colectivos que un tiempo fueron gloria de ganaderías y labranzas. Pero ¡ay!, que un leñador descargó la segur en aquel árbol de las normas únicas, y

después, y esto fué lo más triste, una como araña enorme, oriunda, no de la Tierra Baja, sino de un punto donde las tierras desdichadamente no interesan, empezó a tejer sobre los leños.

Pedro, ávido de mis razones, acercaba al mío su rostro allamarado por el resplandor de la lumbre y por la cólera. Proseguí:

—Cuenta que estoy glosando palabras de un montañés moderno, hermano tuyo, y de inteligencia tan alta y recia como el cuerpo y el alma de aquel rey don Jaime su paisano. Estas quebradas y peñascales guardan su voz como el eco de un huracán poderoso y rugiente. Dicen todavía: “Los pueblos no han llegado a saber que habíamos entrado en una nueva edad de la historia sino por el cobrador de contribuciones y el agente ejecutivo.”

—*¿Vive íxe hombre?*

—Murió; es decir, lo mataron a disgustos los tejedores de la mala ley.

—*¿La Araña?*

—¡La Araña!

Pedro levantó los puños, y al centellear la ira en sus ojos azules de mirada firme bajo aquella frente que tenía la obstinación y la dureza de los peñascos, sentí arder mi sangre almogávar y hasta experimenté el vago anhelo de otra reconquista a la manera antigua.

Quedamos silenciosos. En el hogar extinguíanse las llamas, y los ojos violentos del rey pastor entristecíanse. Preguntóme desalentado:

—*¿Y qué fer?*

—Tú, nada.

—*¡Rayo me cremás!*—exclamó colérico.

Reflexionando un momento, le dije:

—¿Quieres escuchar un buen consejo? Arrienda el ganado, cierra la casa...

—*¡Humm!...*

—¿Qué?

—*¡Cerrar, cerrar a casa!*

—Bien se cerrará cuando mueras; pero no he terminado... Cierras la casa, te reúnes con Sancho, y le ayudas, velando siempre por tu nieta, procurando que ella case aquí, en el casal nativo, ¿comprendes?

—*¡Pobre Pílaroña!*

—Sólo ella puede salvar tu patrimonio.

Pedro, apoyando la frente ardorosa en ambas palmas, permaneció buen rato como sumido en un cúmulo de reflexiones. Después lanzó un juramento y alzó los hombros. ¡Había abdicado!

Las lenguas del llar, las dulces amigas del solar infanzón, extinguiéronse. Las brasas, en las tinieblas, fulguraron un momento diabólicas. Me dormí. Desde aquella noche conozco un rostro sangriento que mira con escarnio, y si cierro los ojos, creo verle.



*
* *

Recuerdo que soñé con algo estupendo.

A par que una mano poderosa me arrebatara de la *cadiera* y me conducía por los aires, un rostro de viejo, pálido y barbudo, cuyos ojos refulgían de inteligencia, posaba en el mío una mirada tenaz y escrutadora.

—No temas, soy Atlant, el mago de la Epopeya, el señor de Monte-Perdido.

Y añadió con entonación augusta y profética:

—La Poesía no perece, ni la Historia caduca, ni mi poder se extingue, y la cautiva que un tiempo fué romántica Elma, hoy es Pilar, verbo de la tierra olvidada.

Volábamos por muy alto, dominando las cumbres de nieve. Al pasar por encima de Monte-Perdido, giramos raudos, y con gran revuelo fuimos a posar en una almena del castillo famoso. Dijo Atlant:

—Este es el punto más alto de la barrera que pone separación entre Iberia y los otros pueblos. Ahora voy

a reducir los espacios y a romper las normas del tiempo, a fin de que puedas contemplar a tu patria íntegra y en su íntimo ser.

Al principio, sólo distinguía las cumbres cercanas; aquellas que una epopeya rugiente bautizó con nombres dictados por todas las iras del cielo y de la tierra: la "Peña de Roldán", los "Montes Malditos", "Las tres Sorores"...; pero, poco a poco, fuí divisando la crestería de otras sierras, y el suave bombeo de leves colinas, y las llanuras, y el mar, el contorno, en suma, de una Iberia que ante mis ojos encogíase por arte de encantamiento. Observé con timidez:

—Parece un mosaico de pueblos. Diríase que es a un tiempo una y varia.

—Y se diría una verdad.

—Sólo Portugal...

—No lo creas. Portugal, mirado desde aquí, es una de tantas partes del todo ibérico, y visto desde España, sólo un nombre que evoca discordias intestinas y manejos británicos.

—¿Y las provincias?

—Estas no son parte de nada por la sencilla razón de que no existen. Su invención se debe a la manía geométrica de gobernar con apriorismos, y su permanencia oficial, a la moda unitaria.

—No comprendo...

—Lo creo. Te ofuscan prejuicios mil. Pero si quieres saber el secreto del Mundo y averiguar los males de tu patria, despójate de la memoria. Olvida y escúchame, puestos los ojos en la configuración de las tierras y en la faz de los hombres. ¿No distingues muchas y muy diversas agrupaciones humanas?

—Muchas, sí; muy diversas, no. Antes paréceme que todas se entonan por igual.

—Porque las miras al resplandor de la idea imperante. Dos órdenes de ideas hay: Unas, dominadoras, que determinan las mareas sociales, y otras que fluyendo modesta,

pero incesantemente, impulsan la Humanidad hacia el progreso. Aquéllas no perduran. Viven un momento en la Historia, y caen. Son grandes pensamientos que volando en busca de su origen cruzan la atmósfera y brillan como relámpagos. La pompa con que se ofrecen explica la fuerza de todos los imperialismos y la tiranía de todas las modas. Y acaso la obra de algún filósofo, sea como la impresión que dejan en la retina del Mundo, y acaso también las hazañas de los héroes y el éxodo de las multitudes, sean como los efectos de su caída. Las otras, no. Las otras ideas no caen nunca. Se encadenan y andan para juntarse en lo futuro. Nacen sin tortura del pensamiento y van a ciegas. Son intuiciones. Con la gracia de los pájaros en el camino, saltan de la tierra al paso del hombre y le guían a tientas, pero bien, hacia un punto y un tiempo todavía muy lejanos. Forman costumbres. Y éstas, las culturas indígenas e innatas que advertimos en todos los pueblos y que, bajo el centelleo fugaz de las ideas relámpagos, perduran y avanzan, avanzan siempre, fieles al destino de formar un conjunto armónico y tan vario como la naturaleza misma. Ríete del Cosmopolitismo con mayúscula. Hoy es una exhalación caída en un lago de sangre. Pero súmate a la gran caravana y hazte hermano de la "Co-fradía del Rosario". Y ahora dime: ¿en qué provincia has dejado a Pedro Abarca?

—No lo sé.

—Pues dime en qué lugar de Iberia.

—Repito que no lo sé; que he perdido la memoria.

—Advierte que ahora pregunto en qué lugar, no en qué provincia, y te invito a que me respondas puestos los ojos en la tierra madre y en sus hombres.

—¿No le habré dejado entre aquellos peñascales que atalayan la llanura? Observo que tienen la faz a un tiempo alegre y fiera, descarada. Son angulosos, miran hostiles y parecen afilados por los vientos que arrastran esas coplas de Pedro que chascan en las cuerdas y cortan el aire como las saetas almogávares. ¿Y los ríos? Yo he visto en

alguna parte aquellos ríos. Ora despéñanse tumultuosamente como la música de las jotas, ora se deslizan murmuradores recitando la grave y jugosa letanía de los Fuegos. Pues qué, ¿no es aquello Aragón?

—Sí, aquello es, y una porción importante de la antigua Celtiberia. Allí vive el pastor Pedro como Viriato en la región lusitana; porque has de saber que uno y otro han renacido cien veces y renacerán otras cien. En cambio César, Abderramán y Felipe V no volverán a ser nunca. Podrá, sí, gobernar un Sagasta cualquiera con su enjambre de gobernadores y caciques. Pero éstos ya son otros López.

—¿Qué López?

—Quise decir otros invasores.

—¿Invasores?

—Sí; como que tu patria no es invadida ni tiene a quién invadir, se invade a sí misma. Y de la España real, de carne y hueso, integrada por elementos tantos y tan varios, nítrese otra España falsa, oficial, de cartón-piedra, tinglado de políticos y lonja de logreros, a par que refugio de todas las inutilidades. Son los invasores. Míralos.

Corrían en tropel, desplegada al viento una bandera donde se leía: "Ideal Administrativo y ¡Viva España!" Observó Atlant:

—Alardean de patriotas para disimular mejor la desnudez en que les dejó su apostasía, pues muchos de ellos no tienen más dios, más patria ni más rey que el don Fulano que los recomendó y el caciquillo que les endulza la existencia. Vé sino aquellos lo que hacen.

—Hojear un gran libro y maldecir de la tierra en que habitan.

—Aquel libro es su pesadilla, su castigo; es el escalafón.

—¿Y por qué maldicen?

—Pues porque ya ninguna tierra es la suya.

—¡Pobres tierras!

—Ellas los hicieron sanos y cultos, pero las universida-

des, tontos, y los gobiernos y la política, plagas del campo.

—¡Parece mentira!

—¡Ay amigo!, la tierra es muy duro cortejo, y el favor político y el presupuesto son fáciles.

—¿Y dices que todos se prestan?...

—No; ya dije que muchos de ellos. No todos, por desgracia, militan en las filas invasoras de Iberia.

—¿Por desgracia dices?

—¡Ja, ja, ja! ¿De veras no has conocido que yo soy el genio de las oligarquías, el ángel malo de tu patria? Véla allí la infeliz.

Y riendo mostróme una lugareña enfermiza, caripálda, que se inclinaba trabajosamente sobre un surco.

—Pero es libre. Yo a nadie encierro. Vé sino mi alcázar vacío. He meditado mucho en la libertad, ¿oyes? he meditado y tengo a menos el ser un déspota.

Y reía, reía con toda su boca negra y desportillada. Ciego de cólera, fui a increparle, y me faltó la voz; quise agredirle, y las piernas, como atroncadas, no me obedecieron. Rabiando de impotencia me encomendé a San Jorge. Y al punto Atlant, volviéndose una araña monstruosa de recio abdomen y antenas descomunales, corrió a esconderse en las profundas simas de Monte-Perdido. Entonces, solo, desamparado sobre mi plinto de hielo, me coge un gran temblor; pruebo a bajar del pedestal, y observo con angustia que pies y manos me resbalan; y empiezo a deslizarme, a tomar carrera, a rodar, llego a una cortada, veo el abismo negro, y ¡Cristo me valga! caigo... cierro los ojos...

Una sacudida, y los abro. Estoy en la cocinona. Me palpo bien, y me reconozco sentado en un banco y ante un fuego que chisporrotea. Por encima de la fogata veo el rostro amigo de Toñón que me sonríe desde el otro lado. Está en cuclillas y con las manos extendidas hacia la lumbre.



*
* *

Pasaba la ronda.

—*Vamos, señor, que ya despiertan.*

Era la voz de Pedro. Crujió un postigo, y a tiempo que el busto del rey pastor se perfilaba en un cuadro de negras siluetas y lejanías lívidas, la gaita sonó en la calle, dulzona, matinal, soñolienta, acompañando este cantar:

Nina del alma
levántate,
qu'el alba esclafa
i de día ye.

Sobre el tejado de la Ermita volteaba una campana sonando a gloria. Entró una ráfaga helada, y apartéme del ventanillo celeroso, tiritando. Poco después bajá-bamos a la calle para ir a misa de alba. Por el camino dije a Pedro:

—¿Has vuelto a pensar en lo de anoche?

—*No he querido pensar más.*

—Luego...

—*Ye cosa feta; yo no reculo.*

Confieso que sentí algún remordimiento.

Por nuestro lado, y muy quedas, muy recogidas, pasaron tres o cuatro mujeres encapuchadas. Nos precedieron hasta un campo donde había otras muchas, todas tocadas por el mismo arte, y quietas, silenciosas, como abstraídas. Rodeaban un árbol de piedra, una cruz centenaria que las injurias del tiempo dejaron sin brazos, y por ella y por la actitud elocuente de las encapuchadas eché de ver que me hallaba en el cementerio. La campanita de la "Virgen del Barrio" no se daba punto de reposo. Y acudían más mujeres, y todas, tras de buscar algo entre la hierba, un signo tal vez, se paraban, erguíanse y quedaban absortas, atroncadas.

A un extremo del campo albeaba el santuario de la "Virgen"; al otro, la rectoral, en un borde sobre el tajo de una quebrada, y allá en el fondo se entreveía un paisaje abrupto confusamente iluminado. Los mismos peñascales que al atardecer habían encendido luminarias para festejar la danza común, ahora despedían un resplandor pálido, espiritualizando aquellas figuras de perfil religioso que oraban por sus antepasados en comunidad con la tierra, llena también de lágrimas. ¡Los pobres montañeses ya no comulgaban con ella sino para llorar! ¡Y de las antiguas comunidades quedábales sólo, y esto por quererles de la tradición, el dance desenfrenado en un día de fiesta! Miré a Pedro. También oraba. Pensé en el hogar abandonado, en la cocinona de patriarcales cadiernas donde antaño celebraba concejo todo el pueblo. Y vine a recordar el sueño, la pesadilla de Atlant y la cautiva harapienta, la España de unos pueblos que ya no se pertenecen, que todo lo dieron a cambio de una libertad que para nada les sirve...

Chirrió la puerta de la rectoral, y apareció en ella mo-

sén Antón empuñando un manojo de llaves. El buen párroco era un cenobita joven, alto, enjuto, de ojos místicos y tez blanca, de cera. Fuimos a su encuentro; llegóse también él, y sonriente, afable, sin detenerse y echándonos los brazos a la cintura, nos enlazó y condujo fraternal hasta el santuario. Las devotas de apariencia monástica empezaron a moverse. Mosén Antón descubrióse ante el enverjado que cerraba el atrio de la ermita y musitando un rezo breve, lo abrió. Nos hicimos a un lado para dar paso a las encapuchadas, que fueron entrando con gran parsimonia.

Clareaba. El esquilón volteó rápido tres veces, y quedó silencioso. Una vieja llegó acezando. Seis o siete rapaces con fanfarria de abarcas nuevas invadieron el atrio tumultuosamente. Por las eras levantóse gran revuelo de grajos, y apareció la ronda, que venía rodeando el pueblo. Tañía el gaitero; seguíanle hasta veinte mozos enramados con albahaca, y a todos precedía el mayoral de fiesta, un vejete limpio, alegre de aspecto, que, llegando al atrio, cantó:

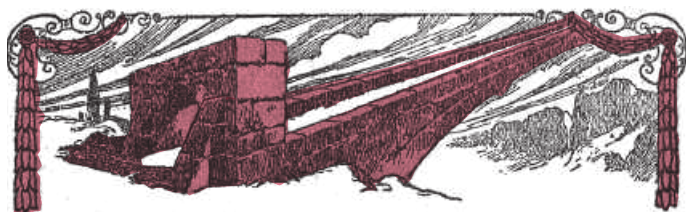
La Virgen baxa del Cielo
con un ramito de albahaca
para echar la bendición
al que tañe i al que canta.

Entró la ronda. Oyóse el tintineo de una campanilla seguido de un leve murmullo. La misa había empezado.

Cuando entré, el sol doraba el Puntón d'o Fraire, y en el cerro próximo cantaba un perdigacho, canta que cantarás.

v

LA MESNADA SIN PENDON



Esta tierra que ves está sembrada de héroes, extranjero.

OSSIAN.

Pedro habíase reservado unas veinte ovejas para llevarlas consigo, y dado en arriendo las demás.

—*Tú, baxa con as güellas per ixos tozals, i en o Cajigar xíralas que baxen per aquellas feichangas (1) hasta o camino; cudiao qu'en pierdas garra.*

Y transmitidas estas órdenes a Toñón, volvióse gritando:

—*¡María Lucíaa!...*

Respondieron desde una casa:

—*¡Ya vaal!... ¡Soy prestaal!...*

Hacia un extremo de la calle nos esperaba una cuadrilla de mozos pastores acompañados de interminable recua. También, como nosotros, iban a la villa de Ainsa, y eran los hermanos de la "Cofradía del Rosario" encar-

(1) Pasó entre peñas.

gados de comprar el vino. Conté hasta diez. Jinete en un mal caballo, contemplaba admirado sus cuerpos altos, rubios, fornidos, de mirar sereno y fuerte, llenos de montañesa distinción en su vestir clásico, en su marcial y sana apostura; y viéndoles de aquel arte, como en espera de órdenes, unos con las mulas del diestro y apoyados otros en las varas, pensé en los celtíberos de Estrabón, recordé los *hórridos* almogávares del Fuero y me relamí con golosina de viejo esteta y de patriota novísimo.

Salió por fin la niña montada en su burra, y nos incorporamos a la mesnada del Rosario, que se puso en camino. Toñón reapareció con las *güellas* atajando por unos yermos. Volvióse al divisarnos, y haciendo bocina de las manos, gritó:

—*¡María Lucíaa!... ¡Quiés venire!...*

—*¡No voy ta Ainsa! ¡Voy ta Chistavin!*

Empezamos a faldear Castillo-Mayor formados en hilera. Unos cofrades iban a pie; otros, montados a mujeriegas sobre las mulas. Pedro, que era de los primeros, caminaba, ora a mi lado, ora al de María-Lucía, constituyendo los tres la retaguardia.

Amagaba una tormenta. Mi real espolique aseguró:

—*¡Pchéé!, cosa, cuatro gotas; no traen malicia ixas nubes.*

Pero ellas, impelidas por el bochorno, corrían a todo correr de Sur a Norte, asombrando montes y valles, y acumulábanse a una como losa de plomo que unía los picos de Castillo-Mayor con los de la Peña. Y a nuestro paso por las hoyadas parecíame que la tierra despedía un hálito de fuego.

Al principio me entretuve con la fabla armoniosa y pintoresca de la zagala; por ella supe que, llegada que fuese a Gistain, le tocaría ir *tá Viciéle, tá la Poma, tá Igüerra* y *tá la Ribera*, a pastar el ganado junto a las bordas, y pronto, a soltar las vacas *tá Güerbena*. Después me adelanté para escuchar de cerca algo así como un altercado entre los mesnaderos: tan recio hablaban y de

tal suerte movían los brazos. Pagábalo el señor Nemesio. ¿Y quién demonios era el señor Nemesio? Díjome Pedro:

—*Ye o secretario.*

—¿Y qué os ha hecho el muy tuno ?

—*¡Ah!...*

Respondió el viejo moviendo la cabeza y descargando un varazo en una mata de boj.

—*¡Ah! ¡En hace tantas!...*

Pronto me rodearon todos gritando a cuál más. El señor Nemesio habíalos autorizado para practicar una corta de árboles en *Las Escariatas* o en *Plana Surripas*, qué sé yo; discusión: que si él era quién para autorizarlo, que si no era. Todos convenían en que tras de la autorización presentó él mismo la denuncia; ¡mal rayo!, *ixo era cambiáse, pro ya veyeban ellos la fin, as votaciones*; nueva discusión: que si votarían *al liberal*, que si no lo votarían *pa dále en cabeza al señor Nemesio*. Fundábanse algunos en que, de votar *al liberal*, no pagarían la multa. ¿Y quién era un secretario—decían otros—para cobrar multas? Y tenían razón: no era quién el secretario, aunque hubiese percibido cincuenta duros por avenir un matrimonio; *pro ixo fué cobrar trabajos particulares*; disputa: que el señor Juan no pagó los cincuenta duros, que sí los pagó, que no, que presentóse a pagar, eso sí, *pro con dos testigos, y o señor Nemesio que los vide, diz que deceba desimulando*: “*As cuentas con a muller*”. *¡Pos no ye poco agudo!*

A esta sazón divisamos una aldehuela sobre una loma, y más acá, en el borde del camino, a un grupo de aldeanos. Los mesnaderos quedaron silenciosos. Chocóme aquel silencio.

Poco a poco advertí que los del grupo estaban sentados en torno de cierto sujeto de chaqueta y gorra que sostenía un periódico entre las manos; y columbré barbas negras, y unos ojos ratoniles que nos atisbaban por encima del periódico. Pedro murmuró:

—*¿No preguntaba per o señor Nemesio? Pos astí lo tien.*

—*¿Este que lee?*

—*El mesmo.*

Leía con voz campanuda: “En la región de San Quintín rechazamos dos asaltos; en Flandes, fuego de artillería...” Mis compañeros descubriéronse respetuosos. Yo, al pasar, hiqué la vista en aquel pulpejo—sin duda lo era de algún tentáculo de Atlant—, que sostuvo la mirada sin inmutarse: “Dicen de Petrogrado a la agencia Reuter que ayer el generalísimo...” La voz del santón fué pronto para nosotros un mosconeo que se perdía por los yermos pálidos bajo el cielo de tormenta. Después, nada.

Pedro, inquieto, miraba las nubes. Cuando faldeábamos la loma se detuvo y dijo encarándose con María-Lucia:

—*Cudiao con entretene.*

Hice alto para despedirme de la zagala. Pedro añadía consejo tras consejo:

—*Acomete per o desbarro de Santa Justa; no te pares en Lafortunada, precura pasar Laenclusa con luz del día, no vayas a estozolate.*

Apenas reanudada nuestra marcha retumbó un trueno. Pedro volvióse voceando a la niña:

—*¡Si caen gotas recula ta ixa aldea!*

No tardaron en caer las temidas gotas. A los pocos minutos bramó el viento, pasó una ráfaga, y a par que los truenos menudeaban percibimos al otro lado de la sierra como un rumor incesante cada vez más próximo. El viejo, por saber de Toñón y las güellas, encaramóse a un peñasco y atalayó el monte, pero como empezábamos a mojarnos y le llamé, descendió al punto.

—*¿Qué? ¿Nos volvemos?*

—*Pique, pique pa lante, señor; astí cerca hay un cubierto.*

Acosados por la lluvia trotamos, primero por el camino, después, llegándose Pedro a mi caballo y tomándolo del diestro, por el alcorce cuesta arriba hasta coronar un alti-

llo donde había un santuario. Mientras descabalgaba en el zaguán o atrio de aquel ruinoso edificio, pregunté:

—¿Y los compañeros?

—*Pronto verélos amanecer por aquellos tozals.*

Estábamos en lo más alto de la crestería de Puértolas, y el zaguán que nos servía de refugio orientado al Sur, hacia nuestro camino. Veíamos la cuenca del Cinca hasta Laspuña, por donde avanzaba una cortina gris pronta a juntarse con la que venía por la sierra, y pensamos que lo más recio descargaría sobre nosotros.

—*¡Veylos, veylos, señor!... ¡Los vey?*

Iban muy diligentes balanceándose a compás de las zancadas, y formando, con la recua de sus mulas, una hilera interminable. La hueste, serpeando, flanqueaba los montículos de la crestería, atajaba por los hoyos entre cerros, y cuando la cola desaparecía en alguna revuelta la cabeza ganaba ya el cerro siguiente.

Fulminó un rayo cerca de la ermita, al que siguió un estampido seco, horrisono. El aguacero nos envolvió fragoroso, y desvaneciéndose la mesnada como una sombra entre los pliegues torrenciales.

¡Dios!, aquellos hombres eran valientes, no obstante su pueril temor al señor Nemesio; no les arredraba el Cinca desbordado, ni el torrente embravecido, ni la noche tenebrosa, ni el rayo, ni la ventisca, ni el agua, ni la nieve; hasta sabían matar un jabalí a palos y medirse cara a cara con los osos; a ellos no les arredraba sino el secretario de su pueblo o el cacique de su partido, y ese temor sí lo tenían, a fe que infundado, irritante, pero ¿acaso no llenaría en sus almas el vacío que en tiempos dejó la supersición?

Nos envolvía una espesa nube; no escuchábamos en torno sino secos restallidos que después alejábanse rebombando por las concavidades, y en medio de tal cerrazón y de tanto estrépito, el orden o el desorden de mis pensamientos condújome a pronunciar estas o parecidas palabras:

—Rey Pedro: cada uno de los hermanos del Rosario vale tanto como tú, y juntos, más que tú, ¿no es eso?

—*Justo.*

—Y las correas que sujetan sus abarcas, infinitamente más que las leyes que los oprimen.

—*Bien pué ser.*

—Y los cabestros de sus mulas, más, mucho más que todos los Nemesios juntos, desde el que usa levita al que gasta gorra.

—*¡Mal rayo, ixo sí!*

—Pues vamos.

Y cabalgué con presteza.

—*Pro... ¿aonde?*

—Con ellos, Pedro, con ellos; quiero ser tanto como cada uno de los hermanos del Rosario.

Y me engolfé en la nube oscura, dándoles voces:

—¡Acordaos de Costa, mesnaderos! ¡Id en buen hora a buscar el vino de la Cofradía y volved presto para fortaleceros con él en estos picachos que miran al cielo como un ideal de independencia, y cuyas entrañas guardan el hierro, el emblema del tesón aragonés! ¡Id y volved para reñir una batalla más libertadora que la tan célebre de los llanos de Ainsa, porque en ésta no reconquistaréis el territorio, sino vuestra condición libre, sin esgrimir otras armas que una voluntad al servicio de la ley y de acuerdo con la conciencia! ¡Creed que el espíritu de Costa descenderá en vosotros como descendió la Cruz sobre la Encina, y sabed que la patria levantará una estatua memorable en el mismo sitio donde la fe plantó aquel árbol santo!

Anduvimos una hora. Empezó la escampa cuando entrábamos a las tierras de Belsierre calados hasta los tuétanos. Apareció el sol. Errantes nubarrones corrían a esconderse detrás de la Peña, mientras otros descendían como buscando el refugio de los cauces y de las hoyadas.

Y Sobrarbe se ofreció espléndido.

Desde mi elevado pedestal pude esparcir la vista por lo mejor de su reino y aspirar a flor de labio la fragancia

de sus campiñas laureadas. Yo miraba cerca y lejos, todo, y respiraba con avidez. Flotaban las nubes y deshacíanse en jirones para mostrarme los monumentos. Ainsa resplandecía a lo lejos con sus torres al sol; San Victorián, el decrépito, allamarábase de amor santo al pie de la Peña, y en el monte de Araguás albeaban unos cerros pálidos, pensativos. Sobrarbe, soñando con la nueva edad, olvidaba. Sólo por un instante frunció el ceño y recordóme el Sobrarbe de la leyenda heroica, de las consejas terribles, y fué que un nubarrón pasó tapándole el sol. Ir-guiéronse los peñascales, enlutóse la tierra, volaron tres cuervos, y allá, sobre un lomazo, la mesnada se perfiló fosca y errante.

A large rectangular border composed of small red squares, forming a dashed line that frames the central text.

VI

LA CRUZ, LA ENCINA Y LAS VACAS



La patria no está en el desierto, sino en el oasis. El árbol es su escudo.

COSTA.

Los mesnaderos, a paso de titán, devoraron once kilómetros de carretera en poco más de una hora. Aquel menudrugo que un día arrojóles el Gran Califa y les encomió el emir, se lo zampaban ellos en un periquete, y no por estimación, sino por burla, y hacían bien; tras el despojo el regalo, y en verdad que, para regalo, era excesivo, casi una primada. Todavía desandaban las dos leguas en menos tiempo, que mucho podía la querencia de los picachos, de los familiares precipicios, de los parajes aquellos donde hay una magia que los reintegra en su habitual parsimonia, en su porte majestuoso de reyes pastores.

Atardecía como suele en tierras de Sobrarbe, regiamente: el sol agonizaba, y con los jirones de su manto los peñascales vestíanse de oro y púrpura.

Subíamos a la meseta de Ainsa por el barranco de For-

cat. Al principio, la oscura silueta del llano en cielo rojo daba la impresión de una barrera lejana que fuese retrocediendo según avanzábamos. Después, poco a poco, surgió en lo alto el perfil severo de una encina...

—¿Véis aquel árbol?

—*Yé una carrasca.*

—Sí; pues sabed que en tiempos, hace ya muchos siglos...

Repentino, fugaz como el relámpago, el sol estrelló un rayo agónico en la rama cimera, y una cruz de oro levantóse en mi fantasía. Los mesnaderos aullaron: ¡*Yujúu!*, y rompieron filas abandonando la recua... ¿Qué había sido?

Piqué de nuevo y subí al llano. Aun el belicoso *yujúu* repercutía en mis oídos como el eco de una leyenda, cuando vi con asombro que los cofrades interpelaban a la carrasca, pero ¡qué digo!, rodeaban y dirigían mil preguntas a una moza que al pie del árbol escuchábalos sonriente. ¡Dios mío, y qué parecido el suyo con el de la cautiva de mis sueños! Más allá pacían dos vacas bermejas.

—¡*Pilaroña!*, ¿qué fas astí?

—¡*Oh, nina, i qué moza t'has fetó!*

—¿*Aonde tiens o galán?*

Y así, por este arte, los mesnaderos acosaban solícitos a la nieta de Pedro Abarca. Ella corrió hacia él exclamando con alborozo:

—¿*También usté, Yayo? ¿Ande va? ¿Ta qué feria?*

—*Astí mesmo, a quedáme con vusotros.*

—¡*Anda!*

—*De verdá. ¿Vides a Toñón? ¿No? S'habrá entreteniu con as güellas.*

Pilar, nieta de un rey, tenía los ojos tristes, el rostro quemado, algo pálido en la frente bajo las dos crenchas recogidas en el moño, y advertí que al erguir aquélla, posando éste en la nuca, adelantaba un pie tan resuelta y con tal donaire, que la tristeza de su mirada no estaba de acuerdo con la energía de sus nervios. Vestía al uso de Bestué, calzando abarcas. Y el son de su voz era como el can-

to llano de una sacerdotisa de Pirene, y sus fablas de rancios decires, cantos de gesta o fragmentos de no sé qué ignorado poema antiguo. Dirígeme a ella:

—Me envía María-Lucía.

—*¿Aón a va viere?*

—En la fiesta de Bestué. Os esperaba.

—*¡Ah!, ¡la pobra! Pensará que no he quiesto puyar.*

—No piensa tal, y me manda decir que os visitará en breve, de paso para Barcelona o Zaragoza, no sé.

—*¿I a qué fin?...*

—A servir va.

—*¿I cuándo?*

—Al parecer, pronto; ha dicho que antes del invierno.

—*¡Ah fata, más que fata!*

Habíase demudado y repulgó la boca en un mohín de desprecio. ¡Oh!, sí, no cabía duda, la nieta del rey era también el verbo de la tierra madre, la ensoñada cautiva del viejo, del caduco, del baboso Atlant.

La hueste engrosaba por momentos. Segadores de trébol con el dallo al hombro, llegaban, deteníanse y nos invitaban a seguir con ellos hasta la villa de Ainsa. Los dallos refulgían por encima de nuestras cabezas. Gritos, coplas y juramentos llenaban el aire. Mozos y viejos, todos, armábamos gran revuelo en torno de la Reina. Pugnaban los de Bestué por que montase en una caballería de las suyas, la brindé con la mía, aceptó ella, y cabalgando se puso a la cabeza de la mesnada. Yo, sumido en un cúmulo de reflexiones, fuí el último en dejar la encina o carrasca milagrosa. Pilar díjome partiendo:

—*Debaxo d'ella me poso toz es días pra guardáme do sol. ¡Non hay otra en a plana!*

Como haber otra, sí que la había. Allí mismo, a pocos pasos, en el centro de un enverjado circular, asentada sobre un zócalo redondo, bajo una cúpula sostenida por ocho columnas dóricas, estaba la encina de piedra, el monumento legendario. Pero ésta no contaba. Por lo visto eran otras encinas las que ella echaba de menos. ¿Añoran-

zas de un ayer niño gozado en las selvas? ¿Ensueños hijos del amor? ¿Ambiciones de señorona solariega? ¡Quién sabe!

Quién sabe si bajo la copa de aquel árbol, a esa hora en que hasta las vacas buscan la sombra y se entretienen mordisqueando en el ramaje, Pilar, tendida a par de ellas, mirando a la montaña y escuchando el lenguaje del Cinca, soñaría con poblar de encinares grandiosos el suelo patrio. Unos encinares de encinas tamañas como pueblos, potentes, sanas, libres de parásitos; de encinas cuyas hojas redujesen a su dominio todo el aire puro y cuyas raíces absorbieran toda la substancia de la tierra madre. ¿Qué no soñaría ella, reina de las corazonadas, doctora en la ciencia de las intuiciones?

La hueste ceñíase ya a los muros del castillo, una sola de cuyas torres flameaba. Era la hora en que todo ruido parece profanación. Apagábanse los montes, caían los velos azules precursores de las tinieblas...

Allá, sobre una franja lívida, perfilábase la encina santa, y descubríme ante nuestro escudo de ayer, de hoy, de siempre...

Entramos a las murallas de Ainsa.

VII

ALBADA



*Desde la Cruz del Coso
hasta las eras
ha perdido la niña
las abarqueras.*

Aquella noche memorable recuerdo que dormí en un continuo sobresalto. Otra vez Atlant, de nuevo las quimeras que perseguían mi fe almogávar. Bullían en mi cerebro, mudando en caricatura el proceso peregrino de mis andanzas; pero no les valía, que espumaba siempre la imagen augusta de la Reina.

Desperté. Desde la cama, y sin necesidad de incorporarme, a través de un ventano con el postigo abierto, podía ver la Peña Montañesa, que destacaba por obscuro sobre el cielo de la noche, teñido ya de un albor tenue. Por el contorno sombrío de algunos objetos reconocí poco a poco la estancia en donde me había recogido unas horas antes; la cómoda con floreros, el techo de viguetas, los cuadros de santos, las cortinas adamascadas...; y también recordé al amo de todo aquello, a don Alonso Lafuerza,

un señor de nobles maneras que siempre se me antojó el último infanzón de Ainsa.

Regalábame el Cinca, y escuchando estaba ese murmurio incesante, privilegio del agua y encanto de perezosos, que dulcifica las sábanas en las delicias del amanecer, cuando me despabiló un rumor de música y de cantigas. Oíase a intervalos; ondulaba sobre el murmurio del río; alejábase para volver y dejarse oír cada vez desde más cerca. Al fin resonó en la calle. Tañían guitarras, cantaba uno y respondían todos. Eran albas montunas. Escuché una copla. Fué un sacrilegio dicho en tonos litúrgicos; pero condescendí con él. Nada tan humano como los cupidos que bailan al son de una música religiosa, y nada tan ingenuo, tan infantil, si a pesar de esto cantan pecados figurándose entonar salutations fervientes:

Dende o Pinar d'os Pueyos
hasta la Fueba
ha perduto la nina
o que teneba.

La música voló al cielo, el coro, perdióse de calle en calle, y la copla, quién sabe si fulminó en las entrañas de alguna moza coloreando sus mejillas.

Una albata t'he cantato,
si no l'has quiesto escuchar
na puerta la so dexato
i en a gatera se está.

Alejóse la ronda, que no me había despabilado hasta el extremo de disipar mis quimeras. Alejadas un instante, ahora volvían, y no con tocas fantásticas, buenas sólo para exaltar la imaginación, sino disfrazadas de la mayor verdad, con apariencias corporales, tangibles, de gran fuerza en el pensamiento.

O mucho me engañaba, o los mesnadores de Bestué y Escoaín habían rondado en comunidad con los mozárabes de Ainsa. Si de éstos era el tañer, de aquéllos la fábula y el estilo de los cantares. Unos y otros nada tenían que ver con los *hórridos* almogávares del Fuero de Jaca, y sin embargo, acudían al servicio de hueste siempre que los llamaba su Reina. Según San Voto, digo, San Costa, eran los paladines "del telar, del arado y de la mina"; aventureros sin más norte que un jornal bueno o malo, y esto no obstante, volvían a su tierra cuando ella los requería, abrazábanla como a una madre, y no pudiendo ya pechar por ella tributos y embargos, pechaban hambres y fatigas. Muchos años, la fiesta de su pueblo cogíalos en Francia. Entonces reuníanse, miraban hacia el Sur, y si veían despejados los puertos, con el hatillo al hombro, bien calzadas las alpargatas en los pies incansables, lanzábanse atajando cerros y quebradas, sin otro afán que el de rondar como aquella noche. Ellos ignoraban a su Reina, pero la sentían, o, mejor, la presentían. Y también, sin saberlo, odiaban al invasor que la ocultaba y que tenía soterrado el pendón de la Villa-Histórica.

Miré por el ventano. Detrás de un picacho altísimo se adivinaba el sol. Flotaban las nieblas y deshacíanse al dar contra el frontispicio de la Peña Montañesa. Y semejante conglomerado de tonos albos, azules y carminosos, parecióme de tal suerte anodino, tan sin interés, que desvié la vista.

Y reanudé mi discurso. Era preciso reunir la mesnada, alzar reina y sacar el pendón contra los infieles. Podrían representar los estamentos: Mosén Fermín, regente de la parroquia y hombre que, allá en sus mocedades, tuvo algo que ver en Navarra y Provincias, donde también se ventiló cierta cuestión histórica; don Alonso Lafuerza, el último infanzón, antiguo aprendiz en no sé qué ciudad, tambor de milicianos con Espartero, alcalde cuando la República y republicano de siempre; el señor Juan, suscriptor de *El Eco Agrario*, municipalista y gran devoto

de la tierra, y Sancho Abarca, el hombre-pueblo, pese a la realeza de su estirpe, el que solía decir: “Al cabo de cien años—los reyes son villanos”, y alzaba los hombros. Con tales elementos, no contaminados todavía, la villa bien podía rebelarse contra el invasor, erigiéndose en comunidad libre; pero ¡ay!, que el mismo don Alonso, mi confidente, considerábase enemigo irreconciliable de mosén Fermín; Juan, el buen labrador, aun no había adquirido el hábito de protestar; Sancho no lo tuvo nunca, y los mesnaderos, lo ignoraban todo.

Como las nubes pasaban por delante del sol, oscurecía a cada instante. Subían las neblinas, apelmazábanse y corrían por la Peña, sombreándola. Y aquel gigante de granito compacto y recio, tantas veces objeto de mi admiración, ahora se me antojaba un sistema de peñascos desunidos, inconsistentes, movibles...

Volviendo a mi tema, ¿a qué hablar de odios—me decía—cuando precisamente se trata de ahogarlos en un concepto nuevo, o si se quiere, viejo, o, aun mejor, humano, de la patria y de la realeza? Aquellos extravíos, ¿acaso no eran producto de un siglo todo palabrería y no estábamos en otro donde a lo sumo debían admitirse antagonismos conformes a naturaleza? ¿No dijo San Costa que “procedía explicarse por las cosas y no por los nombres, y que el discutir sobre la base de ciertos vocablos es entenebrececer como de caso pensado el problema”? Y Pilar, mi ensoñada reina, creyente, foral y democrática, enriquecida con la sabiduría de sus abuelos reyes y con la experiencia de sus padres pecheros, ¿no era la razón natural, la razón histórica, hecha verbo de una tierra que nos llamaba para aleccionarnos solícita y redimirnos amante? Y, en último caso, Pedro Abarca, el pastor, descendería de los picachos de Sestral, y con su aplomo de rey bardo, refranista y coplero, nos diría: “¡Eh! Basta ya de chinchorrerías, que obras son amores, y mi nieta, o reina o se muere.” Y entonces todos la juraríamos.

Acabé de vestirme, y bajando al huerto de la casa, me

subí a un mirador que tenía por base el lienzo mismo de un murallón derroñado. Levantábanse las nubes, reinaba el sol, y la Peña, mi Peña, donde las sinuosidades son como adornos de talla en un viejo escudo, parecía el símbolo del tesón y de la pujanza.

Mirando hacia la carretera, divisé a los incansables mesnaderos que, tras de pasar la noche rondando y cargando en la recua el vino de la Cofradía, regresaban a Bestué.

Una moza también los contemplaba desde el portal de Santa Cruz. Había dejado los cántaros en el suelo y se erguía sobre unas piedras para ver mejor. Era Pilar Abarca.

VIII

EL ULTIMO INFANZON



...tengo hasta seis docenas de libros, cuáles de romance y cuáles de latín, de historia algunos y de devoción otros.

CERVANTES.

Volví de mi arrobo al escuchar la voz y los pasos de don Alonso Lafuerza, que venía por el huerto.

—¿Qué se le ha perdido por aquí?

—Mire y pásmese.

—¡Hola! Allá va la hija de... ¡Pero, hombre!...

—¿Qué?

—Vamos, vamos a desayunar, que aquel es bocado muy fuerte para desayuno... ¡Cuidado con don Pepe!...

Era un anciano ochentón, alto y enjuto, de barba rasurada y hundida, bigote cano y tostado, tabacoso, blancas greñas, trato afable y proceder sin tacha. Aunque algo encorvado de riñones, erguía la cabeza de un modo característico y tan señorial, que embellecía aquel defecto. Añadiré que nuestro infanzón del siglo xx era labrador,

comerciante, erudito y republicano, todo en una pieza; pero no político. De muy niño fué aprendiz y tambor de milicianos en no sé qué ciudad—ahora la recuerdo, Fraga—, y después, ya hombre, alcalde de Ainsa cuando la República. Desde la Restauración había dejado la alcaldía y hasta el juzgado municipal, no obstante sus relevantes dotes. No estoy muy seguro de si lo retiraron o se retiró él; pero esto es secundario; lo importante es afirmar que los caciques premiaban la austeridad del infanzón con una sonrisa irónica, bien que él correspondía con otra preñada de olímpico desprecio. Y esta mercancía, el desprecio, era la que más despachaba, pues la masa cobarde y gregaria de los compradores acercábase con timidez a su tienda, sin perjuicio de hacer privadamente, pero muy en privado, la apología de sus grandes virtudes.

Por Sobrarbe es frecuente decir: “En Ainsa *La-fuerza* manda.” Y esta frase, nacida en los buenos tiempos de don Alonso, no pudo tener jamás doble sentido sino por antífrasis, dicho sea sin regatearle dotes de carácter, pues ¿y aquel heroísmo demostrado cuando levantó el somatén contra una docena de bandidos que bajo disfraz carlista y so pretexto de allegar víveres saqueaban las aldeas? Era justo, sabio y fuerte. No es mucho que el pueblo, ayuno de ideal, pero dueño de su instinto maravilloso, honrase, aunque en secreto, al representante de un ideal vencido. A mí el noble anciano dábame la impresión de una belleza histórica viva, de una flor rara de patriotismo hallada en el erial donde todo es olvido e indiferencia cuando no impiedad, de un emblema de virtud que perdurase por milagro entre los restos de aquella edad lejana y confusa en que Aragón nació de un acto heroico.

—No cesa de intrigarme, don Pepe, esta seriedad suya. Supongo no es por la broma que me he permitido a propósito de...

—Calle usted, don Alonso, que no es por la broma;

también yo estoy intrigado; ya, ya me explicaré; despachemos antes el desayuno.

Estábamos en la trastienda, y no lo parecía. Un tamiz verde cubría la ventana cerniendo la luz, y disfrutábamos de una claridad opaca, gris, que invitaba a la meditación y al reposo. La puerta de cristales enfilaba con la carrera central del huerto, y a través del ramaje se atisbaban lejanías pintorescas. A mi izquierda otra puerta, la del comercio, y más allá el mostrador, y el portal, y una placeta con dos árboles altos, llorones, de una gracia triste, espigados y lacios como el autor de sus días, don Alonso, que los hizo plantar en tiempos de la República. Fronteras a mí tenía dos ringlas de libros sobre dos estantes; libros viejos, amarillentos los más; venerables libros de un tío abad que alcanzó serlo de la Colegiata "Insigne"; colección meritoria que el sobrino, seglareño y un tanto revoltoso, aumentado había con ejemplares de muy diversa índole. Alternaban con Rousseau, con Voltaire, con las colecciones de *El País*... Y completaban el ajuar de aquella trastienda con apariencias de museo latas, sacos, aperos de labranza, muestras de minerales diversos... y, sobre todo, muchos retratos de republicanos célebres.

—Vamos a ver.

Habíamos terminado, y arrellanábase en el sillón. Sus ojos fulgían de bondad. Yo le dije:

—Antes necesito que usted me cuente de Pilar Abarca todo cuanto sepa.

—Sé poco; es oriunda de la montaña, hija de Sancho... ¿No conoce a Sancho? Pues un labrador injerto en cafetero y hasta en negociante, que se estableció en Ainsa...

—¿Cuándo?

—No ha mucho... Hará...

—Bien, lo que sea. ¿Y qué más?

—Y nada más.

—Y de Pilar, ¿qué?

—Ya la conoce; una chica... lo mejorcito de Ainsa.

Por cierto, que no puede tardar; todos los días viene a esta hora. Siento por la pobre uno de esos afectos nacidos de la compasión; es muy desgraciada; sufre por su padre, por su abuelo, por el patrimonio, es decir, por todo, pues todo se me figura que anda mal y que ella tiene el talento de ver lo que no ven los suyos.

—¡Ah!, siga, siga.

—Ya no sé qué añadir.

En esto, una voz robusta y jovial interrumpió desde la puerta.

—¡Eh, don Alonso! ¿Dónde está, dónde está el decano?

Y Paco Galín, pomposo y jacarero, con la gorra derribada y la chaqueta al hombro, entró sonriendo, atusándose la barba, una espléndida barba negra, y balanceando su cuerpo recio y bien formado. Era único Paco Galín. Tenía mozas y amigos en todas partes, y en cuanto a ideas, ¡las suyas sí que eran avanzadas! Conocía de trato a Lerroux y no iba a misa; como que avergonzaba casi a don Alonso Lafuerza. Sin dejar de contonearse me dijo:

—Sepa, don Pepe, que el llamado por usted “último infanzón” será pronto jefe de mesnada.

Don Alonso meneó la cabeza diciendo:

—Os habéis empeñado, y os dejo hacer; pero no te hagas ilustiones, *Galindillo*, no te hagas ilusiones.

Entró en la trastienda un viejo de calzón corto y manos en la faja:

—*Salud a don Alonso i la compañía.*

—¡Hola, Juan!

—*¿Qué se cuenta?*

—Poco.

—*Pos hay que animáse.*

—¿Has confesado ya al de Tozuelo?

—*Ya.*

—¿Y qué dice?

—*Qué me sió; muy obcecao está el hombre; pero, ¡me*

*caso en...! que si no vota i no me paga os cincuenta du-
ros que m'ampró pa comprar o buey, lo cito a juicio.*

El infanzón denegó con energía:

—Esto nunca, Juan, no hay derecho; déjalo y que vote a quien quiera.

—Pos... *¿i qué facen os contrarios sino izo?*

—Déjalos hacer; nosotros...

Interrumpió Paco Galín:

—Nosotros somos nosotros: los portaestandartes de la libertad y del progreso, los que, velando por la pureza del sufragio...

La presencia de Pilar malogró el discurso. Se había detenido junto a la puerta en actitud respetuosa. Paco Galín saludóla galante y agresivo, retorciéndose el bigote:

—¿Qué nos cuenta Pilarín? Yo votaría su candidatura...

Pilar sonrió. Don Alonso, mientras preparaba la habitual mercancía, añadió paternal:

—Pues yo, niña, te pondría un gorro frigio, y serías aun más linda que aquélla...

Y extendió el brazo señalando un cromó alegórico de la República. Interrumpí:

—¿Y por qué no una corona?

—La corona sobre una cabeza aldeana sería como un gorro frigio.

—¡Nunca!

Pilar sentenció jovialmente:

—*¿Saben qué poden fere? Pos compráme un buen vestido bien ajustado i pa todo uso; d'ixo de coronas o gorros ¿qu'en he de ser yo?*

Habíase vuelto hacia el retrato de Costa, y mirábalo fijamente. Costa, a su vez, parecía complacido mirando a Pilar, contemplando sus brazos desnudos del color de la tierra. Yo apenas respiraba. Don Alonso, al tiempo de entregarla un envoltorio, la dijo:

—¿Te gusta el retrato?

—*Sí. ¡Qué hombre tan grandizo! ¡Verdá?*

Quise hablar, decir algo sentido y hondo; pero no pude, no encontré palabras. Cuando Pilar húbose marchado, el infanzón comentó indiferente:

—Es templada la chica.

Me levanté, di algunos pasos, me senté de nuevo; yo estallaba; parecía como si una voz repitiese a mi oído las palabras del gran maestro: "... y España debe estudiarlo seriamente, si alguna vez ha de vivir con vida propia, reanudando el hilo roto de sus tradiciones, y adquirir el equilibrio estable propio de todo pueblo que logra adaptar sus instituciones políticas a su temperamento y a su genio..." Despertóme don Alonso:

—¿En qué piensa usted? Decíamos que hace falta hablar con el cura; pero el caso es que ni éste ni yo...

—Le hablaré yo mismo.

—¿Cómo? ¿Le conoce usted?

—No; pero no importa. El cura es el confesor de Pilar Abarca, el cura...

—¿Qué tiene que ver?...

—¡Mucho! Pilar merece nuestros sufragios; ella quiere un vestido, y debemos hacérselo; pero una Constitución, digo, un vestido...

—¡Don Pepe! ¡Don Pepe!

Y como observé que mis palabras producían asombro, me interrumpí y dije:

—Don Alonso Lafuerza, necesito comunicarle algo en el mayor secreto.

IX

MOSEN FERMIN



*Camporretuno
sin santo ninguno;
uno qu'en habió
el diablo se lo llevó.*

Pasados tres días, a eso de la media tarde, llegó a la trastienda el viejo más viejo de Ainsa, el señor Miguel, sacristán de la parroquia. Era delgado, limpio y feo. Vestía de calzón, y su ropaje, negro desde el justillo hasta las medias, decía muy bien con sus canas. Parecióme digno de una sacristanía de monjas próceres.

Saludó comedido, miró oblicuamente al republicano, sacó un sobre pujando mucho del interior del justillo, y me lo entregó.

Rasgué la cubierta, y leí. Mosén Fermín me esperaba a las cinco para enseñarme la iglesia.

—Dígale a Su Reverencia que le estoy muy obligado y que no faltaré a la hora.

Cuando el señor Miguel salía, cacé al vuelo una sonrisa del infanzón.

—Creo, don Alonso—dije muy serio—que nuestro sacristán es hombre grato a Pilar Abarca. En la tertulia de Pedro, adonde, como usted sabe, suelo concurrir, oí a mi Reina estas o parecidas palabras: “Hoy el señor Miguel tal vez no ha comido, pero ha estrenado unas medias; pocos en la Villa tan pulcramente abnegados; conoce su importancia, siente el cargo, y llega hasta el sacrificio.”

—¡Pero hombre de Dios!—exclamó el noble viejo—. Si no me reía del señor Miguel: reíame de... la misiva.

—Una fineza.

—No; un escrúpulo.

Y añadió con sorna:

—Soy un herejote, soy un herejote o poco menos, don Pepe, y es mi casa un lugar nefando. Y dígame: el señor cura ¿es grato a Pilar Abarca?

—Lo es.

—¡También él ha perdido el tiempo!

—¡Sí, también lo ha perdido!

Quedamos silenciosos. Don Alonso ya no reía. Y confesó al fin, agobiando la cabeza:

—Cierto, cierto. Hemos despreciado la democracia que palpita en nuestros antiguos fueros, en nuestras costumbres, en nuestra historia...

—¡Animo, don Alonso!

—¡Bah! Soy viejo, muy viejo.

—Confío en que mosén Fermín acabará por amar la tradición en Pilar y para Pilar, del mismo modo que usted ama hoy la democracia en ella y para ella.

—Es posible. Pilar Abarca nos plantea el problema patrio en sus verdaderos términos. Tal es su virtud, que acalla en mí las pasiones desbordadas por espacio de medio siglo y obligame a rectificar, no mis ideales republicanos, sino el emplazamiento de ellos. Y para que vea usted cómo el verdadero patriotismo se sobrepone a todo, le diré que estoy dispuesto a estrechar la mano de mosén Fermín, siempre que sea delante de Pilar Abar-

ca y para su servicio. Y ahora no quiero entretenerle, que van a dar las cinco y le esperan.

Oír esto, levantarme de la silla y abrazar al infanzón fué obra de un instante. ¡Qué generoso, qué magnánimo habíase mostrado el noble viejo!

Poco después dirigíame a la iglesia, calle arriba por la de Santa Cruz. Recuerdo que era un día gris, de tormenta. Palidecían las casas, aquellas casitas de Ainsa, arcaicas, pequeñas, de ordinario alegres; y las nubes reprimíanse amenazadoras.

El cura me esperaba en la sacristía. Cuando me vió entrar ladeó la cabeza cana, bañada en luz radiante de un ventanal, y entre afable y cortés me tendió ambas manos. Parecióme tan viejo como don Alonso, y a semejanza de él, cenceño, pero algo más bajo. Era de rostro grande y afilado, cejas arqueadas y maxilar prominente. Según supe después, tenía la propiedad en un pueblo de Sobrarbe, y sólo regentaba hasta nueva orden la parroquia de Ainsa. El sacristán dábase mucha prisa en exponer los objetos litúrgicos sobre una gran cómoda. Dijo el cura:

—Miguel, enciende una vela.

Me los mostró de uno en uno, y terminó exclamando:

—¡Pché! Cosa. Esto de Ainsa ha venido muy a menos.

Visitamos los altares, el coro, la pila bautismal; después los claustros, aquellos claustros únicos. Mosén Fermín caminaba con lentitud, pero a grandes zancadas. Observé que, hablándome, parpadeaba y asentía con frecuentes movimientos de cabeza, como si hablase otro, y que para escuchar, deteníase, cruzaba una mano sobre la espalda y, cogiéndose con la otra el labio inferior, enarcaba las cejas. Parecía vivir en continuo sobresalto por las cosas que oía. Salimos a la calle.

—Como todavía dispongo de una hora, le acompañaré a las ruinas. Miguel, ve a que te dejen las llaves del Castillo.

Atravesábamos la enorme Plaza Mayor. Atardecía, y los anchos soportales que tiene a uno y otro lado se me

antojaron más chatos y de fondo más negro. Los nubarrones, entre amarillos y azafranados, proyectaban sobre el suelo un resplandor lívido. Yo esperaba una palabra de mosén Fermín, y mosén Fermín callaba; reprimíase como las nubes. Al fin dijo:

—Usted se habrá admirado de que le diese cita en la iglesia, en vez de visitarle como correspondía.

—No.

El cura se detuvo. Yo repuse:

—No, porque vivo en casa de don Alonso, y no me admira que a los impíos se los abandone hasta el punto de no entrar en su casa. No procedían así los santos; pero es lo mismo.

—¿Qué quiere usted decir con esto?

—Trato de invitarles a tomar café en el de "San Jorge", y espero que usted aceptará, comprometiéndose a no disputar con el muy hereje de don Alonso. Pilar, nuestra Reina, asistirá también, y no gusta de esas discusiones.

Esta vez mosén tiró del labio, abrió la boca, enarcó desmesuradamente las cejas, y parpadeando como nunca, exclamó:

—¿Reina? ¿Reina? ¡No hay tal Reina!

—Lo sé; lo he visto en sueños y me consta por ella misma.

—¡Pché! Cosa; no sabe usted cosa.

Comprendí que en su pecho agitábanse de nuevo las tormentas de antaño. Murmuré a su oído:

—Ella es la verdadera, la única *legitimidad*.

—¡Cosa! ¡cosa! ¡cosa!

El señor Miguel, muy celeroso, apareció con las llaves y nos dió alcance en una calleja próxima al Castillo. Atravesamos la explanada mudos los tres. El sacristán adelantóse para abrir. Mientras él forcejeaba en la puerta, espacié la vista por aquel atardecer triste de lejanías amoratadas, cielo abigarrado y proximidades ocres. Alguien cantó en la plaza:

Camporretuno
sin santo ninguno;
uno qu'en habió
el diablo se lo llevó.

Parecióme reconocer la voz de Pedro, el rey bardo, y
sentí en el corazón el frío de las estepas y de no sé qué
antiguos ideales muertos.

Entramos a las ruinas.

X

REVUELO DE GERIFALTES



*Del monte precipítase un torrente,
cuyas aguas inundan el collado
que nos muestra, en su cúspide eminente,
cuatro piedras, recuerdo de un pasado.*

... ..
... ..

*Rey del mar y países tan lejanos,
¿cómo aquí pereciste a nuestras manos?*

OSSIAN.

No puedo olvidar la hora difícil, de suprema angustia, en que gané el ánimo de mosén Fermín para la causa de Pilar Abarca. Su recuerdo parece obra de la quimera, y es un cuadro de vida que se levanta cada vez más cabal en la memoria.

Cae la tarde. Estoy en el Castillo. Me acompañan mosén Fermín y el señor Miguel. Todavía espero una respuesta del cura, y los tres caminamos graves, lentos, cavilosos. Diríase que las torres de Ainsa, envueltas en el

misterio de la hora santa, imponen silencio y mueven a la meditación. Las compadezco. Se me antojan cuatro seculares mendigas que, vestidas con los harapos de una leyenda, nos piden, por amor de la Patria, un poco de historia.

El señor Miguel nos guía hacia la muralla por una rampa de escombros. Pisando sobre cascotes y malezas, llegamos a lo alto y seguimos en pos del sacristán por un viaducto que pone comunicación entre las torres. Cuatro o cinco pajarracos de rapiña que tienen su nido en las saeteras vuelan espantados y turban el reposo del paisaje con un batir de alas pausado y fatídico. El señor Miguel dice:

Ixos grandizos más negros son bobons; os otros, tirantes a royo, esparveros.

Esparavanes y aguiluchos remóntanse por los aires, y ora describen círculos con retadora calma, ora se ciernen oteando sus víctimas, o doliéndose tal vez de nuestra corpulencia. Son los guardianes del Castillo; sus conserjes providenciales. Conocen las reconditeces de las cuatro torres, y hay que respetarlos; mantienen limpia de sapos y culebras la anchurosa plaza de armas, el sagrado solar, y hay que agradecerse; son pájaros de blasón, buenos para un escudo; y lápiz en mano, intento definir su expresión arrogante, su gesto agresivo y rapaz. Mosén Fermín los mira fijamente, y advierto que sus pupilas adquieren dureza y brillo. Asocia ideas, recuerda sus años mozos. Alentado con esta sospecha vuelvo a tentarle como en la plaza del pueblo, y repito:

—Pilar Abarca es la verdadera, la única *legitimidad*.

Bruscamente desvía la mirada, pero no parpadea ni responde. Parece enojado. Yo prosigo imperturbable:

—Estos gerifaltes, mosén, odian al que se arrastra, aman la rebeldía, son estilitas iberos que, presintiendo la época de las rapacidades innobles, acogieron al castillo cuando las tropas del Archiduque lo abandonaron. Llenan los castillejos. Su misión es anidar en las huellas de los conquis-

tadores. Me arrastra su sino, y pretendo, como vos antaño, acogerme también a lo bravo y a lo rebelde, pero no por un rey ni contra un rey, sino por el Reino.

Un aguilucho que se cierne por encima de nosotros lanza un graznido estridente, algo así como una carcajada bárbara y cruel. Mosén clávale una mirada; yo le hincó la vista. ¡Qué hermoso, qué altivo pasa el aguilucho!

—¡Vedlo—exclamo—, y decidme si algunos cernícalos que padecemos no pagarían por tener un tal gesto bellamente pirático!

El antiguo guerrillero asiente y sonrío. Nuestras almas, unidas ahora, hienden los aires, suben muy alto y otean una misma presa, como si fuesen dos gerifaltes más. Ambas, en el tiempo sin normas y en el espacio sin medida, se ciernen sobre Iberia. La mía, tentadora siempre, murmura:

—Acabó ya la prepotencia de las comunidades; acabó el patrimonio de los pueblos; acabó el llamado “pan del pobre”; todo se lo comieron buitres y cernícalos.

—Los desató la mano impía.

—Acabarán hasta con las energías del pobre; acabarán hasta con los mismos vecindarios de los pueblos. ¿Veis aquel hombre que trabaja inclinado sobre la tierra? Pues haced cuenta que trabaja para una banda de usureros, escribanos y caciques.

—Castigos de Dios, hijo.

—No mezcléis a Dios en esas cosas, padre. Antes reparad en que son instrumentos de la garra española. Dos Españas hay: una, sin historia interna, apriorística, adoptante de toda ley vestida de extranjerismo al uso; y otra, llena de experiencia, rica en enseñanzas, costumbrista y foral: la víctima.

—Nuestro rey defiende los fueros.

—No basta. Quien dice fueros dice patria, y la patria es, o debe ser, el cuerpo de los reyes, y éstos, cuando no son el verbo de ella, o no son nada o son tiranos. Los abuelos de vuestro don Carlos habíanse ya divorciado de

la tradición española, de la genuina, de la gran tradición. ¿Qué? ¿Negáis? Volemos, pues, sobre los últimos cuatro siglos, y no perdamos de vista aquel monasterio, casa de religión y mausoleo de reyes a par que archivo y biblioteca de un pueblo glorioso. El abad discute con el rey. Este ha llamado a la puerta nombrándose rey de España, y el abad responde no reconocer sino al de Aragón y conde de Barcelona. Y el rey de España, acatando la tradición, cede y entra. Veamos el otro siglo. Un favorito del monarca llega a la misma puerta y llama autoritario. El abad abre y se humilla. Pero... ¿qué es esto? ¿Pues no ha caído sobre el monasterio una banda de halcones reales? Vedlos, vedlos; ahora salen por ojivas y claraboyas; llévanse lo mejor de la biblioteca, un libro en cada garra; vuelan hacia Madrid, perseguidos de cien maldiciones, y la tierra oscurece, y la sombra que proyectan a su paso no se borra, y es como un surco donde germinará con el tiempo cierta idea rebelde y tenaz; ya llegan a la Villa y Corte; ya no pueden con la carga, y la dejan caer sobre una tienda de viejo. ¡Oh! ¡Más pajarracos, y mayores que los otros! Son águilas del Norte, que han avizorado el tesoro desde las nubes, y lo arrebatan para devorarlo a orillas del Sena o del Támesis. ¡Adiós, colecciones inmortales ayuntadas con tanto afán por el sabio, por el magnífico don Pedro Antonio de Aragón! Dejemos pasar un siglo; dejemos pasar dos, si os parece, pues tanto pesan dos como uno, y decidme si eso de la desamortización no es un episodio más de la gran merienda. Dejémonos de volar, mosén; pero... ¿qué demonios es aquello que arrojan desde lo alto y va a caer sobre una provincia? ¡Bah! Ya lo veo: una piltrafa a un cacique, so pretexto de restaurar no sé qué monumento levantado por los antepasados a la religión y al arte.

Nuestras almas revuelan, se posan, vuelven a la realidad presente y asoman de nuevo por los ojos, cuya mirada vagabundea en el atardecer triste.

Desde Turbón a la Peña Montañesa, y desde ésta a Guara, el cielo es un vasto conglomerado de nubarrones desteñidos, sucios, apenas encendidos por la puesta solar, y los caminos parecen más blancos, y las calvas de los montes más lívidas. Mosén Fermín permanece indiferente, impassible, y empiezo a creer en la inutilidad de mis esfuerzos. Buscando nueva coyuntura para redoblarlos, pregunto por el monasterio de San Vitorián. El señor Miguel, pegando la hebra en el diálogo, contesta:

—*Veilo allá, por aquellas leneras, a lo que concluye aquel cerro.*

Miro hacia el punto indicado, y apenas si columbro unos paredones renegridos, pizarreños, incrustados en la base de la Peña como bardas montunas. Inundada el alma de tristeza, comento:

—¡En qué montes yace!

Exclama el sacristán:

—*¡Quién los vide i los vé, sin un mal cajigo! ¡Dios! ¡Paece que azarean!*

Mosén Fermín observa y calla. Yo insinúo:

—Hasta el señor Miguel, mosén, compadece a este Sobrarbe de la leyenda que, para perderlo todo, se dejó arrebatar la historia. Ocurrió el despojo al tiempo en que os batáis por el absolutismo y mientras don Alonso Lafuerza conspiraba por la libertad. Los hombres de pluma tampoco daban paz a la mano, y peor orientados que aquellos santos varones de Leire y de San Juan de la Peña, acabaron con los restos de una tradición gloriosa. Este es un valor que debemos revisar bajo el reinado de Pilar Abarca.

El cura parece hastiarse con mi porfía, y dice:

—¡Qué, regresamos?

Yo, sin responder, conteniendo apenas una imprecación, quedo como clavado en el sitio. Mosén da algunos pasos. La tarde agoniza, y esparavanes y aguiluchos recógense a las torres. Un esparaván se aproxima, y su vuelo pesado, grave, deja oír el golpeteo de las alas; conduce

una presa. El cura que lo vé, agita la sotana al viento, se hace un garabato sobre la muralla y da voces. El pajarillo deja caer la víctima que llevaba entre las garras y se remonta. Mosén Fermín precipítase al suelo, recoge un pajarillo y corre hacia mí exclamando:

—¡Vive; aun vive!

Permanezco impasible.

—¡Vive, don Pepe; aun podremos salvarlo!

No contesto. Los ojos del antiguo guerrillero, ahora del buen sacerdote, fulgen de alegría. No contesto y los miro profundamente. Mosén cala mi intención y los baja, entrega el pajarillo al señor Miguel y queda pensativo, ensimismado. Yo subrayo:

—¿Qué, regresamos?

Levanta la cabeza y veo dos lágrimas, húmedos los ojos que ha medio siglo secó la pólvora. Vuelvo a insistir:

—¿Nos vamos o no?

—¿Cree usted que podremos salvar...?

—Pero... ¿a quién?

—¡A ella, recontra, a ella!

¡Oh! Me precipito en sus brazos, y por un instante siento junto al mío su corazón que late de caridad.

En el silencio del anochecer óyense las campanas de Ainsa que tocan a oración.

... ..
... ..

No, no olvidaré nunca la hora en que gané a mosén Fermín para la causa de Pilar Abarca.

XI

EL "CAFE DE SAN JORGE"



*... no descubría en ella sino
el ser nacida de mayores prendas,
porque era en extremo
cortés y bien razonada.*

CERVANTES.

Al día siguiente don Alonso y mosén Fermín sellaban las paces en el "Café de San Jorge".

Esto ocurrió al anochecer, sobre las ocho, y en el soportal de la plaza correspondiente al café de Sancho, donde se iniciaban las cotidianas tertulias de Pedro Abarca *el Viejo*.

Aquella noche di en acudir antes que ninguno. Pedro, como de costumbre, esperábame sentado en un banco. Había dejado la calceta, su ordinario pasatiempo, y sin perder por ello la gravedad del oficio, antes realzándola con las parsimonias del pastor y del rey, confeccionábase un cigarrillo. Le saludé y correspondióme franca y rudamente, la petaca sobre un muslo, el papel de fumar pendiente de la boca, restregando muy a conciencia el tabaco entre las palmas.

Sentéme a su lado. Recuerdo que hablamos poco. El calor no amenguaba tan apriesa como la luz, y el tedio hacía nuestras frases negligentes y flojas, desconcertadas. Pedro, rematado el entretenido manipuleo del cigarrillo, lo encendió canturreando una copla antigua. La plaza, llena de paz, apenas turbada por el paso perezoso de alguna yunta, o por el leve cuchicheo de las mozas que de tarde en tarde pasaban en grupos con el cántaro sobre la cabeza, bañábase ya en el claro de luna, y las severas arcadas, el campanar próximo y las acacias umbrosas, eran partes a infundirla un aspecto claustral, místico. Arriba, en el café, templaban un guitarro, y las notas caían lentas, dulces, silabeantes como las de un salterio.

Don Alonso y mosén Fermín salieron a la plaza casi a un tiempo; el cura, por la calle Mayor, el infanzón, por la de Santa Cruz. Pedro, que estaba en el secreto de mis intrigas, tocóme en el brazo y guiñó un ojo. Como comprendí que entretenían el paso para no emparejarse, levantéme y fuí a su encuentro de un modo equívoco, de tal suerte, que ambos diéronse por llamados. El infanzón, con exquisita nobleza, antes que a mí tendió la mano al cura. Este, seco, despegado, sólo farfulló un cumplimiento; pero no hice el menor caso; de sobra conocía, desde la escena del Castillo, su condición angulosa y un tanto soberbia, y esperé la explosión de su carácter, excelente en el fondo. No fué por mucho tiempo. Nos sentamos, bajó Sancho a servirnos el vino, y el clérigo, tras de catarlo con golosina, exclamó:

—¡Beba, beba, amigo Lafuerza! Es de lo bueno de Castilsabás, ¡de lo bueno!

Y desde aquel instante, la jarreta conciliadora circuló no sé cuánto, pues ya éramos siete u ocho a pasarla y a recibirla. Sancho no se daba punto de reposo, de la tertulia a la bodega y de ésta a la tertulia. Una de las veces, llegóse a mí con la jarreta llena, espumante. Levantéme, y tomándola con gran ceremonia, dije:

—¡Oh Sancho Abarca! Perdona la franqueza, pero

aquello de "cada uno de nosotros vale tanto como vos, e juntos, más que vos", inspírame cierta confianza y me induce a tutear al primer rey demócrata que vistió malla y sacudió el polvo a los sarracenos montando el caballo de San Jorge; bien que te repugnen los tratamientos; fuiste siempre de un natural campechano, y lo mismo sabías dar una buena lanzada en la pelea, que beberte un jarro de Castilsabás, mandar un traidor a la horca, o arrancarte, en fin, con una jota, desde que las hubo. ¡Oh Sancho!...

Aquí llegaba mi discurso, cuando una voz fresca, femenil y briosa gritó a nuestra espalda:

—*¡Eh! ¡Apartesén, que vienen as vacas!*

Arriba, en la sala del café, un chasquido musical nos anunció que el templador del guitarró había roto una cuerda. Llegaban al trote los cornúpetos y corría Pilar tras ellos, encendida, riente, soberana, con la una mano en la cintura y la otra en alto restallando un vencejo. Pasaron derribando el banquillo y desaparecieron en la cuadra tumultuosamente. Gruñó el abuelo:

—*¡Para cuenta, Pilaroña, para cuenta!*

Poco después subíamos al primer piso. El "Café de San Jorge" no era sino el mismo palacio de los antiguos reyes de Sobrarbe. Con los años y los muchos retoques, el salón del trono había parado en establecimiento público, su augusta bóveda en techo plano de alegre viguetería, el ventanaje de doble arco en otro anodino, trazado a escuadra, con pintadas orlas azules y de las paredes, antes ilustradas con blasones reales, pendían ahora dos paisajes suizos, el retrato de Cajal con un bloque de calendario sobre el pecho y un Guimerá y un Marconi cesantes desde los años trece y doce, respectivamente. El mobiliario componíanlo escabeles y mesas de pino con alguna que otra silla. ¡Cuánta miseria!

Los contertulios distribuyéronse por las mesas; Pedro Abarca, mosén Fermín y don Alonso armaron un tresillo; el *Aguado*, el señor Miguel y otros, un julepe. Sancho

desdoblábase por atenderlos, celebrando los aciertos de éste, riendo las ocurrencias de aquel y disimulando las torpezas de todos. Y Pepón, el gran Pepón, alto como un cajigo, sempiterno templador del guitarra, en cuanto vió entrar a Pilarona, encasquetóse la boina hasta los ojos, y con mucho disimulo se largó a una terraza que había en la trasera del piso.

La guapa moza, con esa fuerza de visión hija unas veces de la sangre, otras del talento, y que en ella era producto de ambos, adivinaba su alcurnia, sin que los hábitos pastoriles ni las tocas domingueras bastasen a encubrirla. Apareció muy bien peinada, vestida con lo mejor del cofre, y todos logramos la dicha de ser por ella, no ya servidos, sino agasajados. Era noche de fiesta aquella noche. Me lo decían los ojos de Pilar, entre agradecidos e interrogantes. Yo, confuso, bajé los míos, y, a semejanza de Pepón, salí a la terraza para templar mis ideas.

Fulguraban los astros vigilando el sueño de Sobrarbe, y el Cinca y el Ara lo arrullaban con un poderoso murmurio que infundía majestad a la noche. En la terraza, blanca de luna, todo era esperar, y en un rincón, la boina sobre la frente, sentado en el suelo hecho un ovillo, Pepón templaba el guitarra, tiempla que tiempla.

Pilar no tardó. Sentóse en un pedriño frontero a la puerta, de suerte que podía ver las testas venerables de los tres ancianos tresillistas. Más adentro gritaban otros.

—¿Tú qué tiens?

—Cosa.

—¡Paso!

—¡Xugo!

Preguntóme la niña:

—¿Sabe si vendrá o señor Juan?

—No sé; no he podido verle. Dicen que segaba trébol en el llano. Si no viene, mañana me avistaré con él.

Quedamos silenciosos, mirando al interior de la sala. Pepón, templando el guitarra, obsequiábanos desde la pe-

numbra con un rasgueo espaciado, lento. Yo, sumido en mis reflexiones, contemplaba aquellas figuras del retablo de San Jorge a través de mi loca imaginación, que les imprimía un hondo carácter. Era bien entrada la noche cuando llegó el señor Juan acompañado de otros dos labradores:

—*¿Qué t'ha dicho o de Tozuelo?*

—*Que no votaría aunque lo citase.*

—*¡No amueles!*

—*Pos iro ha contestado, i ¡marcha!*

—*¡Huy qué moler!*

Terció el otro:

—*D'ixe m'encargo yo.*

—*¿Tú?*

—*Sí, yo; lo tengo apalabrado a jornal pa o sábado; lo afartaré, lo enzorraré bien enzorrao, i en a cuadro hasta o domingo, i a votar con yo.*

Y sentándose los tres, pidieron un jarro del de Castil-sabás.

La luna había trasmontado el campanar próximo y la terraza se llenaba de sombra. Dieron las doce. A esta sazón levantáronse los jugadores de julepe, y de uno en uno, carraspeando las buenas noches, desaparecieron por el hueco de la escalera. Los tres labradores poco tardaron en imitarles. Quedaban sólo Pedro, mosén Fermín y el infanzón, jugando serena, plácidamente. Y cuando todo era paz y de presumir que la velada terminaría en el mayor sosiego, sonaron abajo, en la calle, y en la escalera después, gritos, denuestos, risotadas, coplas, guitarreos; alegre y discorde murga de catorce o quince mozos que invadieron la casa tumultuarios. Exclamé:

—*¡Anda! Pilar, vuestra escudería que llega. Yo me retiro.*

Y nada más pude añadir, porque la terraza llenóse de estrépito.

—*¡A cenar!*

—*¡Pilarona, os conejos!*
—*¡Huy la órdiga! ¡Si diz que no están!*
—*¡Pos música!*

Levántate, tabernera,
ponte la saya redonda...

... ..

—*¡Eh, Pepón!*
—*¡Tú, Pilarona!*
—*¡A bailar!*
—*¡Tú con yo!*

Bajé a la plaza. En el medio de ella despedíanse mosén Fermín y don Alonso.

Y aquí debo consignar algo que recuerdo muy bien, y cuya significación es más para sentida que para expresada con palabras.

A par que el exguerrillero y el antiguo miliciano desaparecían, el uno por la calle Mayor y el otro por la de Santa Cruz, arriba, en el "Café de San Jorge", resonaron en confusa algarabía todos los acordes inspirados en el amor de la tierra, y a través de las ventanas vi a Pilar sobre el pavés, en hombros de los mozos paseada en triunfo. Pensé que don Alonso y don Fermín, octogenarios confesos de sus errores de medio siglo, íbanse para no volver. Y se me antojó que Atlant, el caduco, el cínico, incapaz de retractarse e impotente para ahogar aquellos gritos reveladores de una juventud, agarraríase desesperado a su trono carcomido, temblando convulso.

A large rectangular border composed of small red dots, framing the central text.

XII

EL RETABLO VACIO



*¡Oh gran muntanya nua, egregi monument!
Ta nuditat conorta mon dol, secretament.*

CARNER.

Yo en las tardes pasear solía por los viejos senderos ceñidos a las murallas, rodeando la población. Me encantaban estos paseos. A un lado tenía siempre el paisaje menudo, arcaico y pintoresco de la histórica villa, y al otro el panorama grandioso, lozano y rozagante de las montañas. Como podía escoger, comparaba. No me decidía nunca. No acertaba a posponer lo mío, el pueblo —cosa íntima y perecedera, mortal como yo—, a las soberbias esfinges de granito, ensimismados e indiferentes testigos de nuestra miseria. No acertaba, y en la duda, despertó en mí el “sentimiento trágico de la vida”, abarcaba de una ojeada entrambos paisajes, y buscando el parangón, o mejor, la unidad redentora, fantaseaba glorias guerreras, levantaba recuerdos forales, empingorotaba sobre Ainsa moles y picachos... ¡Pobres glorias! Allí,

allí estaban, allí, marchitas, sin frescura, sombrías como el derroñado castillejo que destacaba por obscuro sobre el fondo carmín de aquellas montañas siempre jóvenes. Y aferrábame al amor, a la causa generatriz de altas idealidades, y pugnaba por descubrirlo entre el paisaje menudo y el panorama grandioso. Vano empeño. Tampoco era el amor. Ainsa habíase olvidado de las montañas madres. Ainsa, como todos los pueblos, era desagradecido, y como todos también, no obstante vivir en el regazo mismo de las montañas, había levantado su caserío de espaldas a ella y de caras a la plaza de las chinchorrerías, y ¡claro! las chinchorrerías lo mataban. Cierto que la tradición vivía en Pedro, y la fe en mosén Fermín, y la nobleza en don Alonso; pero estos monumentos vivos tenían su hiedra. Así como desde las montañas madres, bajando por el cerro próximo, llegaba hasta el castillo, trepaba a sus torres y crecía libremente en saeteras y ventanales una vegetación parásita, chupadora de gloria, así también desde las urbes caciquiles llegaban hasta la Villa-Histórica, y la invadían, engaños, fuleerías, artificios, la mentira, la *incultura*... cambiantes de una hojarasca puerca, azafranada, amarillenta, ocre, por cuyos tallos deslizábanse reptiles de chaqueta con diversos nombres oficinescos, carcoma de las rancias virtudes hijas de la gloria, de la gloria aquella religiosa, campesina y foral. No, no había unidad en lo que tenía a la vista, ni parangón posible entre ambos paisajes.

Entre los paisajes, no. Pero en el menudo y arcaico de la Villa-Histórica había un detalle merecedor, no ya de un apunte, sino de un cuadro, y hasta de un libro, y aun diré de la atención de todo un pueblo; un detalle posibilidad de pueblo.

Un detalle, eso sí; porque apenas se advertía entre las corraladas y cobertizos, entre tanta y tanta casuca vuelta de espalda a las montañas; pero un detalle proyección de ellas, germen de su amor caído en la entraña del pueblo arisco, desamorado, y capaz de producir mu-

cha gloria, montañas de gloria. Este detalle era el balcón de Pilar Abarca. Y digo el balcón de ella, porque su alma, de cara siempre a la montaña, era como el balcón mismo.

¡Y qué balcón! Todas las tardes parábame a contemplarlo. En nada se parecía a los otros, faltos de carácter, exóticos, de la fachada, y aunque antiguo, no era viejo. Si tenía cimientos seculares, si descansaba sobre una piedra grande arrastrada ha mil años desde la montaña en brazos de un torrente de hombres, tenía, en cambio, nuevas las puertas, y los postigos siempre abiertos a las auras de libertad que de las cumbres bajaban triunfales y renovadoras como los antiguos vientos de reconquista. Si las paredes eran vetustas—pues buen cuidado tenía Pilar de no revocarlas—, el tiempo y el sol cuidaban de ellas con tal esmero, que las pintaban de oro. Si el herraje era labrado y viejo, las flores que en él enredaban sus tallos eran cultas y nuevas. Tenía cierto sello de eternidad aquel balcón. Parecía hecho exclusivamente para mirar a las montañas madres. Y diríase un coquetería de ellas, si no fuera sólo un buen deseo, y tal vez, tal vez, un dolor. Porque en aquel balcón histórico había un altar sin culto, ¡un retablo vacío!

Yo no sé de nada más triste que un retablo vacío, y cuando este retablo es el de la patria, yo no sé de nada más trágico.

El retablo no estaba precisamente en el balcón, sino en la estancia, pero lo enmarcaba de modo tan perfecto, que parecían hechos el uno para el otro. Sobre el retablo había dos macetas con flores del Pilar. Sus hojas, rebosantes, caían en luengas sargas como rosarios, como lambrequines, y las dos macetas semejaban dos cascos de paladines rurales. De la pared pendía una estampa con la imagen de la celestial Patrona. Y el vacío, el enorme vacío, encontrábase entre las macetas y la imagen, entre el cielo y la tierra.

Una tarde, la del viernes, cuando apenas faltaban dos

días para la gran lucha, Pilar, muy triste, muy pensativa, estabase en el balcón regando las flores. Correspondió a mi saludo manifestando vehementes deseos de hablarme, y subí:

—*¿No sabe? Han denunciao as güellas de Yayo i o Café de Papa.*

—*¿Cómo es eso? ¿Y quién?*

—*¡Qué me sió! Diz que si o guarda, o ganao, i que si unos d'as contribucions de Huesca, o Café.*

—*¡Qué infamia!*

—*¡Ha visto!*

Callamos un momento. Pilar, entrecruzando las manos, añadió angustiada:

—*¡I o señor Juan, citado a juicio!*

—*¿Por quién?*

—*Por Tozuelo.*

—No puede ser; ved que no sea al contrario, porque es Tozuelo el que debe cincuenta duros a Juan.

—*No, no; en a fuente deceban que si por un pozo... tocante a una pared... ¡qué sió!*

—*¡Ah, granujas! De todos modos, Pilar, no es Tozuelo.*

—*¿Pos qué é?*

—La mano que os oprime, los pulpejos de Atlant el brujo...

—*¿Cómo diz?*

—...que persiguen a los vuestros, a los que os aman.

—*¿Pos qué? ¿Yé pecato quereme?*

—*¡Oh, enorme! Para los invasores, enorme. Amaros, conoceros, valdría tanto como romper el talismán o pronunciar el conjuro que os desencantaría matando a la Araña. No, no; os odian, y necesitan que os odien.*

—*¿Os invasores son ixos señorones que se nos hacen la burla i nos piden votos i nos embargan?...*

—Los mismos.

—*¿...i que tien por criados a ixos otros que denuncian i prenden, i que siempre quien irse, cambiar de tierras?...*

—De amos. Los primeros viven de vuestra miseria a par que de vuestro odio; la hartura, la dicha vuestra los mataría; y para desustanciaros válense de los segundos.

—*¡Per ixo tien tantas ganas d'irse i nosotros de que sen vayan!*

—Exacto. El descontento siempre fué achaque de criados.

Pilar suspiró. El cielo teñíase de carmín y las cumbres lejanas flotaban sobre un leve y rosado vapor que velaba los campos. La niña salió al balcón, y apoyando los codos en la baranda, quedóse pensativa. Allá, en el camino de la huerta, junto a unos chopos, un tronco sin ramas, algo así como un cajigo desmochado, pareció moverse. Era Pepón, el silencioso y gigantesco Pepón. Seis campanadas resonaron lentas, augustas en el misterio de la tarde, y Pilar exclamó entrando:

—*¡Jesús, as seis! ¡Corro ta huerta!*

Y muy celerosa, echándose un pañuelo sobre los hombros y sobarcando un cesto, se dispuso para salir. El último rayo de sol, quebrándose en el postigo, fué a reflejar encima del retablo, entre las macetas y la imagen. Y ambos nos conmovimos a par, como heridos por aquella luz sanguinolenta, por aquel pensamiento solar que trduje pronunciando estas palabras:

—En este retablo hace falta un San Jorge alto y reicio como Peón y de cabeza voluminosa como la del retablo que os mostró don Alonso.

—*¿Aun s'acuerda?*

—*¡Oh, vaya si me acuerdo!*

Y Pilar, turbada, amapolado el rostro, encaminóse hacia la puerta repitiendo:

—*¡Ah, fata, fata de yo! ¡I qué tontona!*

—*¿Por qué?*

—*Pos ¿i qué teneba que fer sino calláme?*

—Estuvisteis muy discreta.

—No, no. *¡Pa qué importunar de si va ser o no grandizo?... ¡Ay qué fata!*

—El retrato merecía vuestro interés.

—*¡Ah, calle, calle!*

Nos despedimos cuando llegábamos a unos cien pasos del gigante. Este rebulliase inquieto, rascábase el cogote y miraba al cielo, a la tierra, a todas partes menos al camino. Escondíme para presenciar el encuentro. Pilar avanzó airosa, diligente, resuelta; pero Pepón escabullóse, desapareciendo en un seto.

XIII

EL ARAGONES Y LA PEÑA



... ..
*que una piensa el bayo
y otra quien lo ensilla.*

Al otro día, muy de mañana, mientras don Alonso y mosén Fermín avistábanse con Tozuelo, que espadaba cáñamo en la era, yo buscaba a Juan por el llano. Nos proponíamos evitar el acto de conciliación señalado para las tres de la tarde. Importaba mucho frustrar los malos propósitos de ciertos hombres buenos letrados que, en el doble concepto de ejecutores caciquiles y de atemorizadores del pueblo, no dejarían de acudir.

Era una mañana de sol. Yo, buscando a Juan, pensaba en el cautivo de sus labranzas, que, sin embeleco, bronco, rudo como los peñascales sobrarbeños, con toda la heredada inocencia de sus padres, los gigantes de granito de venas de hierro y frentes de oro, llevaba en sí la esencia, la pureza del ideal vivo encarnado en Pilar. Y pensando en él, recordaba.

Le conocí ha seis años. Cazaba yo por tierras de So-

barbe, y era como un peregrino. Cierta día Juan, cavando su viña, levantó la cabeza, vióme, y llamándome con imperio, me ofreció de su bota. Bebí. Recuerdo que la empiné mirando a la Peña, y por largo rato, porque ésta, frunciendo su alta y tostada frente, convidábame a par de Juan. Desde entonces fuimos grandes amigos, y le visitaba con frecuencia en su propia viña. Y tendido a la sombra de las hospitalarias parras, admiraba los paisajes aquellos que adiviné cuando niño en no sé qué páginas de historia o de leyenda, y que he visto y admirado de hombre pintándolos al volar de unas horas triunfales.

Juan, sin enterarse, trabajaba, trabajaba siempre, y de vez en cuando miraba a la Peña para lanzar un suspiro, saber la hora o vaticinar el tiempo. Sospeché que se entendían, y que ella era la reguladora de su trabajo y su oráculo en las grandes tribulaciones. Los días luminosos, Cotiella y Turbón envolvíanla con cendales de gasa, mudábanla en vasto conglomerado de tonos carmíneos, y, perdida su fiereza, la Peña era un paisaje de ensueños para mí Juan apenas interesante; yo, entonces, volviendo los ojos, mirábame en las aguas plateadas del Cinca y sentía mil dudas. Otras veces, una cerrazón negra corríase desde Cotiella a Castillo-Mayor, y el cíclope, mostrando sólo sus plantas pizarreñas, ocultábase, y con voz de trueno que repercutía en las más lejanas concavidades, nos contaba no sé qué tremebundas consejas de cataclismos y batallas; humillábase la tierra, el Cinca se ponía gris, y Juan, serio. Pero la Peña, en los días rientes, limpios, en los días de gran azul, recortábase áurea, mostrando sus audaces relieves, y allí la matrona en jarras, y acullá el dragón gigantesco, y otras y otras mil figuras cambiantes a cada hora. ¡Oh! Eran días grandes; el Cinca estaba escandaloso, las mo-cicas tenían la de cantar, Juan reía y juraba, y recuerdo que yo, dejando la escopeta y licenciando el perro, en cada fuente, en cada arroyo liaba un cigarrillo y componía un madrigal. Por último, también la Peña sa-

bía mostrarse apoteósica. En la puesta solar teñíase de oro primero, de sangre después, encendíase al fin descolando entre sombras convertida en ascua enorme, y el Cinca, desde el fondo del valle, murmuraba leyendas llenas de misterio. Era la hora de Sobrarbe. Aquel fuego en el reposo tenía una solemnidad de muchos siglos. Aquellos rumores de leyenda encerraban más sabiduría que la Historia. Y la brisa vespertina besábame en la frente, causándome una vaga y deliciosa inquietud. Juan lo ignoraba. Juan, el buen labrador, caballero en su yunta, alejábase entonando la canción de la tarde con indiferencia irritante y magnífica.

Por fin di con él. Araba con un par de bueyes. Díjome al verme:

—*Paece que se madruga.*

—Por ti madrugó.

—*¿I pues?...*

—Ya lo sabrás. Por de pronto, acompáñame. Don Alonso y mosén Fermín han quedado esperándonos en las eras bajas. Hoy no es día de trabajar, sino de abrir mucho el ojo, ¿entiendes?

—*Pues... ¡andando!* .

Y Juan, procediendo con mucha parsimonia, desunció el par, condújolo hasta una caseta cercana, dióle de comer y emparejóse conmigo.

Desde su viña a las eras habría como una media hora, que anduvimos sin proferir palabra.

Mosén manteníase en pie junto a Tozuelo, que trabajaba en la espadilla; don Alonso paseábase a lo largo de la era. El cura hablaba moviendo la cabeza de atrás adelante, y parecía marcar el compás al instrumento que maceraba el cáñamo. Los paseos de don Alonso eran claro indicio de su mal humor. Llegamos. El infanzón vino a nuestro encuentro.

—Por demás; éste es un cerrojo...

Y encarándose airado con el espadador:

—Pero desde hoy no cuentes conmigo para nada, ¿oyes? para nada... Si te has propuesto...

Interrumpió el cura:

—¡Pché! Cosa; éste es incapaz de proponerse cosa; ya, ya se lo verá.

—*¿Que si se lo verá?*

Terció Juan mascullando una letanía de injurias.

—*¿Que si se lo verá? ¿Pos no sabe o muy animal que o pozo lo tengo yo por derecho de más de cuarenta años?*

—*Ixo, en o juicio.*

—*¡Me caso en...! ¿I por qué no astí?*

—*En o juicio, en o juicio.*

Y Tozuelo profirió estas últimas palabras a media voz, sin interrumpir su trabajo y fija en el suelo una mirada obstinada, terca. Aún parece que veo aquel ciego instrumento de las maquinaciones caciquiles, aquella cabeza inexpressiva, dura como el rodillo que tenía enfrente, el cual, tallado en el granito extraído de la Peña, de la Peña de Juan Sobrarbe, se parecía a su dueño, escogido entre los suyos para ejercer también una función rastrera y demoleadora. Dijo el cura:

—Vámonos.

—*¡Rediós!*

—Vámonos, Juan; con éste no valen razones; déjalo.

A esta sazón, abajo, en la carretera, pasó un auto que fué recibido por tres sujetos vestidos de gran gala; se detuvo un momento; cuando el auto partió, los tres sujetos retiráronse haciendo, al parecer, combinaciones cabalísticas. En las eras próximas unos hombres trabajaban indiferentes, y sólo dejaban oír sus canciones largas, monótonas y desmayadas, como salmodias cantadas en honor del sol. Don Alonso alzó su báculo, y, erigido, arrogante, nos mostró el auto, exclamando:

—Para que aquel señor logre sentarse en nuestro peregrino Parlamento, ha sido preciso montar una compli-

cada máquina caciquil, prostituir las autoridades y corromper a este bruto.

Y señaló a Tozuelo.

Tributemos un recuerdo al infanzón de Ainsa, al humilde, que no siempre hay que hablar del solitario de Graus, del eminente. Ambos son del terruño, y grandes son los dos. Ambos constituyen la mejor acusación contra esa vida falsa que sufrimos. El león que asoma fiero por entre las peñas de Graus y el obscuro hidalgo que pasea su despecho ante las ruinas del castillo de Ainsa, son dos figuras eminentemente representativas en nuestra Patria, dos trozos de su rota historia hechos carne y hueso. El primero es el rugido de impaciencia que llama a la redención por el esfuerzo, y el segundo el gesto de los desengañados, de los vencidos, de los que no supieron evitar la quiebra de nuestra democracia indígena, foral e histórica.

Los cuatro caminábamos silenciosos, escuchando el incesante golpeteo de la espadilla que maceraba el cáñamo.

Y el auto corría camino de Madrid, perseguido de nuestras cuatro maldiciones.

XIV

HERCULES Y PIRENE



*Y a tú, que entre les ales del cor m'has acullida
d'Espanya que tant amo vultte donar la clau
d'eix hort del cel que en terra te guarda una florida
d'amor, si traurel d'urpes tirániques te plau.*

VERDAGER.

El rumor de que cien Sanchos con don Alonso a la cabeza pretendían alzar por soberana del terruño a Pilar Abarca bastó para que Atlant, el arácnido, urdiera en torno de la Villa-Histórica amenazas, insidias, torpes denuncias, ruines ofrecimientos, atropellos brutales, todo cuanto acobarda, humilla o corrompe, y disfrazando para ello sus tentáculos de tal verdad y autoridad, que los baturros, locos, desconcertados ante el cohecho de lo que tenían por incorruptible y dudando hasta de la decencia de los mismísimos santos, dispersáronse.

Y los invasores, para celebrar su triunfo, reuniéronse aquella noche en el "Café de San Jorge", en el antiguo alcázar de los monarcas sobrarbeños.

La tertulia de Pedro tuvo que trasladarse honesta-

mente a la cocina. Eramos pocos, muy pocos; éramos los incondicionales, ni uno más. Pedro y mosén Fermín ocupaban las cabeceras de los dos bancos; el cura tenía junto a sí a don Alonso, y éste a Pepón; yo, en el banco frontero, estaba sentado entre el rey pastor y Juan. Todos callábamos. Sancho y Pilar iban y venían de la tertulia a la sala.

¡Qué noche! Mis pensamientos eran tan negros como las paredes de aquella cocinona sobre cuyo fondo tenebroso destacaban las figuras de un ganadero sin casa, de un labrador amenazado de embargo, de un sacerdote sin fieles, de un infanzón preterido por el pueblo a cualquier cacique, y de un gigante, de un buen pedazo, eso sí, de ese mismo pueblo, pero ¡ay! tal vez sin alma, sin medula, pues no en vano los tentáculos de Atlant venían chupándola desde hacía medio siglo.

Miré a Pepón. Estaba sentado y casi metía su cabezota en la campana de la chimenea. Ya no templaba el guitarró como otras noches; ya no templaba, y lo que es más extraordinario, discurría, o parecía discurrir. Cuando entraba Pilar, él, inquieto, rebullíase en el banco mirándola con disimulo, y cuando salía, aventanando narices y ojos perseguíala con la vista, pasadizo adelante, hasta verla desaparecer en la sala. Después, absortábase. Dogo fiel, adivinaba en su dueña las hondas preocupaciones que todos compartíamos.

La canalla invasora, con el estómago caliente, divertíase, y las palabras llegaban hasta nosotros cernidas por el rumor de los vasos, el ruido de las monedas y el golpeteo de las manos al jugar las cartas.

—¡Paso!

—¡Más!... ¡Otra!... ¡Me planto!

—¿Qué le zeñalaremos por dieta a Zantiaguiyo? ¿Veinte pezeta?

—¡Hombre! Ya sabes que éste es de los que nos sirven; ponle treinta.

—Bien, zí; puez treinta.

—¡Alto, señores! ¡Siete y medio!

En la cocina cambiamos una mirada de inteligencia. Juan dijo:

—*Algún trabajador pagará ixos dos duros.*

Y dirigiéndose a Sancho, que entraba con una bandeja repleta de vajilla:

—*Pa que los ganes tú hoy, trapalón.*

—*¿I qué fer?*

—*Despachálos.*

—*No pué ser despachálos.*

Terció Pilar entrando:

—*Si no despachálos, Papa, decíles que astí no se xuga.*

—*¡Jumm!...*

Y Pepón lanzó un bufido.

Yo intervine para apaciguar los ánimos. Recordé a mis camaradas que no es mucho dos duros cuando una res vale bastante más, y se la lleva, o se la llevaba antaño con frecuencia, cualquier alimaña del monte. Y hablé así:

—Cada época tiene sus calamidades, y al modo que antes campaban los osos al abrigo de las selvas, hoy pululan todo género de carnívoros al amparo de la política. Dura, muy dura carga es esta para los pueblos, porque de las tales rapiñas las almas de los rurales no salen mejor libradas que sus haciendas; pero yo os aconsejo que las sobrellevéis con aquella moruna resignación de los ganaderos argelinos...

En la sala del café, donde por momentos crecía el barullo, oyéronse algunos chicoleos. Pilar entró en la cocina visiblemente contrariada. Después salió de nuevo. Pepón siguióla con la mirada de sus ojos saltones, rezonando:

—*¡Jumm!...*

—... de aquellos tiempos de la conquista de Argelia por los franceses. Los pobres moros sufrían una verdadera plaga de leones que les arrebataban los ganados, y a tanto ascendían estas pérdidas, que su importe

sobrepujaba al valor de los impuestos debidos al francés y al jefe de la tribu. Y todo buen padre de familia echaba sus cuentas encabezando los gastos con la parte del león. Vosotros, a imitación de ellos, debéis encabezar las cargas con la parte del zorro, que no es poca, y resignaros.

En la sala empezó un frenético rasgueo de guitarras, acompañado con berridos y taconeos. La tertulia de caciques y funcionarios adquiría proporciones de juerga. Una copla, y rompió un coro de estrepitosas carcajadas; otra copla, y estallaron éstas segunda vez. Varias voces:

—¡Eh!... ¡Que baile!...

—¡Que baile!...

Oyóse la de Pilar que entró disparada en la cocina.

—*¡Amos, han visto! ¡Pos no quien que les baile jotas?*

Y se plantó mirándonos, indignada, erguida, plegada la boca, las manos en la cintura, un pie inquieto. Gruñó el gigante:

—*¡Jumm!...*

Sancho intentó sosegar a su hija.

—*No te acalores; con no hacerles caso i...*

—*No, Papa, yo no vuelvo ta'llá; vaiga usted si quiere.*

—*Temas tuyos.*

—*¡Pos que s'han creiu semejantes...? As jotas me las bailo yo pa divertime, pro no pa divertir a naide.*

Y sentóse con desenfado entre don Alonso y Pepón, que se revolvió como un poseso. Buen rato permanecimos todos sin proferir palabra, mirando la mortecina llama de la lumbre. Un reloj dió las doce. Pedro, incorporándose y extendiendo las manos sarmentosas sobre el hogar, dijo:

—Media noche. ¡Alabado sea Dios!

Nadie contestó, y nadie, contra la costumbre establecida en aquella tertulia, hizo el menor ademán de retirarse. Crecía la destemplanza de los invasores, y en nosotros no sé qué trágico presentimiento que ataba nues-

tras lenguas y nos tenía como clavados en los bancos. Dieron las doce y media. Aborrascóse la orgía, y guitarreros y coplas cedieron ante un recio altercado entre jugadores. Nos pusimos en pie mirándonos atónitos. El fantasma que vagara en torno del hogar de los antiguos reyes, había volado por la chimenea, dejándonos la certeza de lo que iba a ocurrir. Sancho salió escapado hacia la sala; Pilar avanzó algunos pasos tras él; Pepón alargó el cuello, asomándose al pasadizo; a esta sazón oyóse una palabra fuerte que levantó gran clamoreo, seguido de un silencio angustioso. Alguien intervino conciliador:

—¡Basta, señores! Yo pago unas botellas y...

—¡Yo brindaré con éste para que nos rompamos el alma!...

Un estallido como de un vaso al dar contra la pared fué la respuesta, a la que sucedieron voces, tumulto, rumor de lucha... Pilar gritó desde el pasadizo:

—¡Padre!

Y después:

—¡Pepón!... ¡Despáchalos!

De mi paso por el corredor en pos del gigante sólo recuerdo el gesto de majestad suprema con que estas palabras fueron dichas.

La sala era el caos. Junto a la puerta, unos cuantos lechuguinos aciscados, prontos a huir; en el medio, una silla tumbada; por el suelo, cascotes de botella y manchas de vino que parecían de sangre; sobre la mesa, monedas y barajas que delataban el juego interrumpido; y a uno y otro lado de ella, dos grupos que forcejeaban por contener a dos adversarios uno de los cuales empuñaba un revólver.

Pepón forzó a codazos la barrera de pisaverdes, derribando a uno; volvióse, alargó el pescuezo, rugió y salieron todos desgalgándose por la escalera. Después... ¡Cristo!, aquellos no eran puños, eran mazas. El primer grupo quedó pronto reducido a un alguacil de cabeza entre dos

bancos y con los pies en el aire. Los que formaban el otro escaparon, salvo el del revólver, que, preso entre las manazas de Pepón, dió una vuelta de campana agitando brazos y piernas, para caer después como un tronco sobre el pavimento. Quedó inmóvil, rígido. El gigante revolvióse, pero como no vió sino amigos, a los religionarios de Pilar que lo mirábamos estupefactos, fué como si tal cosa. Ordenó el cura:

—¡Pronto! ¡Dos que levanten a éste!

—¡Arrimad un banco!

—Así, sostenedle la cabeza.

—¡Agua! Hace falta agua.

Corrí en su busca, y al entrar en la cocina casi topé con Pilar, que salía muy celerosa y encendida como una grana. Allí estaba Pepón.

—¡Huy, rediós!

—¡Sí; buena la hiciste!

—¡Huy, rediós!

—Pero, ¿qué te pasa?

—¡No, que m'ha besao!

—¿Quién? ¿Pilar?

—¡Huy, rediós!

Parecía congestionado, ebrio, y salió de la cocina tambaleándose por el pasadizo. Yo salí tras él con el agua en ayuda de mis atribulados amigos.

Guardo un recuerdo confuso del caciquillo que en el portal echaba sangre por las narices, de nuestro éxodo por las calles con el otro a cuestras, del escribano que a la puerta de la farmacia quejábbase de una pierna, y de la junta que tuvimos a las dos de la madrugada en casa del infanzón, después de buscar a Sancho por todas partes.

Pero no olvidaré nunca el suceso final de aquella gran noche.

Cuando todos se habían recogido, preocupado yo todavía con la desaparición de Sancho Abarca, salí de nuevo, volviendo al "Café de San Jorge". Nadie había cuidado

de cerrar la puerta, y entréme hasta la cocina. Llamé ruidosamente. Al poco rato acudió Pilar desgredada, pálida, arreglándose el cabello con ambas manos. Interrogué ansioso:

—¿Y vuestro padre?

—*Sen ha iu.*

—¿Adónde?


—*No sé; ta Francia dijo; pro ya tomará.*

En esto oyéronse pasos, y los dos miramos hacia el pasadizo; pero alejábanse; resonaron primero en la escalera, luego en el patio y se perdieron en la plaza. Miré a Pilar. Mostróse tan serena, que apenas me sentí con valor para preguntarle:

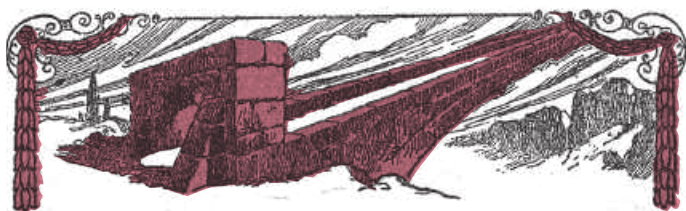
—¿Y Pepón?

—*Sen va, pro tomará también.*

Y callamos conmovidos; Pilar Abarca, por el recuerdo de su amor; yo, ante aquel sacrificio ingenuo de aquella que es siempre joven y pródiga siempre.



TRIPTICO DEL EPILOGO



I

“Vé a Graus, al pueblo que trabaja y canta, y no vuelvas sin alguna de esas canciones rociadas con sudor y florecidas con la savia del genio.”

Y fué a mi regreso cuando Pilar Abarca decidió partir. Llegué afanoso. La dije:

—Pilar, no os traigo más canción que nuestra propia albada, recogida en el mismo Graus; algo compuesta, eso sí, y un tanto más pulida que las montunas de los valles altos, pero albada y mensajera, visitadora de pueblos. Con las alas que le presta el arte y con el empuje de la hueste cantora, llega y triunfa. ¡Y qué hueste! La forman vuestros vasallos, Reina, y son alma de ella vuestras propias hijas, apasionadas, heroicas, tenaces. Yo las he visto.

”Hijas vuestras y del Precursor. De vos se nutren con esas canciones que semejan retoños del árbol legendario,

antiguos balbuceos trocados en gestas de la nueva edad; pero Costa, mejor, la sombra de Costa, les da el ser colectivo en que perseveran, el coro propulsor de la canción del trabajo y de los siglos.

"Ellas tal vez lo ignoran, pero ¿qué más da? Lo sienten y basta. Cuéntase de un rosal que reparaba una gran injusticia floreciendo sobre la tumba de cierto solitario. Y esto, vos lo sabéis, Pilar, virgen de pueblo, verbo del terruño, doctora en la ciencia de las corazonadas.

"Oyéndolas cantar, Graus levantaba en mí el recuerdo de Weimar, donde ha siete años vi a sus mujeres llorar sacrificando en el panteón de Goethe. Fué una visión peregrina. Escuchad. Visitaba Sajonia, hermoso país que Saint-Pierre amó por odio a Prusia, y di con Weimar, la ciudad menuda, quieta y dulce que vive absorta recordando sus años mozos, y no tan risueña como solía cuando Fausto, huyendo de sí mismo, escapaba al campo de las aventuras diabólicas, y Werther, el emotivo, escribía su amorosa odisea, y Carlota y Margarita, a par que Ifigenia, Federica y Dorotea, eran como siempre vivas que el poeta regalaba a la Humanidad. Y entré en la ciudad gloriosa, tres veces honrada por el genio, el mismo día en que celebraba el centenario de Carlota Stein. Era en el cementerio. La memoria evoca fiel un sol tardecino, un cielo sajón, de esmalte, las carreras pálidas de la necrópolis y, sobre la fronda, el perfil marmóreo del amor más fecundo en obras del inmenso poeta. Profesores, intelectuales, niños de las escuelas, mujeres del pueblo y encoquetadas damas, íbanse congregando en torno del mausoleo. Habló un profesor, los niños cantaron a coro, y las mujeres, asombrados, ¡lloraban! Y terminado el acto fueron al sepulcro de Goethe para ofrendar las flores regadas con aquellas lágrimas.

"Entonces, torpe de mí, sospeché que las hijas de Fausto y Helena, hermanas de Cretchen, Ifigenia, Dorotea, Carlota y Federica, gustaban un placer puramente

literario y romántico. Hoy reconozco mi error. Aquellas mujeres, hijas—exacto—de Fausto y Helena, honraban al Hombre-Goethe—así, con mayúscula, según dictamen de Bonaparte—, del mismo modo y por idéntico motivo que las cantoras de Graus honran hoy al Hombre-Costa.

El Hombre-Goethe, el único alemán no vencido de Bonaparte el *Usurpador*, y el solo que hoy vence reconciliando al mundo con su patria; símbolo para ella de redención espiritual. El Hombre-Costa, el único presente en las conciencias de todos los iberos, débiles para la acción; símbolo de redención formal. Dos hombres, Goethe y Costa; dos ciudades sagradas, Weimar y Graus; dos patrias fecundas, hijas predilectas de la tierra, Iberia y Germania; pero la una atónica, loca la otra, y ambas invadidas por sí mismas. ¡Qué Dios las guarde, Reina!

"Y ahora conservad la ofrenda, olvidando el mensaje. Si esa albada en boca de vuestras hijas tiene la gracia póstuma del rosal justiciero, cantada por vos será como un cantar de gesta, la canción de cuna cabe en las ubres de estas montañas madres siempre jóvenes."

Sólo al terminar comprendí que mis palabras habían caído en su corazón de reina y de mujer. Este mensaje, vestido con frases de la mayor nobleza, inquieto y vago como una declaración de amor, habíala entusiasmado. Sus ojos delataban no sé qué pensamiento osado y triunfal. Aguardé el premio.

—Debo partir—exclamó—y abandonar estos valles, como ha mil años los abandonara el primer Abarca.

—¡Reina!

—Pero de Ariza no he de pasar si no es con él, con mi Hombre.

—¿Con Pepón?

—Con el mismo.

—No olvidéis a vuestro vasallo más leal.

—Eres mi cronista, es decir, mi poeta, y un vasallo loco y fiel con locura de amor, germinadora, que ha despertado la mía. Buen servicio el tuyo. Ahora necesito pa-

ladines, locos esforzados, no locos plumíferos. Quédate en Sobrarbe y sírvenme escribiendo las crónicas de mi reinado montañés.

Esto sentenció Pilar.

A los pocos días la vi partir camino de Graus, sin abarcas, sin corpiño azul, sin pañolón de colores; con un céfiro y un vestido gris, como una obrera.



II

Y de aquel tiempo en que la escribía desde la Villa-Histórica guardo un fragmento que dice:

“El plinto de carne y peña sobre que asentáis, compárola a una caja sonora en donde los que saben oír descubren torrentes de armonía. Albadas, jotas, provechos, dances y otras y otras mil canciones gimen por entre las angosturas de la caja, esperando la mano del organista. Pero vuestro músico no puede tardar. El genio que armonice las múltiples canciones del amor de Pepón es tan necesario en vuestra corte como el primer ministro. Y así, cuando, archivadas estas crónicas, haya llegado la ocasión de obrar; cuando, mustio el recuerdo de estas gloriosas a par que prosaicas gestas, los primates, obedientes al mandato real, se hallen reunidos, cruzaréis por la sala del Concejo y ocuparéis el Trono a los acordes de un himno gigante, en el que las enérgicas interrogaciones y respuestas de la jota serán como llaves que abran

y cierran los períodos armónicos, los grupos de notas formadas con las hoy ocultas y olvidadas endechas del amor de Pepón.

"Tengo por evidente, Reina, que nuestro músico beberá en las fuentes de las montañas madres. Paréceme que lo veo camino de Sobrarbe, caballero en un mulo, atajando quebradas y cerros. Viene de Graus, adonde ha ido para fortalecer su alma con el recuerdo de Costa y a remozarlo entre los jóvenes y alegres orfeonistas. Hasta sospecho si procede de ese mismo orfeón que inmortaliza las albas.

"Mohino va el músico. Es verano, apunta el medio día, y en las angosturas por donde el caballero atraviesa no cabe sino mirar cómo el sol enturbia los colores, nimba y deforma los objetos, o cómo irisa en las hoyadas con reflejos metálicos. Pero, poco a poco, avanza la tarde, bajan las auras, y el artista que va sube, sube, sube de cerro en cerro, levanta la cabeza, descubre los nuevos horizontes y ve cómo el sol reverbera en los picachos y cómo engasa los valles con sus rayos oblicuos. Ya llega a los altos de San Martín, ya columbra una de esas cresterías de oro sobre fondo azul de que Sobrarbe es un museo, ya corona la cima y... ¡cielos!, una roca enorme, la visión de una montaña de granito que por su grandeza diríase no caber en vuestro reino, hiere la retina del músico y le suspende y pasma. Vedle si no cómo tira de las riendas, y saca unos papeles, y se inclina sobre la montura, y con mano febril traza en ellos rayas, puntos y garabatos misteriosos. La roca enorme es la Peña Montañesa, los papeles el pentagrama, y los garabatos la expresión gráfica de un relincho lanzado por aquel gigantesco y anguloso pecho de piedra.

"Ahora el artista abandona las riendas y se deja llevar por la cabalgadura. Erguido, la melena al viento, sus ojos de iluminado revelan todavía inspiración. El son vibrante de la Peña descende un tono y trina, se prolonga. Cae la tarde y las notas descienden otro tono. El humo de los

llares se confunde con la niebla gris de las hoyadas, y el motivo se descompone, se humaniza, y como el humo y como el vaho neblinoso, la melodía flota en la paz de la tarde. Pero el músico no la escribe. Espera llegar a aquella aldea en donde brilla una luz. Sabe que las notas desprendidas de la tierra las guarda el pueblo en canciones que pronto, muy pronto, saldrán a recibirle precisamente porque es un desconocido, un forastero.

"Después, de regreso, tocará en Ainsa, y por último, cuando fortalecido con el recuerdo histórico se vuelva a la ciudad, antes de trasponer la sierra de Naval, mirará otra vez hacia la Peña, y sacando los papeles, se inclinará de nuevo sobre el pentagrama, y el poema sinfónico, abierto por un interrogante amplio y soberbio, se cerrará con una afirmación rotunda inspirada en la certeza de que en vuestro reino, el himno patrio es algo más que un patrón dócil, maleable a capricho de cuatro confeccionadores chulos de zarzuelas baratas.

"¡Y qué triunfo entonces el de su arte sobre este pobrísimo del escritor, siempre en lucha con las palabras, incapaz, las más de las veces, de emborronar una cuartilla sin evocar antes una canción o representarse un cuadro, y envidioso, en todas, del arte, por excelencia, del arte de aquel Wagner, teutón-cumbre que dedicando himnos a la Naturaleza pintaba y aun esculpía, y esto que ignoró siempre los murmullos del Cinca, el llano de Pineta, los altos de Salaróns, la Fraucata y las gargantas de Escoain!"



III

Por último recibí una carta donde la Reina me llamaba a Graus. Partí con Pedro. Nos recibió muy conmovida, y entre sollozos dijo que deseaba regresar a las montañas madres. Era el mes de Junio, y la pobre cumplía el sexto de su preñez. Con amoroso cuidado preparamos la vuelta.

Al otro día, y antes del alba, salíamos de Graus por el barranco de Mainsa. Pilar cabalgaba; Pedro iba a pie guiando con la cabalgadura del ronzal; yo, muy solícito, caminaba al flanco, puestas las manos en los arzones o en el diestro, prontas a todo cuidado. El camino era pésimo. Unas veces por escombreras y otras por senderos practicados en la roca, íbamos como las cabras. Cuando empezó a clarear, la obscura mole de Crustán, aldea que parece tallada en el dorso de una peña por el cincel de un cíclope, fué quedando atrás, honda, irguiéndose entre dos simas, destacando el negro campanar sobre el vaho neblinoso de la más profunda, y la perdimos de vista al internarnos en

la vasta meseta de "Las Planas". Era ésta un campo de romeros tranquilo y lleno de aromas. Una perdiz cacareaba torpe, soñolienta. Bien pronto respondieron dos, tres perdigachos, turbando la santa paz, rompiendo el cristal de la mañana con su anguloso *ca-ca-ra-cá* provocativo. Yo los adivinaba en torno de la hembra, que estaría en nuestro sendero, y los reconocía cuando, con áspero fragor de matas que cambiasen de sitio, lo cruzaban raudos, celosos, ciegos para vernos. Al fin dispersáronse, y el rumor de su vuelo se perdió en la quietud del monte como el de una ráfaga de aire. Pilar suspiró. ¡Ay! ¡A ella ya no la rondaban guerreros galanes, como en aquel tiempo legendario de sus amaneceres, sino zorros y lobos!

Poco a poco nos íbamos acercando al santuario de San Martín, que en el término de la meseta, cortada casi a pico por aquel lado, albo y paternal se erguía sobre un cerro entre el abismo y el monte. Frente a la ermita, y sentado en lo más alto de una peña que parecía en equilibrio sobre el tajo de la quebrada, un pastor atalayaba la inmensidad. Dos o tres ovejas acompañábanle en su muda contemplación, a par que las restantes pacían salpicando de blancas motas la verde falda del cerro. Subiendo a él, observamos que el pastor de la atalaya era un zagal, casi un niño. Le vimos volver lentamente la cabeza y saludarnos como lo haría un supremo artista, como cuadraba en aquel paraje, es decir, en silencio, levantando místicamente los ojos. Los nuestros, mirando al fondo del panorama, quedaron maravillados. Pilar se conmovió. Sobrarbe entero estaba allí, a sus pies. Allí, con sus montes hoscos, duros, zahareños, y con sus valles ocultos, recónditos, casi fabulosos, velados por un vaho de niebla que subía de unos senos amplios y profundos, semiazulados, entre peñascales pardos o bermejos; allí, con su historia brava y su presente manso, velados también por tenebrosas leyendas que parecían salir de aquellos mismos senos amplios y hondos, como voces oscuras que se difundiesen con la niebla apagando formas y ruidos, sumándose

en el misterio, hablando sólo a nuestras almas inmóviles...
De pronto rasgó el silencio un alarido feroz:

—¡*Uéuuu!*...

El zagal se puso en pie de un salto:

—¡*A rabosa yé, a rabosa!*...

Volvió el grito:

—¡*Uéuuu!*...

—¡*A rabosa que ha caiu en o cepo de Mariano!*

Y los alaridos repetíanse a compás, espaciados, gemebundos, y alejábanse ululando por las concavidades del monte. Pilar escuchaba en silencio, sobrecogida. La miré interrogante. Aun me estremezco al recordar sus palabras:

—¡*No yé Él, no yé Él!*

¡No, no era Él. Sería uno de tantos. Quizá un sueño, un delirio de la Tierra calenturienta, convulsa, torturada por un mal de muchos siglos! Y en la oculta sinfonía de aquel amanecer gris, de niebla y misterio, con próximo campaneo de esquilas y lejano murmullo de torrenteras, los alaridos repetíanse tercios, satánicos, obsesionantes. Los velos neblinosos, que hasta entonces subieran de las hondonadas, empezaron a rasgarse, a descomponerse en blancos y flotantes retales, y aquéllas aparecieron descarnadas, feroces, y los campos que las rodeaban, más desnudos, más yermos. En un picacho altísimo flameó el primer rayo de sol, y Pilar rompió en un gran sollozo.

Descendimos de las alturas de San Martín al Cinca, atajando los montes de "La Penilla". Los alaridos resonaban ahora como gritos de agorería lejanos y agónicos. Dejamos de oírlos en la orilla del río, que atravesamos sobre una barea. Hicimos alto en el parador de Ligüerre. De nuestro éxodo por la carretera hasta Escalona, guardo un recuerdo triste. Yo caminaba sobrecogido por el de la escena anterior. No paramos en Ainsa. Sabíamos la muerte de don Alonso, el traslado de mosén Fermín, y no queríamos atormentar más nuestras almas, amargadas también con los destierros de Pepón y Sancho. Al fin

penetramos en el recinto rocoso, en la propia zona pirenaica. Los pueblecillos que topábamos de tarde en tarde no eran ya como los pueblos de la ribera del Cinca, y aunque a la vera de sus aguas, no pertenecían a él, sino a los peñascales, que fieramente los reclamaban, y en cuya base veíaselos incrustados como bardas montunas. Y nos engolfamos por aquellos parajes de la quimera.

En lo alto de Puértolas recordamos a *María-Lucía*. La pobre había pasado por Ainsa cuando Pilar estaba en Graus.

—*Iza no sabe qué cosa yé querer.*

Y la Reina dijo regiamente. Añadió que se imaginaba su prima vulgarizada, perdida por completo para la tierra.

—*¡Cosa era ya!*

Cuando atardecía destacó un instante sobre el cielo rojo del ocaso una hilera de hombres en movimiento.

—*¡La mesnada!*

Y quedamos silenciosos. Después, y en el mismo sitio, sólo vimos una larga hilera de arbustos. ¿Había sido ilusión? No sé.

Reanudamos la marcha. Pedro cantó:

La montaña soy baxato
con abarcas i abarqueras
i soy tornato a puyar
con zapatos de tres suelas.

Allamaráronse los montes, y Pirene, con gesto divino, mostró a su hija las entrañas encendidas, sanguinolentas, palpitantes aún las sacrosantas desgarraduras.

FIN

INDICE

- Tríptico a manera de prefacio.—I. El Peregrino.—
II. Profesión de fe.—III. Vocación.
- I. Un rey pastor.
 - II. Danzas célticas.
 - III. El casal en ruinas.
 - IV. Tríptico.
 - V. La mesnada sin pendón.
 - VI. La Cruz, la Encina y las vacas.
 - VII. Albada.
 - VIII. El último infanzón.
 - IX. Mosén Fermín.
 - X. Revuelo de gerifaltes
 - XI. El “Café de San Jorge”.
 - XII. El retablo vacío.
 - XIII. El aragonés y la Peña.
 - XIV. Hércules y Pirene.
- Tríptico del epílogo.



Este libro se preparó durante el otoño de 2021,
cuando se cumplen cien años
del II Congreso de Juventudes Aragonesistas
celebrado en la ciudad de Barcelona.